

LOS DIAMANTES DE KWAN

Mark Halloran



**¡Era un ser repulsivo
e implacable a la vez!**

LOS DIAMANTES DE KWAN

MARK HALLORAN

Los diamantes de Kwan

1.^a EDICIÓN
NOVEMBRE. - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

COLECCION BISONTE

313. — «¡Volad insectos de plomo!»

COLECCION BUFALO

21. — «Rojo color de sangre». 27. — «Rastros
humeantes» 61 — «Ha llegado un hombre»

COLECCION S. SECRETO

186. — «Llega la Muerte». 189. — «Los gansters
mueren jóvenes». 191 — «Una rubia en París». 206. — «Cota 30». 223 — «La hora de los traidores». 232. — «Opio fresco». 241. — «¡Bienvenida, Muerte!». 250. — «Tabaco inglés». 255. — «No se admiten coronas». 262. — «Soldados secretos». 264. — «Fácil de matar». 267. — «La ciudad condenada». 273. — «Ataúd para dos». 278. — «El hombre azul».

CLASIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Los **DIAMANTES** de **KWAN** por Mark Halloran



CAPÍTULO PRIMERO

Rex Champion apretó a fondo el acelerador del «jeep», que saltaba como una gacela loca sobre las desigualdades del terreno, e imprimió al volante un violento giro hacia la derecha.

—¡Ahora, señor Markham! —exclamó—. ¡Dispare ahora!

Míster Markham apretó por dos veces el gatillo de su carabina «Garand» automática, pero ambos disparos salieron con una desviación de más de diez metros. Míster Markham murmuró un expresivo denuesto.

—Espere —dijo Champion.

Rectificó el rumbo del «jeep» y mantuvo la misma velocidad. Un centenar de metros a la derecha del vehículo, el rebaño de jirafas desapareció en una hondonada. Sus cabezas reaparecieron un momento en el curso de su loca carrera, bamboleándose cómicamente de delante atrás, para volver a desaparecer cuando el nivel del terreno descendió.

—Afortunadamente —gruñó Míster Markham— esos animales tienen el cerebro de un mosquito. Dé usted un poco de pimienta a la cosa y ciérreles el paso, Champion. Ya son nuestras.

Champion dirigió el «jeep» rectamente al punto por dónde las jirafas iban a salir de la trampa en que ellas misma se habían metido, y casi lo había alcanzado cuando sus esbeltas formas moteadas, todo largas patas y largos cuellos, surgieron galopando rítmicamente y desgarradamente.

—¡Es su última oportunidad, señor Markham! —gritó Champion, engarfiando las manos sobre el volante para no perder la

dirección a consecuencia de los enormes baches que amenazaban con volcar el «jeep»—. ¡Dentro de un momento alcanzarán el extremo del bosque!

—¡Gas! —replicó su compañero—. ¡Gas y luego alto!

Champion dio gas y exigió todavía un esfuerzo al potente motor del cochecillo. La distancia que separaba a este de las jirafas disminuyó perceptiblemente en pocos segundos, pero también lo hizo la que separaba a los animales de la punta boscosa que se extendía por la falda de una colina y a la que evidentemente habían tomado por objetivo.

De pronto, Champion apartó el pie del acelerador y lo aplicó a los frenos. El «jeep» se detuvo como si hubiera topado contra una pared.

Míster Markham se echó a la cara la carabina y disparó.

—¡Una! —contó, al caer la primera jirafa. Y añadió—: ¡Dos! ¡Tres!

El resto del pequeño atajo encontró refugio entre los árboles. Sus cuerpos manchados fueron visibles un instante más. Luego desaparecieron.

—Pfff... —hizo Míster Markham, despojándose del «salacot» y pasándose un pañuelo por la frente—. Por un momento temí que íbamos a volvernos con las manos vacías. Hoy no hemos tenido suerte.

—Hasta ahora —corrigióle Champion—. Anda, chico, ve a ver qué ha pasado.

El *boy* hindú que, en compañía de un viejo negro de boca desdentada y ojos astutos, ocupaba la trasera del coche, saltó a tierra y se alejó corriendo en dirección a los cuerpos de las jirafas ocultos por la alta hierba. Champion se arrellanó en el asiento y encendió un cigarrillo con manos que temblaban ligeramente por la dureza del esfuerzo que al volante acababa de realizar.

Míster Markham sopló en el cañón de la «Garand» y, sin prisa, repuso los proyectiles consumidos.

—Mirar —dijo repentinamente el viejo negro—. Allí, buitres.

Los dos hombres se volvieron a él.

—¿Qué ocurre, Zwa?

El negro alzó su brazo sarmentoso.

—Allí, buitres —señaló—. Haber algo. Asustarlos disparos.

Markham y Champion distinguieron las ominosas formas de las aves cerniéndose sobre un punto situado más allá de la colina donde desaparecieron las jirafas. Eran tres. Trazaban círculo tras círculo en el brillante azul del cielo.

Sin pronunciar palabra, Champion puso en marcha el «jeep». El muchacho hindú salió a su encuentro agitando los brazos cuando pasaba frente al bosque y aminoró la velocidad para que subiera a bordo.

—¿Y bien? —preguntó Mister Markham.

—Dos muertas —dijo el chico. Parecía asustado o impresionado desagradablemente por alguna causa indiscernible—. Otra herida, muy herida, con pierna rota. Yo tocarle cabeza.

—Mmm... —hizo le hombre.

Champion condujo a toda marcha rebasando la colina.

—Jirafa estar ahí —agregó el *boy*, transcurrido un instante—. ¿No rematar jirafa, *sahib*?

—Tú callar —gruñó el viejo negro, a su lado.

El «jeep» se abrió paso con cierta dificultad entre masas herbáceas de gran altura y a continuación salió a un espacio pedregoso que parecía ser el cauce seco de un torrente. Descendió despacio por él, hasta que Zwa dijo:

—Allí.

Entonces se detuvo.

Los cuatro ocupantes del coche se apearon. Tenían delante, junto a una roca salpicada de manchas pardas, unos jirones de carne y unos huesos desperdigados. Se aproximaron a ellos lentamente.

—Un hombre —dijo Champion, con voz insegura.

En el silencio que siguió, Zwa se adelantó y, en cuclillas ante la roca, hurgó entre los huesos. Alzándolos por encima de su cabeza mostró sucesivamente a sus compañeros el ástil roto de un venablo, un cuchillo de tosca empuñadura y hoja de sílex y los restos de un taparrabos de piel de cebra. Luego se enderezó y dijo:

—Guerrero *mokoele*.

Markham y Champion miraron instintivamente en dirección a la cadena de montañas que limitaban la perspectiva de la llanura por el oeste.

—Los poblados *mokoeles* —dijo el segundo— están muy lejos de aquí, al otro lado de la sierra. ¿Cómo es posible que un guerrero solo se haya distanciado tanto de ellos?

Zwa proseguía su pesquisa por detrás de la roca, donde el suelo arenoso se veía sembrado de huellas. Habló desde allí.

—Guerreros *mokoeles* buscar esposa en pueblos de bosque —explicó, indicando con un ademán la enorme masa verde oscura de la selva que se iniciaba no más de cuatro kilómetros al norte—. En pueblos de bosque, mujeres hermosas. Saber...

Se interrumpió.

—¿Qué ocurre? —inquirió Míster Markham.

Zwa se había arrodillado en la arena, semioculto por la roca, y no replicó. Los dos hombres y el muchacho hindú corrieron hacia él. El negro levantó la cabeza cuando los tuvo a su lado. Había entrecerrado sus ojillos astutos.

—*Simba* —anunció.

—¡Un león!... —exclamó Míster Markham, en el mismo tono que hubiera empleado un chiquillo.

Zwa asintió lentamente.

—*Simba* ser viejo y tener hambre. *Simba* joven no cazar guerrero. Guerrero herirle con venablo. Venablo romperse. *Simba* matar guerrero y comer. Después, chacales comer. Después, buitres. Huellas contar historia.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Ser noche.

—¿Anoche?

—Sí.

Las pupilas de Míster Markham, semejantes a dos cuentas de vidrio incrustadas en su cara ancha, redonda y rojiza, se dilataron de entusiasmo.

—¡Entonces ese león no puede andar lejos! ¡Buen Dios, estoy buscando un león desde que salimos de Nairobi... y ahí le tengo! Tú... Zwa, ¿serías capaz de seguir su pista desde el coche?

El negro movió negativamente la cabeza.

—*Simba* esconderse y dormir. Salir noche. Estar herido. Nosotros preparar trampa.

—¿Dónde?

—Yo ver esta mañana que animales beber en río Mungoaga, en bosque. *Simba* cazar allí. Nosotros cazar allí. Ser buen sitio.

—Zwa tiene razón —intervino Champion—. He visto el sitio a que se refiere. El Mungoaga corre encajonado en un estrecho barranco, pero al entrar en la selva forma un amplio abrevadero natural. El lugar ha sido pisoteado por miles de animales.

Míster Markham dio bruscamente media vuelta y, sin duda, encaminóse al «jeep». Los demás le siguieron.

—Vamos —dijo él, al ocupar su asiento—, tendrá usted que desgastarse las suelas sobre el acelerador, Champion. No hay tiempo que perder si hemos de disponer esa trampa antes de que anochezca. Desde el campamento enviaremos a alguien para desollar a las jirafas. Bueno... ¡maldito si me interesan tres o cuatro jirafas más cuando hay un león de por medio!

Champion puso en marcha el coche.

—Jirafa muy herida, con pierna rota —dijo el *boy*, al pasar ante la colina—. Jirafa sufrir. ¿Por qué no rematar jirafa?

Zwa le dio un pescozón con su tremenda mano.

—Tú callar —gruñó.

Y el muchacho guardó silencio.

CAPÍTULO II

El calvero tenía forma triangular y por el lado de una hipotenusa corría el arroyo que los indígenas bautizaron con el nombre de Mungoaga, que significa *aguas rojas*, por la sangre que con tanta frecuencia tiñó estas durante los seis días que la partida llevaba cazando a lo largo de su curso. A partir del punto donde el arroyo se introducía de nuevo en la selva, adecuadamente dispuesta sobre la pista trazada por los animales hasta el abrevadero natural que se formaba bajo la copa gigantesca de los *gnogs* de flores amarillas, se hallaba la trampa; entre las flores amarillas de los *gnogs*, ocultas por el ramaje, las altas plataformas de los tiradores. Alicia las veía apenas desde el observatorio destinado a su padre, tan bien habían sido disimuladas, y media hora, después, caída rápidamente la noche, ni la más avisada y recelosa de las fieras podría descubrirlas.

Rex Champion apareció junto a la trampa, consultando su reloj y sonriendo. Los reflejos de la luz en el agua saltaron a su rostro moreno y apolíneo, se prendieron en sus gafas *Truman* y jugaron con sus blancos dientes. Rex, pensó automáticamente Alicia, era un hombre muy apuesto. Su aspecto era magnífico, con el cabello rubio coronándole el rostro curtido por el sol, con la cazadora de seda cruda ciñendo su torso atlético y los pantalones y las suaves polainas tan impecables como si los vistiera el maniquí de un bazar de artículos deportivos; pero, pese a ello, o acaso precisamente por ello, Rex Champion no resultaba un hombre muy *convinciente*, y no lo había resultado ni con las ropas de corte inglés que usaba en Galveston, Texas, a miles de kilómetros de allí. Lo que sí resultaba era muy útil. A este respecto, Alicia se había preguntado innumerables veces qué habría sido de ella y de su padre en el curso de aquella incidentada cacería de no mediar su ayuda, su consejo o su apoyo. Su padre, decía Alicia, tomando a Champion como secretario, había adquirido, no ya la paz de que nunca hasta entonces disfrutó, sino una especie de total plenitud. En la actualidad, Mister Markham, sin Champion, no podía concebirse: hubiera sido solo una parte minúscula, desconcertada y titubeante del Mister Markham verdadero; mas, aun así, Alicia no se sentía muy segura de que aquello constituyese un bien a pesar de que Mister Markham hubiera recobrado su apariencia de felicidad juvenil, por mucho tiempo que le sobrase y por mucho orden que

hubiera impuesto en las de todos modos saneadas finanzas de la «Refinería Markham» desde que tenía a Rex Champion consigo.

Mientras Alicia le miraba, uno de los *wabashes* que habían estado disponiendo la trampa y las plataformas apareció por detrás de Champion transportando una larga pértiga, y al volverse para tomar la pista en dirección opuesta al arroyo, le dio con ella en la cabeza, sin proponérselo, un ligero golpe. Champion, tomado de improviso, se sobresaltó. Su reacción fue inmediata y tan absurda que dejó a Alicia con la boca abierta: profiriendo una violenta blasfemia, Champion cerró contra el negro y descargó el canto de su mano, como un hachazo, en su garganta. El negro, desconcertado por la inesperada, brutalidad del ataque, aulló de dolor.

—¡Champion! —exclamó Alicia, atónita.

Champion, sin oírla, golpeó al *wabash* en el estómago. El infeliz dio un traspié, un matorral le hizo perder el equilibrio y cayó hacia atrás agitando los brazos. Champion saltó a su lado. Alicia, con ojos incrédulos, vio cómo le incrustaba una y otra vez la dura puntera de Sus botas en el costado, hasta que el negro pudo enderezarse y emprendió la fuga entre los árboles, gritando como un poseso.

—¡Champion! —repitió Alicia.

El hombre alzó la cabeza hacia la copa del *gnog* que la albergaba y ella vio su rostro rojo de ira y adivinó el temblor de sus manos. No quiso ver más. Descendió del observatorio por la rústica escala de lianas adosada al tronco y lo hizo sin prisa, a sabiendas de que necesitaba serenarse y asimilar el sentido de la extraña escena que ante ella se había desarrollado.

El «salacot», la blanca y leve blusa deportiva y los «breeches» que vestía Alicia hubieran engañado a un observador superficial, induciéndole a tomarla por un muchacho, no obstante lo cual había algo en su mismo modo de ser, en la graciosa esbeltez de su figura y en la desenvoltura de sus movimientos que la dotaba de una feminidad casi agresiva. Cuando llegó al pie del árbol, Champion la esperaba. Ella captó el inusitado brillo de sus ojos por una fracción de segundo —un brillo que ya nada tenía que ver con la cólera—, y esto la hizo comprender que el hombre había prestado a su descenso excepcional atención. No era la primera vez que veía aquel brillo en los ojos de Champion, ni la primera que Champion dedicaba especial atención al menor de sus movimientos desde que salieron de Nairobi, a lo largo de aquellas semanas de vida irregular, primitiva y silvestre. No se borraba de su memoria la ocasión en que, hallándose acampados en la ribera del Nboe, se había ella

internado en la espesura y remontado el curso del río para bañarse en un remanso selvático, creyéndose sola entre los micos que chillaban en el ramaje y los miles de pájaros que dejaban oír sus discordantes voces, perdida en el seno de la naturaleza virgen. A su regreso al campamento había encontrado a Champion en el bosque, y no se le ocurrió entonces motivo ninguno para que él estuviese allí ni razón para que sus ojos brillasen como brillaron ni causa para que, al hallarse ambos frente a frente, Champion se turbase como se turbó: no se le ocurrieron razón, ni motivo ni causa, salvo que él la había seguido deliberadamente río arriba y que deliberadamente la hizo objeto de su espionaje mientras se bañaba.

El incidente le reveló una parte muy importante del verdadero carácter de Champion. Luego, a copia de sentirse seguida constantemente por su mirada o de toparse con él en los lugares más inesperados e inoportunos, a copia de sorprenderle rondando sin objeto su tienda y de verle noche tras noche, insomne, fumando su pipa en la oscuridad, comprendió que aquel hombre era mucho más simple, pero también mucho más rastrero, de lo que sus trajes de corte inglés y sus modales universitarios permitían adivinar. En Champion, oculta, había un poco de la oscura pasión que a veces flotaba en el aire al compás de los siniestros y lejanos tambores *mokoeles*, o del calor húmedo y sensual de las noches de luna llena en el *veldt*, o de la misma fuerza germinativa, bestial, subhumana, que la proximidad de la selva llevaba consigo y que embriagaba como un morbosos licor. Por causa de él y de su silencioso y malévolos asedio, buena parte de la alegre libertad del «safari» y del encanto de aquella tierra elemental, multicolor, tan llena de perspectivas cambiantes, se había perdido para Alicia. Y Alicia pensaba que, si no el insulto que su viscoso interés constituía en sí mismo, ya nunca podría perdonarle a Champion el delito de haber convertido aquel amplísimo mundo, donde la naturaleza tenía una pulcritud substancial, en un ámbito estrecho, soez, repulsivo, maloliente como el cuerpo bañado en sudor de un negro sucio.

—Dentro de media hora habrá anochecido —dijo Champion serenamente, dando un ligero toque al reloj de esfera luminosa que llevaba en la muñeca— y su padre estará esperándonos para cenar. Vámonos, aquí ha terminado el trabajo.

Alicia hubiera querido escupirle al rostro por lo que un momento antes le había hecho al *wabash*, pero había dominado ya sus emociones y se limitó a volver la cabeza. Luego echó a andar aguas arriba del Mungoaga.

—Supongo que hoy no nos negará, usted su compañía —agregó

Champion, en pos de ella—. Es decir... supongo que hoy habrá cambiado de opinión.

—No he cambiado —replicó Alicia desdeñosamente. Le oyó reír en un susurro.

—Es un león, señorita Markham —dijo él—. Hoy se trata de un león, no de gacelas, de cebras ni de antílopes indefensos. Verdadera caza mayor.

Alicia salió de la pista natural que conducía al abrevadero y saltó por encima del tronco de un *uko*, caído sobre un matorral cuajado de bayas azules. Una bandada de los pequeños roedores saltarines que los indígenas llamaban *mobabas* emprendió la fuga a sus pies. Se detuvo un momento hasta verles perderse en la maleza, y cuando Champion estuvo a su lado, añadió:

—Ya sabe que prefiero no discutir ese extremo.

—Es usted obstinada, ¿verdad?

—No, soy fiel a mis propias convicciones.

—Y sentimental —prosiguió Champion, como si no la hubiera oído—; hay en usted la misma clase de sentimentalismo que en los libros de lecturas infantiles. Nunca, supuse que reaccionara de este modo ante la muerte de unos cuantos animales salvajes, ni que careciera hasta tal punto de espíritu deportivo.

La estrecha faja de bosque que separaba el calvero triangular de la pradera aclaraba súbitamente y permitía distinguir el interminable océano del *veldt* teñido de un verde claro que se perdía, por zonas en pardos y grises y, al fondo, el sol precipitándose sobre las montañas entre una orgía de nubes púrpura, anaranjadas y violeta. A la derecha, semioculto por la *boma* de espinos, estaba el campamento. De él, desde el umbral de la selva, solo se veían el toldo de los dos camiones de tracción oruga y las columnas de humo que se alzaban desde la cocina.

—Eso es lo que usted no comprende ni comprenderá, Champion —dijo la muchacha, avivando el paso al alcanzar la pradera—: a mi espíritu deportivo se debe, precisamente, que se me antoje ignominioso e impropio de gente civilizada cazar animales salvajes disponiendo trampas para, una vez han caído en ellas y se encuentran inermes, acribillarlos a balazos desde el seguro refugio de unas plataformas suficientemente altas. O hacerlo abusando de la superioridad que un «jeep» y unas armas modernas les confieren, no importa. Para mí, esto tiene el mismo valor que un asesinato. Aunque ya supongo —agregó a media voz— que sus métodos de caza rezarán muy bien con golpear brutalmente y sin motivo a un pobre negro indefenso.

—Bueno —arguyó Champion, desentendiéndose del último comentario y del timbre apasionado con que Alicia lo pronunció—; al fin y al cabo, los métodos no son míos, sino de Zwa.

—Pero usted los aprueba... y los adopta.

—Lo mismo hace su padre, y es su padre quien manda aquí.

Alicia enderezó rápidamente la cabeza.

—Deje a mi padre en paz. Él se limita a seguir los consejos de usted.

—Pero tiene voluntad y criterio propios, ¿no? Y en cuanto a mi modo de tratar a los negros, a nadie le incumbe más que a mí mismo. Cuando alguien no comprende otro argumento que el de la violencia física, esta es lo único que puede emplearse con él. Son muchos los peldaños que en la escala humana nos separan de esos *wabashes*, mi querida señorita Markham, y resulta ridículo aplicarles el mismo criterio con que nosotros nos juzgamos. Mi método es bueno: observe, si no, el respeto y la deferencia con que los negros me tratan.

—Usted... —empezó Alicia y tragó saliva, interrumpiéndose bruscamente. Había recordado, de pronto, unas cuantas cosas que nunca hasta entonces se le ocurrió relacionar entre sí: el terror, no el respeto ni la deferencia, de que los *wabashes* daban muestras ante Champion, los verdugones que, de vez en cuando, presentaba la espalda de alguno de ellos, los extraños gritos de dolor que de noche sonaban en las inmediaciones del campamento y, por último, la fusta que tan frecuentemente había visto en manos de Champion y que en cierta ocasión apareció manchada de sangre—. Champion... es usted un miserable canalla... un sádico asqueroso... y crea que... que me avergüenzo...

Hubo un silencio.

Luego, en el campamento se dejó oír el agudo tañido de una campana.

—La cena está lista —dijo Champion oscuramente.

CAPÍTULO III

En el interior de la *boma*, al amparo de los camiones y en cuclillas, los diez *wabashes* de piel lustrosa y muy negra, zanquilargos, de cráneos estrechos, rasgos prognáticos y abultados estómagos comían con su acostumbrada avidez y con sus acostumbrados ruidos ingurgitantes. Eran doce cuando los contrataron en Nairobi, pero uno desertó al llegar al Nboe y otro había muerto dos días antes aplastado por un rinoceronte. Los dos conductores hindúes y Zwa, el guía zulú, comían aparte.

Al extremo opuesto del recinto se hallaba el «jeep» y las tiendas, frente a las que una mesa estaba dispuesta para tres personas, Míster Markham, sobre una banqueta de lona, limpiaba su carabina. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y en el rostro una expresión de beatitud que jamás le había visto nadie en Galveston, Texas. Era un hombre feliz desde que se encontraba en el *veldt*, donde no había teléfonos ni oficinas ni pozos petrolíferos, ni se sabía nada de la «Refinería Markham». Alicia no ignoraba cuánto había necesitado su padre aquellas vacaciones y aquel cambio de ambiente tan absoluto, ni hasta qué extremo fue acertada la sugestión de Champion, que le indujo a emprender aquella cacería novelesca; pero, a despecho de ello, le resultaba inevitable el sentimiento premonitivo de que todo aquello no era lo que parecía ni iba a terminar tan bien y tan alegremente como había empezado. De esta desagradable premonición, buena parte de culpa correspondía también al conocimiento que de la verdadera personalidad de Champion había adquirido.

El *boy* hindú sirvió la cena rápidamente y Míster Markham no dejó de charlar mientras comía. Alicia no despegó los labios. Sabía que hubiera sido absurdo insinuarle siquiera a su padre las preocupaciones que la embargaban, pues en cierto modo Míster Markham no estaba en este mundo, no era del todo humano ni tenía de la realidad más conciencia que un chiquillo fantasioso, salvo cuando de amasar millones refinando petróleo se trataba. Champion había atinado a desenvolver aquella especial psicología en provecho propio. Ella no. Alicia no había aprendido aún a tratar a su padre. Intuía vagamente que él la necesitaba y por ello procuraba permanecer a su lado, aunque se hallase en el mismo corazón del *veldt*; pero intuía esto estrictamente y nada más.

Cuando la cena terminó, los colores del ocaso se habían fundido en grises, y el cielo era una inmensa cúpula azul profundo cuajada de estrellas. La selva, una informe masa negra de vida palpitante.

Y entonces, como un trueno lejano que se arrastrase sobre la llanura, el bronco rugido de un león llegó hasta el campamento.

Míster Markham se puso en pie, electrizado.

—Ahí está —murmuró.

La noche parecía de pronto haberse llenado de un solemne silencio. Aquello era algo nuevo y distinto a cuanto había en el mundo; era la voz del mítico reino impenetrable donde los devoradores de hombres, agazapados entre la maleza, proferían su reto; era la pura esencia de todo el misterio que África podía ofrecer.

Otro rugido respondió al primero. A los pocos segundos, otro. Y otro aún.

—Son varios —dijo Champion con voz insegura—. Son varios leones, no uno solo.

Alicia le dirigió una rápida mirada. Las manos de Champion se apoyaban pesadamente sobre la mesa. Parecía indeciso. No obstante, era aquello lo que él y Míster Markham pretendían, lo que en vano habían buscado desde que el «safari» empezó: leones.

Míster Markham se apartó de la mesa, entró en su tienda y volvió a salir empuñando el «Garand».

—Vamos allá —dijo resueltamente—. Tú vendrás conmigo, Alicia.

La muchacha no se había movido de su asiento.

—Lo lamento, papá —replicó—, pero no iré.

—Te equivocas. No quiero arriesgarme a dejarte sola aquí.

—Puede quedarse alguien conmigo.

—¿Quién va a quedarse? Solo Zwa me ofrece alguna garantía, pero a él le necesito a mi lado.

—Pues hasta ahora...

—Hasta ahora no habíamos topado con leones, Alicia y contra ellos no bastan la *boma* ni la fogata.

—Eso es ridículo.

Míster Markham inclinó la cabeza.

—Puede que lo sea; de todos modos, Champion opina igual que yo.

—¿Es Champion quién te ha sugerido la idea de que corro peligro quedándome aquí?

—Acaso.

—Ya veo.

El entrecejo de Míster Markham se frunció.

—¿Qué ocurre, Alicia?

—Nada. Iré contigo si me lo ordenas.

—Te lo ordeno, en efecto.

Alicia no necesitó mirar a Champion para saber lo que su cara expresaría. No dijo una palabra más. Diez minutos después se hallaba a solas con su padre en el observatorio de la copa del *gnog*.

Las flores amarillas se habían cerrado. La selva y el calvero eran muy distintos de lo que aparentaban a la luz del sol: tenían en sí una cualidad siniestra y difícil que parecía concentrarse en sus sombras, en sus ruidos imprecisos, en los misteriosos seres de una a modo de vida sublunar que se deslizaban como fantasmas entre el ramaje, entre los troncos, entre las lianas y los espinos, y el húmedo efluvio de la vegetación corrompida que transcendía de las tinieblas ponía los nervios a flor de piel. Roce de grandes cuerpos invisibles, chasquidos de la maleza, graznidos extraños, pasos ahogados. Las ranas croaban en el Mungoaga, junto al reflejo de las estrellas. En la trampa balaba un cabritillo, el cebo como un niño enfermo llamando a su madre. En todo aquello había una poesía negra, una poesía negativa que Alicia captó, galvanizada.

En la pista se dibujaba la forma esbelta, coronada de cuernos agudos de un *keu*; la forma, creyó Alicia, de un animal de fábula. Al verle asió el brazo de su padre y contuvo el aliento. El antílope despacio, se dirigía a la trampa, pero hizo alto a cierta distancia de ella y la olfateó recelosamente. Inició una brusca espantada, se detuvo y volvió a avanzar. Torció después hacia el arroyo y, ya tranquilizado, se puso a beber. Allí se le unieron once *keus* más, machos y hembras. En cuanto hubieron bebido, la selva los engulló.

Luego, búfalos, cebras, antílopes de fantásticas cornamentas, chacales, una banda de grandes simios bullangueros y camorristas fueron apareciendo, procedentes del bosque y del *veldt* en pintoresco desfile. Alicia asistió al espectáculo extasiada.

Y quedó atónita cuando, al mirar el reloj de esfera luminosa de su padre, descubrió que su estancia en el observatorio había durado ya más de dos horas sin que ni ella ni él hubieran cambiado en todo aquel tiempo una sola palabra, sin que se movieran, sin que apenas fuese audible su respiración.

—Oh... —murmuró de pronto Míster Markham.

En la selva, como obedeciendo a una señal, toda vida había cesado. Callaba el cabritillo. Solo las ranas croaban aún.

Alicia experimentó un vago malestar.

Iba a dirigir a su padre una pregunta cuando sus ojos se posaron

en una forma oscura, casi invisible, agazapada detrás del tronco del *uko* caído por encima del cual ella misma había saltado unas horas antes.

Era el león. Enorme. El extremo de su cola tenía un movimiento espasmódico, pendular. El resto de su cuerpo, como una estatua. Miraba hacia la trampa, donde el cabritillo se había quedado sin voz.

Luego, la fiera se movió y Alicia fue casi incapaz de seguir con la vista su movimiento. Sin, en apariencia, tomar impulso ninguno, el león salió proyectado al aire, pasó limpiamente por encima del tronco y, rampantes sus garras, cayó sobre la trampa, donde su horrendo rugido y el balido angustioso del cabritillo sonaron a un tiempo.

Lo demás ocurrió muy aprisa: la trampa se cerró, el león quedó apresado y un salvaje grito de triunfo brotó de la plataforma que ocupaba Zwa. Alicia ocultó el rostro entre sus manos. Exactamente junto a su cabeza, la carabina de Míster Markham empezó a disparar.

El fuego no duró más de dos minutos y menos aún los rugidos del león, feroces al principio e impregnados después del timbre desesperado de la agonía.

El silencio, un silencio dramático, se hizo en la selva. Cuando Alicia, aturdida, se dio cuenta de ello, ya su padre había abandonado la plataforma y descendía por la escala de lianas. Un instintivo impulso de terror pánico la obligó a seguirle.

Abajo, todos se habían reunido en torno a la trampa, en la que estaba hurgando Zwa ayudado por dos de los *wabashes*. Los cuerpos del león y del cabritillo yacían juntos, inmóviles, confundidos y ensangrentados.

Repentinamente, Zwa dio un paso atrás.

—*Simba* no devorar guerrero *mokoele* —anunció.

—¿Qué es lo que dices? —inquirió distraídamente Míster Markham, quien, con su carabina aún en la mano, había adoptado ante la trampa una actitud extática.

—*Simba* viejo devorar guerrero. *Simba* joven no devorar. *Simba* joven —agregó el zulú, señalando el enorme cuerpo que los *wabashes* intentaban apartar de las cuerdas que lo retenían.

Alicia sintió que una mano cálida apresaba su brazo.

—Tengo algo que decirle, señorita Markham —murmuró Champion junto a ella—. Permítame.

Alicia se volvió. La cara de Champion parecía haberse alargado y endurecido y reflejaba algo a la vez apasionado y solemne; su mano

tiraba de ella con suavidad, pero también con una firmeza autoritaria.

Desconcertada y todavía presa de sentimientos confusos, la muchacha se dejó guiar y Champion la apartó a un extremo de la pista.

—Usted cree que yo he tenido un interés especial en traerla aquí esta noche —dijo él, cuando se hallaron a cierta distancia del resto del grupo—, y es cierto, solo que mi interés no se basa en lo que usted supone.

Alicia trató de reaccionar.

—Mire, Champion... —empezó.

—Aguarde, déjeme hablar. Sí, he querido que viniese con nosotros para que viera por primera vez lo que se ha negado a ver desde que empezó el «safari»: cómo damos caza a las fieras.

—Eso lo sabía ya.

—Lo sabía ya, pero no lo había visto. Y verlo no es agradable.

—Y se ha propuesto...

—Me he propuesto que se convenza de que *es su padre quien caza*, no yo. Yo no hago más que disponerlo todo para *él*.

Alicia, asombrada, miró a Champion a los ojos, esforzándose por distinguir su expresión en la oscuridad.

—¿Pretende eso ser una disculpa? —inquirió.

—Sí.

Hubo un silencio. Luego, Alicia sacudió la cabeza.

—No, Champion —replicó—. Ya le dije esta tarde lo que pensaba de ello. Conozco a mi padre. Es un hombre sencillo que no se preocupa de distinguir por sí mismo entre el bien y el mal y que se deja arrastrar muchas veces por un entusiasmo irrazonable, pero nada más. Se ha acostumbrado a que usted lo disponga todo para él, en efecto. Y usted... lo dispone a su modo. Usted vive de su entusiasmo, Champion. Es un parásito, en estricta justicia. Ni siquiera tiene la gallardía de aceptar la responsabilidad de sus propias crueldades, de su sed de sangre y de su sadismo. Y por lo que a este intento de disculpa se refiere, sé muy bien qué es lo que lo ha motivado.

—¿Qué? —preguntó Champion explosivamente.

—¿Se figura acaso que estoy ciega? De acuerdo, Champion, prefiero hablarle con franqueza, puesto que usted ha planteado la cuestión. Me niego a tolerar... ¡Espere!

Champion dio un respingo al oír la violencia del tono con que, interrumpiéndose a sí misma, Alicia pronunció la última palabra.

—¿Qué le pasa?

La muchacha se había transfigurado, parecía como si por algún cauce misterioso se le hubiera escapado la energía de que estaba dando muestras, como si un soplo frígido hubiese apagado el fuego con que habló. Sus ojos se desorbitaban, fijos en algo. Y Champion tardó solo una fracción de segundo en descubrir que se hallaban fijos en algo *situado detrás de él*.

Se volvió velozmente.

Allí, a escasa distancia, entre la maleza, brillaban dos círculos fosforescentes, de color verdoso.

—¡Dispare, Champion! —exclamó Alicia con voz temblorosa.

Pero Champion no disparó. Por el contrario, profiriendo un murmullo indistinto, soltó el rifle que hasta entonces tuvo en la mano, dio media vuelta y huyó a todo correr en dirección al río.

La muchacha no pudo moverse.

De la maleza brotó un rugido largo y ronco; luego, casi sin transición, como disparado por un muelle, un cuerpo gigantesco.

Alicia, realizando un desesperado esfuerzo, saltó a un costado. Tropezó con un matorral, se dio de cabeza contra el tronco de un árbol. Oyó el agudo susurro de sus ropas al rasgarse mientras trataba de escapar del obstáculo que la retenía y sintió el arañazo de las ramas y los espinos en su piel. Luego sintió también, o presintió, la inmediata proximidad de unas garras que caían sobre ella.

Sonaron dos disparos.

El terrible impacto de algo muy grande contra su espalda la derribó de bruces. Percibió, pegado a su propia carne, el temblor de unos músculos y el cosquilleo de un estertor, el contacto de una piel caliente y lanuda. Pero nada ocurrió. Estaba a punto de perder el conocimiento, pero nada ocurrió.

Luego, unas fuertes manos la alzaron en vilo.

Unos manos humanas.

—Está ilesa —dijo apagadamente la voz de su padre.

Alicia se apretó contra él. Como en sueños captó el zumbido de unas voces excitadas y al mirar en torno vio a los *wabashes* que se movían nerviosamente a su alrededor, a los hindúes y a Zwa, inexpresivo, con la carabina de su padre bajo el brazo.

Sus pies, cuando intentó desplazarlos, tropezaron con una masa blanda. Estremeciéndose, bajó la vista.

Era una, leona. Estaba muerta.

—Zwa lo hizo —manifestó Míster Markham, en un tono todavía impregnado de emoción—. Le debes la vida, pequeña. Yo me quedé helado de espanto al ver que la leona salía del matorral, y Zwa fue el único que reaccionó a tiempo. Me arrancó la carabina de las manos.

Nunca he visto dos tiros más certeros que los suyos.

—¡Zwa! —llamó la muchacha. El viejo zulú se adelantó y ella le tendió la mano—. Gracias.

Zwa no dijo nada. Su cara de palo no se alteró.

Míster Markham se apartó de su hija.

—¡Una pareja de leones! —exclamó, respirando ruidosamente—. ¡Por el diablo, eso se llama tener suerte!

La tensión se había roto.

A Alicia todavía le temblaban las piernas y se retiró para buscar el apoyo de un árbol, pero un momento después el grupo formado a su alrededor se había corrido, reanudaban el trabajo entre los excitados comentarios de Míster Markham y las escuetas indicaciones de Zwa.

Rex Champion ascendió lentamente por la pista.

Sus elegantes ropas, de la cintura para abajo, estaban empapadas en agua, porque su fuga le había llevado al centro mismo del río.

Alicia no le vio hasta que le tuvo delante. Y fue entonces cuando, por el súbito ardor que encendió la mirada del hombre, se dio cuenta de que el ramaje y los espinos le habían reducido a jirones la blusa.

Era muy propio de Champion haberse fijado en aquello.

La muchacha cruzó las manos sobre el pecho para ocultar en lo posible su semidesnudez.

—Márchese, Champion —dijo, esforzándose por conservar la serenidad—. No quiero verle ni oírle. Solo... solo me gustaría saber en qué peldaño de la escala humana sitúa usted a los cobardes.

Champion titubeó un instante. Luego dio media vuelta y se alejó nuevamente en dirección al Mungoaga.

Permaneció junto al río, ceñudo, con la mirada fija en el reflejo de las estrellas, hasta que los *wabashes* terminaran de desollar a los leones y todo el grupo regresó al campamento. Al advertir que le dejaban solo se encogió de hombros y echó a andar en pos de los demás.

Encontró a Zwa esperándole al borde de la pista.

—Yo hablar *massa* Champion —dijo el zulú.

—Déjame en paz —gruñó. Luego se dio cuenta de la mueca de astucia burlona que torcía la boca del viejo y agregó—: ¿Qué quieres?

—Yo no gustar que *miss* morir, porque ella ser negocio *massa* Champion —expuso Zwa lentamente—. Yo saber gran negocio. Yo hablar *massa*.

Hubo una pausa.

—Si no te entiendo mal —dijo Champion—, tú tienes una proposición que hacerme.

—Yo tener —asintió el negro—. *Miss* ser negocio *massa* Champion, pero yo también gran negocio si *massa* ayudarme.

Champion cerró su mano en torno al brazo del viejo zulú.

—¿De qué se trata? —murmuró ansiosamente.

CAPÍTULO IV

El ancho rostro del portero del Club Militar se iluminó al ver al hombre que descendía de un coche ante el edificio.

—Celebro que se halle de nuevo entre nosotros, capitán Roberts —dijo solícitamente.

Percy Roberts le palmeó el hombro al pasar.

—Gracias, Peel, pero esta vez será por mucho tiempo. ¿Está aquí el señor Bennet?

—Le vi entrar hace diez minutos, señor.

Roberts cruzó el amplio vestíbulo del Club, rehuyendo diplomáticamente la conversación de un par de socios que le salieron al paso para darle la bienvenida. Asomó un instante la cabeza al salón de lectura y, esbozando una leve sonrisa, se trasladó al bar. En la hilera de banquetas de este no había más que una sola persona. Era un hombre vestido de gris, con el cabello rojizo revuelto sobre la frente, que daba vueltas a un alto vaso entre las manos. Mirando de reojo hacia la puerta vio entrar a Roberts e hizo una mueca de fingido asombro.

—Percy, la sorpresa me deja mudo —dijo—. Hubiera jurado ahora mismo que te hallabas aún aspirando la querida niebla y los queridos miasmas de Londres.

Roberts se sentó a su lado.

—Sabías perfectamente que he llegado a Nairobi esta mañana.

El pelirrojo se encogió de hombros.

—¿Qué no sabe en Nairobi Frank Bennet, querido? —volvió la cabeza e hizo un signo al *barman* negro—. ¡Eh, Niko, mira quién está aquí! ¡Sirvele a nuestro querido capitán Roberts la ginebra del hogar!

—Me alegro de verle, capitán —dijo el negro con una amplia sonrisa.

Roberts le dedicó un gesto amistoso.

—Necesito hablar contigo, Frank —dijo al pelirrojo.

—Sí, claro, siempre hay que pedirle al querido Frank que nos saque de apuros; pero deja primero que vea lo que Londres ha hecho de ti. Un caballero, ¿eh? ¿Es esa la moda que los sastres de Jermyn Street recomiendan para los Dominios? Bueno... Percy, creo que has perdido tu saludable color bronceado. ¡Eh, Niko! La ginebra, doble. Y otra para mí.

—No seas estúpido —sonrió Roberts—. Solo las solteras ridículas emplean en Londres la palabra «querido».

—¿Sí? ¡Oh! Por supuesto, los tiempos cambian.

Niko depositó sobre el tablero dos vasos de ginebra y le añadió soda. El pelirrojo hizo un ademán de impaciencia.

—Está bien, Percy, suéltalo ya —gruñó.

—¿Qué?

—Sí, lo de ese negro que ha muerto en el zaguán de tu casa.

—¿Lo sabes?

—He hablado por teléfono con el jefe de policía.

—¿Y qué?

—Poca cosa —dijo Bennet, frunciendo el entrecejo—. Vino a Nairobi hace casi dos meses y anduvo preguntando por ti. Luego, desapareció. Supuse que había vuelto a la selva.

—¿No averiguaste lo que quería?

—No hablé con él. Me enteré de esto indirectamente.

—Era un *boamba* y los *boambas* tienen sus poblados en Kwan, más allá de los grandes bosques, a gran distancia de aquí y fuera de las rutas habituales de los «safaris» —dijo Roberts, pensativo—. No comprendo cómo ni por qué vino a Nairobi.

Bennet enderezó la cabeza.

—¿Has dicho Kwan?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Pudiera ser... ¿Tú recuerdas a Zwa, el guía zulú?

—Naturalmente.

—Bien, pues sé de buena tinta que, por aquella época, Zwa sentía por la comarca de Kwan una curiosidad especial. Estuvo tratando de encontrar una expedición que le llevase allí.

—¿La encontró?

—Lo ignoro, pero...

—¿Está todavía aquí?

—Aguarda, déjame reflexionar. No, no está aquí. Espera... esto puede ser muy importante.

—¿De qué se trata?

Bennetapuró de un trago la mitad de su ginebra.

—Hace aproximadamente siete semanas había en Nairobi unos americanos que organizaban un «safari» —explicó—. Ya conoces el género: montañas de dólares, armas ultramodernas, equipo impecable, «jeep», camiones de tracción oruga, un ejército de sirvientes. Eran dos hombres y un bombón.

—¿Un qué?

—Una monada de chiquilla. Estuve bailando con ella en la

terrazza del «Cocoanut» y la sonsaqué. Partían de caza al día siguiente, en dirección al Nboe y con el propósito de remontar después uno de sus afluentes. La ruta es una de las usuales para internarse en el *veldt*, solo que... solo que ahora se me ocurre que alguno de los afluentes del Nboe bordea la llanura hasta alcanzar los grandes bosques detrás de los cuales está el distrito de Kwan.

—¿Y bien?

—¡Oh! Pues la muchacha me contó que habían contratado una docena de *wabashes* y algunos hindúes, pero que aún no tenían guía. Le recomendé unos cuantos y la previne contra otros. Le confesé que yo era un agente de la Oficina Indígena de la policía de Nairobi y esto pareció interesarla. Luego descubrí que lo que la había interesado en realidad fue que yo mencionase a Zwa entre los guías no recomendables.

—¿Por qué?

—Porque los americanos concluyeron partiendo sin guía, por lo menos oficialmente. Y el mismo día de la marcha del «safari», el zulú Zwa desapareció de la ciudad. Supe, cuando era demasiado tarde, que Zwa dirigía el «safari». Me enteré por una expedición minera que regresaba del *veldt* y que se había cruzado con los americanos. Zwa es un hombre astuto. Naturalmente, la Oficina Indígena hubiera puesto el veto a su contrato y él lo sabía y se valió de cualquier ardid para eludirlo. Supuse entonces que andaría necesitado de un empleo y que de los americanos conseguiría la clase de trabajo que a él le gusta. Tú ya conoces los métodos de caza de Zwa y la razón de que no se le haya permitido figurar en ningún «safari» desde que se le sorprendió instalando trampas para elefantes en Loando, pero de todos modos, a pesar de la inexperiencia de los americanos y de lo apartado de la comarca a que se dirigían, concluí pensando que Zwa obraría con prudencia por la cuenta que ello le tiene. Nada sabía yo entonces de su interés por Kwan, y lo peor es que al saberlo no se me ocurrió relacionarlo con su marcha de Nairobi.

—De modo que, en tu opinión, Zwa se proponía conducir a Kwan ese «safari».

—Es más que probable.

—Y desde entonces han transcurrido siete semanas.

—Sí.

—Por tanto, concediéndoles la velocidad de progresión normal en una partida de caza, estarán ahora llegando a los bosques. Sin embargo, Frank, también es posible que se encuentren ya al otro lado de la selva, en Kwan, y que... y que lleven allí mucho tiempo.

—¡No, hombre! ¿Para qué iban a darse tanta prisa?

Roberts, sin pronunciar palabra, se metió la mano en el bolsillo, sacó un pequeño objeto parecido a un guijarro diminuto y lo depositó sobre el bar. Frank Bennet emitió un silbido.

—Bueno... empiezo a ver claro en este asunto, Percy —dijo—. Eso es un diamante en bruto. He visto los suficientes para saber distinguirlo de una piedra vulgar.

—Es un diamante, en efecto. Y procede *del zaguán de mi casa*.

—El jefe de policía no me ha dicho...

—El jefe de policía nada sabe. Acabo de encontrarlo. Comprende, Frank, que ese negro llevaba muerto cerca de dos meses, y que para entrar en mi casa casi era necesaria una máscara antigás. El hedor era insoportable. No pude realizar la menor investigación hasta que se retiró el cuerpo. Ahora sé que el *boamba*, se introdujo en el zaguán por una de las ventanas de la fachada y que llevaba consigo un saquito de cuero. El saquito está todavía allí, abierto. Su contenido o parte de él debió derramarse por el suelo. En uno de los resquicios del entarimado he hallado el diamante.

—Comprendo —gruñó Bennet.

—Pues la cosa no os tan comprensible como parece. Olvidas algo importante. Tú sabes que esta piedrecita es un diamante y que tiene un determinado valor; pero esto no lo sabe ningún *boamba*. Para cualquiera de ellos, es una piedra y nada más.

El rostro de Bennet se ensombreció.

—Yo no sentaría un aserto así tan a la ligera. Percy. Puede haber alguno que sí lo sepa... alguno, por ejemplo, que haya trabajado en las minas de Pretoria o...

—No. Ten en cuenta que los poblados *boambas* están en mi demarcación y que conozco a la gente que vive en ellos. Son verdaderos salvajes. No emigran a las minas. Y no vienen a Nairobi a no ser que les traiga un asunto de vida o muerte.

Bennet descargó un puñetazo sobre el tablero del bar.

—¡Mil diablos, pues eso ha de tener una explicación u otra!

—Un hombre blanco.

—¿Qué?

—El *boamba* vino a Nairobi enviado por un hombre blanco. Probablemente iría a mi puesto avanzado primero y solo vendría al saber que yo iba a permanecer mucho tiempo ausente de allí. *Alguien* pensó que yo estaría en Nairobi si no estaba en el puesto: alguien que necesitaba de mí y conocía el valor de los diamantes. El *boamba* solo fue su mensajero.

Bennet reflexionó en silencio unos minutos.

—Que yo sepa —dijo después—, no hay ningún hombre blanco en Kwan. En todo caso, si lo hay, no ha salido de Nairobi. Puedo investigarlo, de todos modos.

—Hazlo, pero date prisa.

—¿Vas a partir?

—Esta misma tarde.

—De acuerdo. Te llamaré por teléfono a tu casa si averiguo algo.

—No estaré en mi casa: no hay quien soporte el hedor que ha impregnado el suelo y las paredes. Llámame aquí.

Robert descendió de la banqueta e hizo un gesto de despedida al *barman* negro.

—Percy— suspiró el pelirrojo— debiera encomendar a alguien el cuidado de tu *bungalow*. Lo que ha ocurrido ahora en él debiera servirte de advertencia. Está demasiado aislado. Contiene cosas de valor. Un día va a crearle a la policía un serio problema.

—Cuida tú de él —dijo Roberts—. A mí no me importa. Hasta luego, muchacho.

—Ahí va un hombre, Niko —sentenció Bennet moviendo melancólicamente la cabeza, cuando se halló a solas con el *barman* —, que prefiere ver su casa llena de cadáveres corruptos a vivir en ella una sola semana. ¿Tú sabes a qué puede ser debido eso?

—A una mujer, señor.

Bennet asintió, cejijunto.

—Eres un sabio, Niko. Pero no se debe a una mujer. Se debe al fantasma de una mujer. Al fantasma de una mujer terrible...

Fuera, Percy Roberts puso en marcha su coche y se dirigió al centro de la ciudad. Ocupó el resto de la mañana en realizar algunas diligencias y almorzó con el gobernador. Después se trasladó a su *bungalow* —aislado en la falda de una colina, maltratado por el tiempo y los elementos, descuidado, pero todavía con rastros de antiguo esplendor en sus paredes y en el pequeño parque que lo rodeaba—. Del hangar situado detrás de él sacó un viejo aparato «Hurricane», superviviente de los azares de la guerra, y dedicó dos horas a repasarlo y poner a punto su motor, llenando de esencia su depósito y los dos supletorios que se le habían instalado. Finalmente regresó al Club Militar.

Frank Bennet estaba esperándole.

—Lo siento, Percy —dijo—, pero no he conseguido nada. Seguiré adelante y, si hay algo, te lo radiaré al puesto. Ven acá, bebe ahora una ginebra de despedida.

Roberts se dejó conducir al bar.

—He reflexionado —expuso, mientras Niko servía las bebidas—

y he descubierto un aspecto de este asunto que no me gusta nada. Se refiere al «safari» en que viaja Zwa. Si realmente Zwa estableció contacto con el mensajero *boamba* y le mató y le robó los diamantes, y si pudo sonsacarle y averiguar que los diamantes procedían de Kwan, no es probable que conduzca hasta allí a los americanos. La consecuencia lógica es que los abandonará al llegar a los grandes bosques, por dónde los camiones oruga no pueden abrirse camino, y continuará el viaje solo. Lo interesante es saber si esos americanos sabrán componérselas para regresar a Nairobi sin guía. O si hay algo más que temer de Zwa, aparte que los abandone.

—Tratándose de Zwa, cualquier cosa es de temer.

—¿Y los americanos? ¿Qué gente son?

Bennet, explícitamente, volvió las palmas de las manos hacia arriba.

—Uno no sabe nunca a qué atenerse respecto a los americanos. Parecen estúpidos y no lo son, o lo son y no lo parecen. No creo que la muchacha lo sea. Su padre... Bueno, a juzgar por su cara y por su modo de gastar dinero, se le podría convencer de que existen elefantes alados. Pero hay en la expedición otro individuo que está hecho de distinta madera. Su nombre es Champion. El secretario del viejo. Un chupadólares con mucha pupila, eso me pareció. Era él quien cuidaba de todo.

—Y fue él, por tanto, quien estableció con Zwa un contrato tan irregular.

—Puede que Zwa le engañase.

—¿Lo crees de veras?

—Psss... —hizo Bennet, alzando los hombros—. Algo le diría que le tentó. No, no creo que le engañase. Ya conoces a los americanos. No llegan nunca a concebir que también en la selva y entre salvajes existe una ley que respetar. En cuanto escapan a la bandera estrellada, el mundo es suyo.

—Bueno —dijo Bobería, apurando su vaso de ginebra—. Lo mejor será que trate de dar alcance a ese «safari» antes de que el asunto tome mal cariz, si no es ya tarde. El puesto y los diamantes de Kwan pueden esperar.

—¿Sales ahora?

—Sí, traslado el equipaje al aparato y despego.

—¿Por cuánto tiempo esta vez?

—Cualquiera sabe.

Bennet enlazó con un brazo los amplios hombros de su amigo.

—Vamos, te acompaño al avión. He decidido cuidar del «bungalow» en tu ausencia y quiero echarle una mirada. ¡En, Niko!

¡Un saludo de despedida al capitán Roberts!

—¡Buena suerte, *bwana!* —exclamó el *barman*, enseñando los dientes.

CAPÍTULO V

Contra su costumbre, Míster Markham no salió en el «jeep» la mañana siguiente a la cacería de leones. Por primera vez en mucho tiempo, no se sentía completamente feliz. Tenía el presentimiento de que algo iba mal, de que algo muy próximo a él no funcionaba como debía, pero por más que se esforzó no logró poner en claro el origen de aquella sensación tan molesta.

Hacía mucho calor y Míster Markham permaneció en su tienda, oculto bajo el mosquitero, bebiendo de vez en cuando sorbos del *highball* que el *boy* cuidaba de que estuviera siempre dispuesto al alcance de su mano. Trató de distraerse conectando la potente radio de pilas que tenía junto a la cama, pero la cerró bruscamente al captar una emisión de bailables desde Nueva York y sentirse acometido de un enorme aburrimiento, de un profundo e insólito hastío de aquella vida incómoda y absurda. Su amplio despacho de la «Refinería Markham» se le apareció de pronto, y las calles y el puerto de Galveston y los rostros de los viejos amigos y los verdes *links* de su club de golf. Era la primera vez que le ocurría aquello desde que inició sus vacaciones. Súbitamente, las jirafas, los leones y los antílopes perdieron todo interés para él.

Casi era mediodía cuando se incorporó y miró en torno con ojos muy abiertos.

—¿Cómo es posible que me encuentre aquí? —murmuró—. ¿Cómo es posible que *yo* me encuentre aquí? ¡Buen Dios, si esto...!

Era como despertar de un sueño.

Míster Markham suspiró. El mismo no se daba cuenta, pero ahora empezaba a ver claro. Las imágenes que inconscientemente captó la noche anterior desfilaban de nuevo por su mente. Alicia y su extraña actitud, que no era sino la culminación de la extraña actitud que estuvo adoptando hasta entonces. El león acribillado a balazos, el acceso de terror que Champion había sufrido, el grave peligro corrido por Alicia, la decisión de Zwa, la subsiguiente reacción de sus tensos nervios. Y por último, la ambigua conducta de Champion cuando regresaron al campamento, el modo que tuvo Alicia de encerrarse en su tienda sin pronunciar una sola palabra, las desconcertantes miradas que a Champion dirigían los *wabashes* y el opresivo silencio y la extraordinaria falta de alegría que reinaron en el interior de la *boma*, tan distintos de la risa y las

canciones con que los negros celebraban siempre el éxito de la caza. Rex Champion era un cobarde: descubrir esto en el curso de sus reflexiones, llenó a Míster Markham de estupor.

Champion ni siquiera sospechó el cambio de talante que en su jefe se había operado. Pudo haberlo advertido cuando apartó la lona de la entrada de su tienda y le halló sentado al borde de la litera con el rostro sombrío y bañado en sudor, pero iba impulsado por una idea fija y no prestaba atención a tales minucias.

—Ha habido mucho trabajo —anunció, sonriendo—. Es una sorpresa que le reservaba, Míster Markham. Ahora viene lo picante. Partiremos a la caída de la tarde y esta noche acamparemos ya en plena selva. Un «safari» de verdad. Zwa asegura que hay elefantes en el camino de Kwan, y por supuesto, gorilas. No es frecuente matar un gorila tan al Sur.

—Está usted loco —dijo Míster Markham.

—¿Cómo? —inquirió Champion, desconcertado.

—¿Qué se propone?

—Pues... dejaremos el campamento establecido aquí y usted, Miss Alicia y yo, nos internaremos en el bosque con Zwa y los *wabashes*. Toda una aventura. Si todo va bien, tengo incluso el proyecto de llegar hasta los valles de Kwan, en el mismo corazón de una comarca prácticamente inexplorada.

Míster Markham sacudió rabiosamente la cabeza.

—No, ni hablar del asunto —replicó.

—Pero...

—¿No comprende que estoy hasta las narices de esto, Champion? Calor, lagartos, insectos... ¡No, no, ni soñarlo! Hombre, ¿cómo se le ha ocurrido semejante cosa? ¿Internamos en la selva y a pie? ¿Dejar aquí los camiones y la poca comodidad de que podemos disfrutar? ¡Entrar ahí! ¡Buen Dios, si eso estará lleno de serpientes y leones! ¡Y elefantes! ¡Y gorilas! ¿Qué haría usted ante un gorila, Champion? ¿Echar a correr, como anoche?

Champion se mordió los labios.

—Lo siento —murmuró—. Supuse que le gustaría.

—Me horroriza. Vamos, disponga que preparen los camiones inmediatamente. Saldremos de aquí después de almorzar, rectos hacia Nairobi. No descansaré hasta acostarme en la mejor cama de la mejor habitación del mejor hotel.

—¿Está completamente decidido? —preguntó Champion, a media voz.

—Sí.

Champion giró sobre sus talones y abandonó la tienda. Su

mirada se había nublado. Apretaba las mandíbulas.

Sin vacilar, cruzó el campamento y fue al encuentro de Zwa, que dormitaba solitario a la sombra del «jeep». Le despertó dándole con el pie.

—No quiere —dijo, secamente—. Algo le pasa. Se ha empeñado en volver a Nairobi.

Zwa no se inmutó.

—Si *massa* no huir *simba*, *massa* Markham no volver Nairobi.

—Dejemos eso —gruñó Champion, furioso—. Hay que encontrar una solución, Zwa. Llegaremos a Kwan mal que le pese.

—Solución ser fácil —dijo el negro.

—¿Cómo?

—Tú mandar, *wabashes* obedecer. Ir selva. *Massa* Markham quedar solo.

—¿Y la chica?

—Llevar selva también.



Blandió el revólver y le dió en la cabeza un golpe seco y breve...

Champion se acarició nerviosamente el mentón.

—No, no es posible. Markham volvería a Nairobi y enviaría a alguien en nuestra persecución. Eso me costaría la vida, Zwa.

—¿Cómo volver Nairobi Massa Markham? —preguntó burlonamente el negro.

—Tendría los coches consigo.

—Coches estropear, Nairobi muy lejos. Nosotros llegar Kwan, llegar costa después. Tener tiempo. Cuando massa Markham llegar Nairobi, nosotros escapar. Mundo ser grande.

Los ojos de Champion centellearon. Reflexionó solo, un instante.

—Está bien —dijo a continuación—. Partiremos esta misma tarde. Prepáralo todo.

—Estar preparado.

Hasta la hora del almuerzo anduvo Champion husmeando entre los camiones y el «jeep», saliendo y entrando de su tienda, nervioso, y precisamente hasta la hora del almuerzo no hicieron Alicia ni Míster Markham su aparición. Los conductores hindúes, aletargados por el calor, dormían. Los *wabashes* dormían también. Champion halló el campo libre. Nadie estorbó sus preparativos.

El almuerzo fue una escena tensa y silenciosa. El aire parecía cargado de electricidad. Nadie hablaba.

—Esta tarde emprenderemos el regreso a Nairobi —dijo solamente Míster Markham, mirando con fijeza a su hija.

A Alicia se le iluminó el rostro.

Y Champion disimuló la sonrisa que, de pronto, acudió a sus labios.

Aquella tarde, vestido con impecables ropas de campaña, armado de una carabina y un revólver y provisto de un cinto canana lleno de municiones, Champion sacó a los *wabashes* de su sopor a golpes de fusta y los formó en fila frente a los camiones. Estaba muy seguro de sí, extremadamente sereno. Zwa, empuñando un rifle y con dos cananas en bandolera, se le reunió. Mientras bajo su dirección los negros descargaban de los camiones diez fardos previamente dispuestos, Champion se encaminó a la tienda de Alicia. Obraba con plena determinación y con la naturalidad de quien se entrega a un quehacer cotidiano.

Apartó con rudeza la lona. Alicia estaba acostada en su litera y a medio vestir. Lanzó un ahogado grito de sorpresa al verle.

—Salga de ahí —dijo él fríamente, ahogando con su voz la protesta que ya iniciaba la muchacha —y dese prisa.

—¿Cómo se atreve...?

—No importa ahora. Le he dicho que se dé prisa.

—¿Qué ocurre?

—Nos vamos.

Champion retrocedió y dirigió una mirada a Zwa y a los *wabashes*. Consultó su reloj.

—Tiene cinco minutos para prepararse y reunir lo imprescindible —agregó—. No se retrase, porque le pesará.

Salió de la tienda, dejando a Alicia atónita e inmóvil y presencié cómo los diez negros cargaban con los fardos y echaban a andar

desgranadamente hacia la brecha abierta en la *boma* de espinos a modo de puerta del campamento. Todo era fácil, pensó, deliciosamente fácil.

Míster Markham asomó impulsivamente por la abertura de la lona de su tienda, y el *boy* hindú apareció detrás de él. Los dos conductores se desperezaban filosóficamente detrás del «jeep». Champion se puso alerta. Apoyó la mano en la culata del revólver.

—¿Qué significa esto? —gritó Míster Markham, viendo a los *wabashes* salir del campamento uno a uno, vigilados de cerca por Zwa—. ¡Champion! ¿Qué está pasando aquí?

—Nos vamos a la selva —replicó el secretario, sonriendo.

Míster Markham soltó un sonoro denuesto y avanzó unos pasos, loco de furor.

—¡Champion, maldito si entiendo lo que usted se propone... pero haga volver a esos negros o no respondo de mí! ¡Zwa! —agregó, al distinguir al zulú junto a la *boma*—. ¿Qué mil diablos haces, Zwa?

—Es inútil —dijo Champion—. Está decidido. Usted se queda, señor Markham. Puede volver a Nairobi si gusta... y si llega. Me llevo a Zwa y a los *wabashes*. Y a Alicia, naturalmente.

Míster Markham se quedó quieto, mirándole.

—Está loco —articuló.

—Interprételo como quiera.

Junto a Champion, Alicia salió de su tienda. Se había vestido apresuradamente y llevaba el cabello en desorden, pero aun así, y con el rostro sonrojado por la cólera, estaba más hermosa que nunca. Champion se humedeció los labios cuando ella apareció. Al mismo tiempo, desenfundó su revólver.

—Papá, ordena a los negros que regresen —dijo la muchacha, con voz velada—. Esto es absurdo.

Champion rio.

—¡Oh, no! No es absurdo. Los *wabashes* solo me obedecen a mí. Soy el único que sabe cómo tratarlos —dio un paso hacia Alicia y la asió rápidamente de la muñeca—. Vamos, en marcha, preciosa —añadió—. No hay tiempo para despedidas.

—¡Suéltela! —rugió Markham, mientras la joven forcejeaba inútilmente.

Champion no le hizo el menor caso. Míster Markham echó a correr hacia él. Champion, impávido, le esperó. Alzó la mano con que empuñaba el revólver. Cuando Míster Markham se le echaba encima le descargó el arma como una maza en el centro del cráneo.

Míster Markham emitió una especie de mugido entrecortado.

Cayó de rodillas primero y de bruces después. Quedó inmóvil.

—¡Papá! —gritó Alicia, golpeando a Champion rabiosamente.

El *boy hindú* desapareció en el interior de la tienda.

Champion abofeteó con toda su fuerza a la muchacha sin lograr contenerla. En vista de ello, blasfemando a media voz, blandió el revólver y le dio en la cabeza un golpe seco y breve. Alicia perdió el conocimiento, sus rodillas se doblaron. Champion la sostuvo para que no cayera y luego se la echó al hombro.

Emprendió la marcha en pos de los *wabashes*.

No había dado ni cinco pasos cuando un tiro sonó junto a la *boma*, y al levantar la vista, distinguió a Zwa con la carabina humeante entre las manos. Se volvió apresuradamente. Caído frente a la tienda de Míster Markham y empuñando todavía el «Garand» de este, se convulsionaba el *boy hindú*.

Un grito agudo sonó en el «jeep». Los dos conductores corrían. Uno de ellos había sacado de entre sus ropas un cuchillo.

Zwa disparó dos veces más. Bastaron.

Champion permaneció un instante con la mirada fija en los dos hombres, viéndoles morir, y después reanudó el avance. Zwa se le reunió al trasponer la *boma*. No hablaron. Cien metros más adelante, los *wabashes* marchaban en hilera, rectos hacia la gran masa verde y amenazadora de la jungla.

CAPÍTULO VI

La selva era siempre igual y siempre distinta, pero en general, no respondía a la idea que Alicia se había formado de ella. En primer lugar, no constituía una barrera impenetrable: la gran espesura se hallaba a cierta altura sobre el suelo y por este, hollando una alfombra milenaria de materia vegetal semicorrompida, no era muy difícil el avance. Experimentábase la sensación de hallarse en el interior de un vasto edificio verdinegro. Por encima de las cabezas se entrecruzaban las ramas y toda clase de lianas y plantas trepadoras, formando un techo de varios metros de espesor que únicamente permitía el paso de una luminosidad vaga y fantasmal. Allí estaba la verdadera vida de la selva: simios, reptiles, pájaros, insectos, a los que se oía zumbar, gritar, rebullir, luchar, morir y nacer. Más abajo a ras de suelo, el ambiente estaba enrarecido, el aire era espeso, húmedo y cálido, la transpiración se pegaba a la piel, las moscas atacaban con una voracidad inconcebible. Constantemente era preciso rodear matorrales enormes, cortinas de vegetación parasitaria, macizos espinosos. Las sendas imprecisas trazadas por los animales salvajes se perdían a los pocos metros. Como columnas de aquel templo fabuloso se alzaban los troncos gigantescos de los árboles, con la base hundida en la capa de humus.

De vez en cuando, el suelo adquiría carácter pantanoso y allí la vegetación era de una variedad, de un vigor y de un tamaño alucinantes y la vida descendía desde el ramaje para hervir en las charcas. Un curso de agua sombrío espejeaba entre helechos, y era posible oír el chapoteo de los cocodrilos en sus riberas.

Otras veces se abría un amplio claro a la luz deslumbrante del sol y en el centro de él, pastaba un rebaño de antílopes que emprendía la fuga con un galope sonoro como el paso del viento entre las hojas.

Pero siempre, en la eterna penumbra del bosque, se intuía la presencia inmediata de grandes cuerpos vivos, se les vislumbraba en ocasiones, se les oía, y emanaba de ellos una amenaza misteriosa y persistente que no daba reposo a los nervios.

Alicia caminaba entre Champion y Zwa, a retaguardia del «safari». Había ocupado aquella posición cuando recobró el conocimiento y Champion, dejándola en tierra, la obligó a andar

por su propio pie. No tenía noción del tiempo transcurrido desde entonces, pero debían ser varias horas a juzgar por lo cansada que estaba. No había aún despegado los labios. Deseaba averiguar la suerte corrida por su padre, y este deseo luchaba en su espíritu con el orgullo y con el odio y el miedo y el desprecio, a la par, que Champion le inspiraba. El orgullo, el odio, el miedo y el desprecio vencían.

La marcha prosiguió en estas condiciones hasta que la oscuridad la hizo imposible. Cuando el «safari» penetró en un calvero y surgió en lo alto el cielo negro tachonado de estrellas, Zwa dio orden de detenerse. Alicia observó a los *wabashes* mientras trabajaban en la preparación de una pequeña *boma*. Había pensado en ellos como medio de librarse de su situación. Estaban descontentos, no entraron en la selva por su gusto. Los camiones oruga y la civilización les habían hecho perder el hábito de las largas jornadas transportando un fardo sobre la cabeza, y ahora se resistían a adoptarlo de nuevo. Además, temían a Champion. Alicia suponía que desertarían si se les presentaba una oportunidad, y ella estaba dispuesta a brindársela y desertar con ellos. Los prefería a Champion. Y a Zwa, porque en el curso de aquellas primeras horas de viaje, se había dado perfecta cuenta de la inexplicable alianza que entre Champion y el viejo zulú existía.

Mientras los *wabashes* estuvieran allí, pensó, alentaría una esperanza.

En el interior de la *boma* se alzaron dos pequeñas tiendas de campaña individuales que Alicia no sabía que hubiesen figurado en su equipo. Zwa había cazado un venado. Fue asado para cenar. Alicia se negó a comerlo.

—No sea estúpida —dijo Champion, plantado ante ella—. Esa actitud no conduce a nada. Más le valdrá aceptar los hechos tal como son.

No replicó. Se refugió en la tienda, vio a los *wabashes* llenarse los estómagos y observó después que Champion repartía entre ellos el contenido de uno de los garrafones de *whisky* que Míster Markham llevó consigo a todas partes. Fue una medida diplomática. Los negros rompieron a cantar a los pocos minutos.

Alicia se preguntó dónde estaría Zwa y lo averiguó al asomarse por debajo de uno de los tirantes de la tienda. Zwa estaba allí, vigilándola, con la carabina en la mano.

—Miss no escapar —murmuró, inclinándose hacia ella—. Malo escapar. Bueno *massa* Champion. *Massa* tratar bien. *Massa* justo.

La muchacha le miró firmemente a los ojos.

—Zwa —dijo—, ayer me salvaste la vida. No puedes ahora abandonarme a un destino así. Tú sabes que Champion es un canalla y un cobarde. Llévame contigo, devuélveme a mi padre y él te dará mucho dinero. Serás rico, Zwa. Hazlo.

Zwa la obligó a retroceder empujándola con su sucia mano.

—Yo rico también sin devolver *miss* —gruñó.

—¿Es eso lo que Champion te ha prometido a cambio de tu ayuda? ¡Miente! No tiene dinero. Es pobre. Te ha engañado.

—Tú callar —dijo el guía.

Los *wabashes*, en torno a la fogata, habían iniciado una danza lenta, primitiva, rítmica. Uno de ellos marcaba el compás golpeando un caldero con una rama. Alicia se estremeció al verles, al oír la salvaje melodía que modulaban a coro. Volvió al interior de la tienda y se acurrucó allí. Sentía ganas de llorar y si no lloró fue porque un arraigado principio de dignidad se lo impedía.

Después, percibió unos pasos al otro lado de la lona.

—Vete a cenar —dijo la voz de Champion—. Yo cuidaré de ella.

—*Ndio, massa* —murmuró el zulú.

Una mano apartó la puerta de la tienda, y Champion apareció en cuclillas en el umbral, recortada su silueta contra la luminosidad de la fogata. Las sombras grotescas de los negros que bailaban allí, pasaban una tras otra, por encima de él.

—La hermosa palomita está en su nido y yo soy el hombre más feliz de este maldito bosque —dijo. Alicia observó que también él había bebido. Le echó a la cara una nauseabunda vaharada de *whisky* al hablar. Se sintió acometida de una repugnancia y un horror desesperados—. No tengas miedo, pequeña —agregó Champion, viscosamente—. Nada malo te va a ocurrir. Yo seré tu protector.

Extendió una mano hacia su rostro y Alicia soportó solo un segundo el roce de sus dedos junto a la boca. Después le mordió, poniendo en ello toda su fuerza.

—¡Hiena! —aulló Champion, haciéndose atrás y perdiendo el equilibrio. Cayó sentado, pero se levantó rugiendo de cólera—. Yo te enseñaré...

—¡*Massa!* —llamó Zwa, repentinamente desde la tienda contigua—. ¿No haber más *whisky*?

—¡Vete al infierno!

—*Wabashes* necesitar más *whisky, massa*. Estar inquietos.

Champion titubeó, mirando a la muchacha y a la hoguera, alternativamente.

—Volveré— anunció.

Dejó caer la puerta de lona y Alicia le perdió de vista. La muchacha jadeaba. Gimiendo sordamente, apretó los puños. Había estado temiendo aquello durante toda la tarde: la llegada de la noche, el campamento, Champion... No había modo de impedirlo. Ni siquiera había modo de morir. Champion volvería.

No obstante, transcurrió el tiempo y Champion no volvió. El frenesí de los negros se calmaba. Llegó un momento, cuando ya los golpes sobre el caldero habían cesado, en que Alicia recobró la esperanza. Pensó en la posibilidad de fugarse. Sola. Para perderse en la jungla y caer bajo las garras de las fieras. Era una salvación.

Se asomó y vio a Zwa nuevamente de centinela.

—Tú dormir —dijo ásperamente el guía.

También vio a Champion que se aproximaba.

—¡No! —gritó, sin poder contenerse.

Champion se detuvo.

—No tema —dijo, haciendo un gesto tranquilizador. Alicia se dio cuenta con alivio de que parecía haber recobrado la serenidad—. Necesito hablar con usted. Es importante. Lárgate, Zwa.

Zwa se fue al extremo opuesto del recinto, arrastrando su carabina. Champion no avanzó más. Permaneció donde estaba, con las piernas abiertas y los brazos cruzados.

—Es necesario que lleguemos a un acuerdo por las buenas —añadió—. Usted vendrá conmigo de todos modos. Cuando alcancemos la costa, nos casaremos. Tendrá que ser mi esposa lo quiera o no. Para siempre.

—Mi padre dijo que estaba loco y es verdad —replicó Alicia, casi inaudiblemente—. ¿Qué le ha pasado a mi padre?

—Nada. Recibió un golpe un poco duro, pero más dura es su cabeza.

La muchacha titubeó.

—Por favor, Champion, vuelva en sí —imploró después—. Esto es... ¡Oh! Es una pesadilla... No comprendo...

—Sé muy bien lo que me hago. Todo tiene su explicación, señorita Markham. El origen de esto que usted califica de pesadilla se remonta a un incidente ocurrido en Nairobi dos meses atrás, cuando nuestro «safari» no había empezado aún. Zwa, en Nairobi encontró a un *boamba* que andaba en busca de un individuo llamado Roberts, que es, al parecer, el comisario de esta comarca, para entregarle un mensaje y una bolsa de cuero. El mensaje procedía de un cazador belga aislado y enfermo en los valles de Kwan, que pedía socorro y, a la vez, solicitaba, el registro a su nombre de un yacimiento de diamantes. Su «safari» había sido

diezmado por una epidemia. Ante la perspectiva de su propia muerte, ese belga enviaba el mensaje al comisario y le rogaba que remitiera un obsequio a su esposa que se hallaba en Leopoldville. El obsequio estaba en la bolsa de cuero. Eran diamantes, muchos diamantes. El *boamba* se los enseñó a Zwa. Había tenido que llegar hasta Nairobi porque el comisario se encontraba ausente de su puesto, y según se desprende de su conducta, las comunicaciones telegráficas de este no funcionaban, y la ciudad le había ajustado. Zwa se ganó su confianza. Luego se apropió los diamantes y buscó un medio de trasladarse a Kwan y conseguir más. Zwa es ambicioso y astuto. Conoce el valor del dinero.

»Cuando supo que nosotros organizábamos un «safari» y necesitábamos un guía, se las ingenió para ser contratado venciendo todas las dificultades que la policía indígena podía oponer. Le contraté yo. A usted no le gustó, porque alguien la había prevenido contra él, pero a mí me importaba muy poco lo que la Oficina Indígena opinara, porque Zwa me pareció el hombre apropiado para la clase de diversión que pensaba ofrecerle al padre de usted. No me engañé en esto. Sin embargo, Zwa se mantuvo fiel a sus propósitos de llegar a Kwan y nos condujo por el curso del Nboe primero y del Mungoaga después, hasta la selva. Kwan está al otro lado. Una vez ante la selva, Zwa comprendió que solo nunca conseguiría atravesarla. Es ya viejo. Los peligros y la dureza de las jornadas que le aguardaban eran demasiado para él. Había proyectado abandonarnos allí, pero una reflexión concienzuda le hizo mudar de opinión. Entonces habló conmigo. Si yo conseguía que el «safari» llegase hasta Kwan, sería su socio. Me mostró los diamantes. De ellos y de los que halláramos posteriormente, una tercera parte para mí. Y usted. Abandonaríamos a su padre en Kwan y huiríamos con los *wabashes* en dirección a la costa. Cuando su padre diera la alarma ya estaríamos muy lejos. No era mal negocio, de modo que acepté. A última hora, el cambio de actitud de su padre nos obligó a reformar el plan. Le dejamos en la llanura, pero inutilizamos los vehículos de modo que emplease en volver a Nairobi todo el tiempo que nosotros íbamos a necesitar. Sabíamos que el comisario estaba ausente, y no en Nairobi como supuso el mensajero *boamba*, sino en Londres. Así, y hasta ahora, todo se ha realizado conforme a nuestros cálculos.

Champion calló y hubo un silencio.

—¿Por esos hipotéticos diamantes —preguntó Alicia, lentamente — y por favorecer la traición de un viejo zulú ha roto usted su vida, Champion? ¿Por eso ha renunciado a su honorabilidad, a su

mundo, a su porvenir, a todo? ¿No comprende lo que ha hecho?

—Por eso y *por usted*.

—¡Pero yo no le quiero ni le querré nunca! No soy una esclava, ¿no lo comprende? Y el amor de una mujer no se compra, ni se roba.

—Eso habría que discutirlo.

—No se ciegue a sí mismo, Champion.

—¿Cegarme? —exclamó Champion. Rio y añadió, amargamente —: ¡Ojalá me hubiera cegado la primera vez que la vi! Todo esto no hubiera ocurrido. Pero ahora ya no tiene remedio, señorita Markham. Estamos en la pendiente. Vamos a rodar.. hasta el mismísimo infierno, si es necesario. Tarde o temprano, con respecto a mí, pensará usted de otro modo.

—Nunca. Escaparé. Habrá ocasiones.

—Morirá en la selva.

—No me importa. Me daría muerte yo misma si pudiera.

Champion pareció alarmarse por el tono que la muchacha había empleado. Descruzó los brazos y con el dorso de la mano se restregó la boca.

—Si eso es lo que pretende —anunció— no tendré más remedio que atarla. Zwa y yo no podemos pasarnos la noche en vela vigilando su tienda.

Alicia se encogió de hombros.

—Haga lo que guste. Mi ocasión se presentará.

—¡Zwa! —llamó Champion. Y agregó para la muchacha—: No quiero imponerle mi presencia, señorita Markham. Todo vendrá por sus propios pasos. Seré paciente. Algún día me implorará usted de rodillas que acuda a su lado, lo sé.

La muchacha hizo un esfuerzo y rompió a reír desdeñosamente. Se arrepintió al instante, viendo cómo se contraían los músculos de Champion.

Zwa apareció rodeando la hoguera.

—*Massa* llamar.

Estremeciéndose, Champion se volvió a él.

—Busca una cuerda y amárrala para que no pueda escapar —dijo con voz tensa, señalando a Alicia—. Luego vete a dormir.

El negro asintió.

Minutos después, la muchacha yacía en el fondo de la tienda atada de pies y manos. El silencio se había hecho en el campamento. Los *wabashes* dormían. Solo más allá de *boma*, en la siniestra negrura del bosque, todo un mundo velaba. Y a veces surcaba el aire, acallando los mil rumores de aquella vida inmensa,

el ronco grito de una fiera en celo.

Alicia, oyéndolo, se sentía desfallecer.

CAPÍTULO VII

Percy Roberts no se impacientaba. Había volado en línea recta de Nairobi al Nboe aprovechando la luz del día y dedicó buena parte de la noche a seguir su curso y el de sus afluentes, que surcaban el *veldt* en dirección a los grandes bosques, con la vista fija en tierra para captar el resplandor de cualquier fuego de campamento. Al principio, en la inmensidad de la llanura, localizó algunos, pero al sobrevolarlos a poca altura, enfocándoles los reflectores que el «Hurricane» llevaba en las alas, se convenció de que ninguno correspondía al «safari» cuyas características le había descrito Frank Bennet. Luego, ya en la zona de transición hacia la selva, su búsqueda resultó por completo infructuosa.

Aquello, pensó, se parecía mucho a la tarea de encontrar una aguja en un pajar. Las dimensiones de la comarca que exploraba, a partir de la ribera septentrional del Nboe, eran tan grandes que sus probabilidades de éxito resultaban, en comparación, mínimas. Roberts, de todos modos, no se impacientaba. Estaba acostumbrado a las grandes dimensiones y a darle al tiempo muy poco valor. Lo mismo en el *veldt* que en la selva, el valor del tiempo era nulo. Allí no pasaban días, ni meses ni años: pasaban siglos nada más.

Roberts sabía que probablemente tendría que llegar hasta Kwan para localizar el «safari» de los americanos, e incluso que estos podían hallarse en el bosque, en cuyo caso no lograría descubrirlos desde el «Hurricane», pero ambas cosas significaban que los americanos habían dejado sus vehículos al borde de la selva, y donde estuvieran los vehículos habría un campamento y donde hubiera un campamento, ardería una fogata. Aun a la velocidad del «Hurricane», una fogata, en aquel mundo en sombras, era siempre visible.

Todos sus cálculos fallaron, no obstante. En la amplia cuenca de los afluentes septentrionales del Nboe la fogata no apareció. Comprendiendo al fin que, por una causa u otra, su pesquisa era inútil y precisaba economizar fuerzas y combustible, el capitán Roberts buscó una zona llana y de hierba menuda, y a la luz de los focos del aparato, aterrizó. El resto de la noche lo pasó durmiendo en su asiento de la carlinga.

El sol calentaba el *veldt* con sus rayos cuando reemprendió la

búsqueda. Siendo los mandos del aparato, Percy Roberts sonreía ampliamente. Pensaba en Bennet y en unas palabras que Bennet había pronunciado: «la ginebra del hogar». Bennet se equivocaba. Su hogar no estaba en Nairobi, sino allí, en aquella tierra salvaje que la mañana desvelaba por debajo de él. Para Roberts, Nairobi no era ni siquiera África. Era, en todo caso, el punto de contacto más próximo entre África y la civilización. En Nairobi la soledad no podía concebirse. Había clubs, grandes hoteles, calles atestadas, compromisos sociales, obligaciones cívicas. Y África era soledad, era horizontes infinitos, era selvas indómitas, era llanuras interminables, era, montes abruptos cubiertos de nieves eternas bajo el sol de los trópicos.

Roberts sintió sus pulsos latir con más fuerza al ver cómo un rebaño de grandes antílopes huía de la sombra de su avión. Más allá, fueron cebras. Y un león solitario que corría por un pedregal. Y una pareja de hipopótamos que dormitaba en el fango de un río. Y unos elefantes que, en un vado, se rociaban el lomo con el chorro de agua que proyectaban sus trompas. Y una tribu de mandriles que retozaba en un bosquecillo de sicómosos.

Y la selva, cerrando en verde todas las perspectivas.

Roberts, de pronto, hizo describir al «Hurricane» un violento rizo y hundió su proa en dirección al suelo.

A pocos metros de este, lo enderezó y aminoró cuanto pudo la velocidad. Luego empezó a describir círculos en el aire.

Acababa de descubrir lo que tantas horas estuvo buscando. Allí, no lejos del punto en que un arroyo entraba en el bosque, estaba el campamento. Dos camiones de tracción oruga, un «jeep» y cuatro tiendas. No cabía duda. Solo que, en el interior de la *boma* de espinos que limitaba el conjunto, no se movía absolutamente nada.

Roberts tomó tierra unos centenares de metros arroyo abajo, en la hierba de la ribera, y retrocedió a pie hasta el campamento. Tal como le había parecido, este estaba desierto. El único vestigio patente de presencia humana en él, eran tres esqueletos desperdigados por él a modo de semicírculo que dibujaban las tiendas y el «jeep». Uno de ellos perteneció a un muchacho. Los restantes, a dos hombres adultos. De la carne que cubrió aquellos huesos habían dado buena cuenta las hienas, los chacales y los buitres. A juzgar por su estado, desde su muerte habían transcurrido un par de días a lo sumo.

Roberts los estudió frunciendo el entrecejo. Después extendió al campamento entero su investigación y así descubrió que el «safari» lo había abandonado apresuradamente, y hecho notable, que los

motores del «jeep» y los camiones fueron deliberadamente inutilizados, de tal modo, que era imposible su reparación, a no ser que se los trasladase a unos talleres. Regresando junto a los esqueletos, hurgó entre los huesos, pacientemente, unos minutos.

Encontró tres proyectiles. Eran iguales, del mismo tamaño y el mismo peso. Roberts hubiera jurado que la misma arma los disparó.

Uno de los hombres debió empuñar el cuchillo que ahora aparecía junto a sus restos, pero sin duda, lo mismo él que su compañero y el chico, fueron asesinados. De los restos deshilachados de sus ropas y del lienzo que formó sus turbantes, Roberts dedujo que eran hindúes, probablemente sirvientes personales de los americanos.

Tratando de reconstruir mentalmente la escena que allí se desarrolló, trasladó su atención a las huellas. En el campamento era imposible estudiarlas, pero fuera, entre el campamento y la selva, sobre las porciones de tierra blanda que originaban la humedad y las infiltraciones del arroyo, revelaban un hecho extraño: uno de los componentes del «safari» no había partido junto con los demás. Estos fueron doce: diez negros que, según revelaban sus pisadas profundas, Transportaban sendos fardos, otro que andaba descargado y que supuso sería Zwa, el guía zulú, y un hombre blanco —el único calzado del grupo— que, cosa curiosa, se había embarazado también con un peso considerable. El hombre que partió solo era otro blanco y lo había hecho después, aunque a Roberts le era imposible calcular cuánto tiempo después exactamente.

Faltaba la muchacha. Roberts se dio inmediatamente cuenta de ello y por unos minutos anduvo buscando vanamente su rastro. Al fin, comprendió. La muchacha era el peso que transportaba el hombre del «safari».

Con expresión sombría, Roberts dio su exploración por terminada y regresó al «Hurricane». Allí, sin prisa, meditando al mismo tiempo, se despojó de las ropas con que había volado desde Nairobi, abrió su equipaje y se vistió una camisa militar, unos *breeches* de tela resistente y unas cómodas botas. Tomó un «salacot» y se ciñó un cinto-canana del que pendía, en su funda, una pistola de gran calibre. Metió en un morral los objetos imprescindibles y abundante repuesto de municiones, sacó un rifle de su funda, lo inspeccionó cuidadosamente y, por último, condujo el avión al abrigo de un *baobab* que proyectaba la sombra de su gigantesca copa a un extremo de la pradera.

Terminados estos preparativos, cargó con su equipo y emprendió un trote regular, semejante al de los incansables corredores indígenas, en dirección a la selva.

Hizo alto en el calvero triangular donde los americanos habían matado la pareja de leones e inspeccionó los restos de la trampa y las plataformas, intactas aún, con el entrecejo fruncido. Cuando reemprendió la marcha, en sus ojos había un destello amenazador.

Los rastros desaparecían en la espesura, pero el capitán ya había contado con ello. No tenía el propósito de seguirlos. Por el contrario, puesto que conocía el objetivo del «safari» —la comarca de Kwan—, iba a avanzar sin interrupciones en aquella dirección, calculando que su itinerario no divergiría mucho del elegido por Zwa. El grupo que abandonó el campamento no podía llevarle una ventaja superior a dos días, que, dada la muy superior rapidez de su marcha, se reduciría en poco tiempo. El hombre blanco aislado había partido más tarde aún. Y Roberts era capaz de sostener la regularidad de su trote jornadas enteras.

O, por lo menos, así lo suponía y así había sido anteriormente. Pero el capitán no contaba con los muchos meses de inactividad que acababa de pasar en Londres y que, sin él advertirlo, le habían hecho perder una parte de su excepcional forma física. Descubrió a mediodía la importancia de esto, cuando bañado en sudor y jadeante, con un dolor agudo en el costado, se vio obligado a detenerse a la orilla de un arroyuelo. No recordaba que tal cosa le hubiera ocurrido jamás. Sombrío el rostro, se desnudó y tomó un baño. Permaneció algún tiempo tendido en la hierba, dándose fricciones en los músculos. Al sentirse completamente reposado reanudó su carrera, pero dosificando el esfuerzo a partir de entonces y disminuyendo su velocidad.

Hizo otro alto al caer la noche, este definitivo. Saltó ágilmente a las ramas bajas de un árbol y en su horquilla construyó una plataforma de hojarasca. Después abrió el morral y sacó una fina cuerda engrasada, a cuyo extremo dispuso un nudo corredizo. Despojándose de las botas para que sus pies no resbalasen, pasó de una rama a otra hasta alcanzar las de un *uko* extendidas sobre un estrecho e impreciso camino que el paso de los animales había abierto entre la maleza. Allí preparó su cuerpo, y agazapándose detrás de una cortina de hojas, esperó.

La oscuridad era absoluta cuando sus ojos, ya habituados, percibieron en el sendero una forma móvil. El animal, no obstante, porque avanzaba contra el viento, le olfateó, se detuvo y enderezó la cabeza. Roberts reconoció una especie de antílope llamada *ho* por

los indígenas, de cuerpos agudos y piel atigrada. El animal titubeó un momento. Finalmente, se volvió y emprendió la fuga.

A los pocos minutos, unas figuras saltarinas aparecieron en dirección contraria. Ahora tenía Roberts el viento a su favor. Aprestó el lazo. Eran gacelas. Constituía una excepción hallarlas tan internadas en el bosque.

Con la rapidez del rayo, al pasar el pequeño tropel bajo las ramas del *uko*, la cuerda descendió y se cerró en torno al cuello de uno de los rumiantes. Roberts tiró de ella y la gacela se balanceó en el aire, contorsionándose desesperadamente. Las demás huyeron a la desbandada.

Poco después, al pie del árbol donde instalara su plataforma, el capitán encendía una fogata y asaba uno de los cuartos traseros del animal. Mientras atendía sus menesteres culinarios, dedicaba la mitad de sus sentidos a las tinieblas que el bosque condensaba a su alrededor, porque sabía por experiencia propia, los peligros a que un hombre blanco y solitario está expuesto en la selva. Pero nada ocurrió. Roberts apagó el fuego, saltó al árbol, se acomodó en la hojarasca de su plataforma y devoró tranquilamente la pierna asada, de carne blanda y jugosa. Después fumó su pipa. Indiferente al siniestro rebullir de la espesura en torno a él, cerró los ojos y concluyó durmiéndose. Despertó una sola vez, al oír un ronco gruñido al pie del árbol. Un león olfateaba las cenizas de la hoguera. Alzó la enorme cabeza y le miró gravemente. Emitía un ronroneo continuo. Los colmillos asomaban por sus entreabiertas fauces.

Roberts sonrió.

—Buenas noches, amigo —dijo—. Parece que no has cenado todavía, ¿verdad?

Al sonido de su voz, el león saltó hacia él. Su salto quedó corto y lo repitió dos veces más, en vano. Viendo que la plataforma quedaba fuera de su alcance, volvió grupas y se alejó. Roberts le despidió con una carcajada.

Lo primero que vio por la mañana fue el rostro patilludo de un mico que le observaba intrigado asomando entre las hojas. Al tratar de moverse, descubrió que, por su falta de entrenamiento, tenía los músculos doloridos y agarrotados a consecuencia de la carrera de la víspera.

El mico dio un chillido agudo parecido a una risita.

—Puedes burlarte —le dijo Roberts—. La querida niebla y los queridos miasmas de la metrópoli, como diría Frank, me han oxidado las articulaciones. Habrá que engrasarlas, ¿no crees, muchacho?

El mico saltó alegremente, chilló otra vez y desapareció. Roberts le oyó parlotear entre el ramaje mientras descendía al suelo.

Atravesando la senda donde la vispera cazó la gacela, había un regato, y en él bebió y se bañó. Nuevamente vestido y con las botas puestas, metió en el morral el otro cuarto trasero del rumiante, dejó el resto junto a las cenizas de la fogata, cargó con su equipo y no sin cierta dificultad, entorpecido por la persistencia del dolor, inició el trote selva adentro, hacia los lejanos valles de Kwan.

El ejercicio mismo hizo desaparecer paulatinamente sus molestias, de modo que, mediada la mañana, se hallaba ya en plena recuperación de su forma y pudo aumentar algo la velocidad del avance. Fue entonces, no obstante, cuando empezaron a ocurrir cosas con las que no había contado. Y la primera fue el encuentro de una flecha incrustada en el suelo.

Roberts entraba en aquel momento en un claro y la viveza de la luz contribuyó a que su experta mirada diferenciase el asta de la flecha de una simple ramilla. Se detuvo. El arma era tosca. El perfecto conocimiento que el capitán tenía de los indígenas que habitaban en el gran territorio sometido a su jurisdicción, le permitió establecer que pertenecía a una de las tribus *walis* —rama nómada y primitiva de los pueblos *mokoeles* de las montañas— cuyo hogar era el bosque. Algunas de aquellas tribus eran totalmente salvajes y rebeldes a su autoridad. Otras, en cambio, le respetaban, acataban sus órdenes y seguían en sus costumbres la norma que él les había trazado. Pero por el simple hallazgo de una flecha no podía deducir a cuál de las tribus pertenecía el guerrero que la disparó.

Roberts, lentamente y con la vista fija en el suelo, describió círculos cada vez más amplios en torno al punto donde estuvo la flecha. Hacia el centro del claro tropezó con dos flechas más. A pocos metros había una mancha de sangre y la hierba estaba aplastada. Dedicó a aquel rastro extrema atención. Los *walis*, supuso, habían dado caza a una presa que salió de la espesura y cruzó el calvero. Si las huellas hubieran sido más expresivas respecto a su modo de proceder, aquello le hubiera bastado para saber de qué clase de *walis* se trataba, porque uno de sus rasgos distintivos eran los métodos de caza que él había conseguido indicarles; pero las huellas decían poco.

Algo más allá amplió sus observaciones y les añadió una que constituyó una verdadera sorpresa. Había en el claro unas piedras mohosas rodeadas de un semicírculo arenoso. En este, unas pisadas aparecían grabadas nítidamente. Roberts contó las de una veintena

de guerreros. Y la sorpresa fue que, mezcladas con ellas, estaban las de un hombre blanco, y que aquel hombre blanco era el mismo que abandonó el campamento de los americanos algún tiempo después de haberlo hecho el «safari». De esto no le cupo duda alguna. Había tenido ocasión de estudiar sus huellas, muy claras en el terreno fangoso donde empezaba el bosque.

Roberts se sumió en una profunda abstracción.

Y de su abstracción le sacó un bronco maullido que sonó casi encima de su cabeza. Todo su cuerno reaccionó al instante, con perfecta sincronización. Su mano derecha voló a la funda y sacó de ella la pistola. Su mirada se alzó.

Sabía lo que iba a ver antes de verlo realmente: entre el ramaje del árbol que tenía delante, el pelaje moteado y sedoso de una pantera.

Roberts, no obstante, en la última fracción de segundo se contuvo y no hizo fuego. La fiera estaba oculta casi por completo. El tiro hubiera sido impreciso, y Roberts sabía que de no ser necesariamente mortal, de herir solamente al felino, nada ni nadie hubiese logrado contener el feroz ataque de este, mientras que ahora era muy posible que no se produjera. Roberts sabía también que una pantera solo ataca a un hombre en caso de hallarse muy hambrienta, o bien si el hombre se asusta y echa a correr, despertando así el instintivo impulso de todos los felinos de lanzarse sobre cualquier objeto en movimiento. Por ello, cuando transcurrieron unos, segundos sin que la fiera saltase del árbol, empezó a desplazarse hacia atrás muy lentamente, primero un pie, luego otro, manteniendo la vista fija en la mancha moteada que se vislumbraba entre las hojas.

Pero un ronquido sonoro interrumpió su retroceso.

No lo había proferido la pantera. Sonó atrás, en el centro del claro. Y entonces, como antes, Roberts supo lo que iba a ver antes de volverse y distinguir a un gigantesco rinoceronte que galopaba hacia él, aplastando los matorrales.

Por un brevísimo instante tuvo conciencia de lo apurado de su situación. Le quedaba tiempo para esquivar al bruto, pero su fuga desencadenaría el ataque de la pantera. No tenía escape. No podía optar.

Con el ímpetu de un carro blindado, con un terrorífico redoble de sus recias patas, el rinoceronte se le echaba encima. Las balas de la pistola eran inútiles contra él. Haciendo un esfuerzo desesperado, el capitán saltó. Una vez y luego otra. La enorme bestia pasó rozándole y la inercia la llevó hasta la espesura. Allí se detuvo.

Levantó la cabeza para olfatear, porque sus minúsculos y estúpidos ojillos no bastaban para localizar al hombre. Luego dio la vuelta y emprendió una segunda acometida.

Pero ya entonces el hombre alcanzaba el refugio de los primeros árboles, se arrojaba tras ellos con un fantástico «plongeon» y descolgaba de su hombro el rifle.

Roberts tenía el rifle en las manos cuando la pantera abandonó su escondrijo. Fue una suerte para él. La vio surcar el aire con el tiempo imprescindible para disparar, pero al caerle encima, la fiera llevaba ya una bala en el cuerpo y sus zarpazos carecían de virulenta. Roberts giró sobre sí mismo, rehuyó el ataque con agilidad pasmosa. La pantera luchó un instante más. Roberts descargó un tremendo culatazo en la boca abierta inmediata a su rostro y cuando se halló en situación propicia para disparar otra vez, observó que no era necesario. El felino, replegadas las patas traseras, bufaba débilmente y su baba aparecía tinta en sangre. Estaba muriéndose. Roberts se apartó de él poco a poco, recogió la pistola que había abandonado por el rifle y trató de ponerse en pie para averiguar lo ocurrido con el rinoceronte.

Su pierna derecha falló y cayó de bruces.

Asombrado, se miró el muslo. Las garras de la pantera habían desgarrado la recia tela de sus pantalones, abriéndole en la carne una enorme herida que ahora empezaba a sangrar abundantemente. Tenía otras heridas de menor importancia en el pecho y en ambos antebrazos.

Comprendió inmediatamente lo que aquello significaba: estaba fuera de combate. Mala suerte. Tardaría mucho tiempo en poder reanudar la persecución del «safari». O acaso no la reanudara nunca. Otros hombres tan fuertes y tan curtidos como él habían muerto al infectárseles en plena selva las heridas.

El rinoceronte merodeaba por el claro.

Maldiciéndole en silencio, Roberts se arrastró hasta la espesura y siguió bosque adentro, trabajosamente, en busca de alguna corriente de agua. Cuando la halló se lavó las heridas, abrió el morral y se practicó una cura con los pocos elementos de que disponía.

Luego encendió fuego, asó la pierna de gacela que llevaba consigo y almorzó. Pensó que si no le abandonaban las fuerzas, podría regresar al campamento de los americanos, aunque emplease en ello varios días, y allí reponerse de las debidas condiciones.

Con esta esperanza se preparó una yacija en la horquilla de un

árbol y descansó algún tiempo. Pero su esperanza se frustró. Aquella tarde, el dolor y la inflamación de la tremenda herida del muslo le impidieron moverse. Y la fiebre le acometió al oscurecer.

CAPÍTULO VIII

Dos de los *wabashes* consiguieron lo que Alicia había intentado en vano tantas veces: escapar. Desaparecieron la primera noche en que no se bebió *whisky* alrededor de la fogata del campamento y ya no se les volvió a ver, pese a que Zwa dedicó a su búsqueda la mitad de la jornada siguiente. El percance enfureció a Champion.

—Desertarán todos en cuanto se acabe el *whisky* —rezongó—, y lo cierto es que no tardará mucho en acabarse. Esto no puede seguir así, Zwa. Hay que encontrar una solución.

Zwa movió dubitativamente la cabeza. Luego señaló la fusta que Champion empuñaba.

—Tú no pegar *wabashes* —dijo—. Tú dar dinero, tú prometer más. Yo hablar *wabashes* y convencer.

—No tengo dinero.

—Tú tener.

—Tengo poco —reconoció Champion, a regañadientes.

—Dar todo. Haber diamantes en Kwan.

Aquella noche, efectivamente, Zwa habló a los negros y repartió entre ellos el dinero que Champion le había entregado. Los *wabashes* se mostraron desconfiados al principio, pero Alicia, desde la puerta de su tienda, no tardó en observar que se rendían a la elocuencia del zulú y a la persuasión de los billetes que este les ponía en la mano. Si Zwa se ganaba realmente la adhesión de los *wabashes*, pensó, su última y descabellada esperanza de evasión se habría desvanecido definitivamente, pero ocurriera lo que ocurriera, no tenía modo de evitarlo. Había hasta entonces aprovechado cuantas oportunidades se le ofrecieron para ponerse en contacto con los portadores y pedirles ayuda, intentando precisamente persuadirlos con los mismos argumentos que ahora empleaba Zwa: promesas de dinero y un trato más digno que el que Champion les daba. No obstante, ella no era Zwa. A ella no la entendían los *wabashes*. Apenas sabían una palabra de inglés. La miraban con sus ojos estúpidos muy abiertos y concluían encogiéndose de hombros.

Esto había durado nueve días, que a Alicia se le antojaron un año. Nueve días de selva siempre distinta y siempre igual, de marchas fatigosas, de campamentos rodeados por una tosca *boma* de espinos. Nueve días con sus noches amenazadoras, en que Alicia, atada de pies y manos, oía a las fieras rondar muy cerca, solo

mantenidas a raya por las llamas de la fogata, viéndose privada incluso de ahuyentar los feroces insectos y los viscosos reptiles que se deslizaban en su tienda. Nunca imaginó que ella pudiera resistir tanto. Aquellos nueve días la habían enflaquecido, habían destrozado sus ropas y llenado de rasguños, golpes y ronchas rojas su piel. El recuerdo de sí misma y de su antigua vida se le antojaba una quimera. Empezaba a dudar de que lugares como Galveston, Texas, situados al otro lado del océano y en un mundo feliz, existieran realmente.

Champion, por fortuna, se mantuvo fiel a su vanidosa actitud de espera y no la molestó. La miraba de vez en cuando y sonreía con una especie de convicción interior, pero apenas le dirigía la palabra. Alicia, sin embargo, desconfiaba de él. No estaba segura de la solidez de sus propósitos, en particular porque Champion no había vuelto a beber desde la primera noche y temía que, si se emborrachaba, de nuevo, se desmoronaría su inestable serenidad.

Y sus temores se cumplieron. Tres días después de haber conseguido Zwa la conformidad de los *wabashes*, Champion hizo una nueva visita a su tienda. Su aliento apestaba a *whisky*. Se mostró entusiasta y apasionado. Trató de besarla. Solo las machaconas interrupciones de Zwa, con pretextos a veces absurdos, consiguieron al fin distraer su atención. Alicia comprendió entonces que, por alguna causa, el viejo zulú mantenía a Champion deliberadamente apartado de ella. Lo había conseguido hasta aquel momento. Pero no era posible saber si lo conseguiría en adelante.

Al día siguiente, en plena marcha y aprovechando la ocasión en que el «safari» se abría paso trabajosamente por una zona de espesos matorrales, Alicia escapó a la vigilancia de Champion y se internó sola en el bosque. Estuvo sola, diez minutos. Fue el mismo Zwa quien la alcanzó después.

—Tú volver —dijo, ceñudo.

—Déjame, Zwa —imploró la muchacha, jadeando—. No puedo resistir más. Déjame, llegarás a Kwan y tendrás tus diamantes de todos modos. No me necesitas.

El zulú hizo un gesto negativo.

—Tú no conocer *wabashes* —replicó—. Ellos creer que solamente hombre blanco tener dinero. Ellos no obedecer Zwa sin ver hombre blanco en «safari». Yo necesitar *massa* Champion. Tú ser negocio *massa* Champion, pero esperar tener diamantes. Yo tener pocos diamantes ahora y *massa* Champion verlos. Quizá matarme y robarlos y huir contigo hacia costa. *Massa* no gustar selva ni Kwan. Yo leer pensamiento. Por eso, esperar tener

diamantes de Kwan, muchos diamantes. Tú no ser negocio mío entonces.

—Eres un sapo venenoso, Zwa —dijo la joven, adivinando de las confusas explicaciones del negro su artero propósito de conservarla como señuelo para asegurarse la colaboración de Champion y al mismo tiempo protegerse de él y de su codicia—. Por un momento cometí el error de creer que me amparabas contra Champion en virtud de algún sentimiento noble. Debí darme cuenta de que tú no eres capaz de una cosa así.

—Yo ser sapo venenoso —repuso Zwa sin inmutarse—, pero tener diamantes de Kwan. Tú volver «safari».

Después de aquello, Alicia fue abandonándose a la desesperación. Se nevó a comer, pasaba en vela las noches, tenía los tobillos y las muñecas en carne viva por el roce de las cuerdas con que Zwa la amarraba cada vez que se establecía un campamento. Llevó a ser solo una sombra de la hermosa y alegre criatura con quien Frank Bennet bailó en la terraza del «Cocanut», en Nairobi, mucho tiempo atrás.

Mediada la mañana del vigésimo día de marcha, el «safari» alcanzó la orilla de un gran río cuyo cauce abría en la selva un amplio surco.

—Umpopo —anunció Zwa, señalándolo con satisfacción—. Kwan estar cerca.

Las aguas del Umpopo corrían velozmente entre rápidos y peñascos que las hacían invadeables, y más allá se precipitaban en una cascada de majestuosa belleza. Sobre ellas volaban bandadas de pájaros de brillante plumaje, y la vegetación tenía en sus riberas un colorido y una variedad realmente fabulosos. La vida era allí intensa, febril, bajo la gran luz azul que derramaba el cielo.

Al pie de la cascada había un amplio embalse natural donde el río se remansaba, y aquel fue el punto elegido por Zwa para atravesarlo. Siguiendo sus órdenes, los *wabashes* construyeron una balsa. Cuando la fletaron era casi mediodía.

Las dimensiones de la balsa resultaron insuficientes para que embarcase en ella el «safari» completo, de modo que Zwa dispuso que cruzaran primero cuatro *wabashes* con la totalidad de los fardos, regresando uno de ellos para recoger a los cuatro restantes, a Alicia, a Champion y a él mismo. Así se hizo, y la balsa se apartó de la orilla impulsada por las toscas palas que los negros habían fabricado. Su viaje transcurrió sin novedad hasta hallarse en el centro mismo del río; solo entonces el movimiento súbito de uno de los *wabashes* le imprimió un violento balanceo y el negro, lanzando

un grito, cayó al agua.

Alicia, que presenciaba la escena, vio que los *wabashes* daban unánimes muestras de un gran terror y que Zwa, junto a ella, perdía su calma y rompía a vociferar órdenes incomprensibles. No supo a qué era debido aquello hasta unos segundos después, al observar que unas estelas en forma de V se dibujaban rápidamente sobre la quieta superficie del Umpopo y que todas ellas convergían hacia el lugar donde el negro acababa de caer al agua.

—Cocodrilos —dijo la voz ronca y temblorosa de Champion.

Todo ocurrió en tan poco tiempo que al *wabash* le fue imposible alcanzar la balsa, de la que escasos metros le separaban, ni asirse a las palas que hacia él tendían sus compañeros. El agua pareció, de pronto, hervir a su alrededor. Las colas, las cabezas y los cuerpos de los cocodrilos se hicieron visibles un instante. El negro aulló. Las revueltas aguas se tiñeron de rojo y se calmaron inmediatamente después. El *wabash* había desaparecido.

—¡Oh!... —murmuró Champion, ahogadamente.

Los gritos habían cesado, y los tres negros de la balsa se daban mucha prisa en llegar a la orilla opuesta. Llegaron al fin y procedieron a descargar los fardos, dirigiendo al agua miradas temerosas. Luego, uno regresó. Remaba nerviosamente, pero durante todo el viaje de la balsa mantuvo el Umpopo su engañosa tranquilidad.

Champion, pálido, se situó en el centro mismo de la almadía, y Zwa a su lado. Los *wabashes* hundieron las palas en el agua cuidadosamente, posando sobre esta miradas de terror. Nadie pronunciaba una palabra. Pero Alicia, a proa, tenía en los ojos un fulgor de fiebre y en los labios una vaga sonrisa que a cualquiera hubiese resultado incomprensible.

No obstante, casi en el sitio exacto donde los saurios devoraron al *wabash*, aquella sonrisa y aquel fulgor se explicaron por sí mismos. Repentinamente, la muchacha se situó al borde de la balsa. Y se arrojó al río antes de que nadie pudiese adivinar sus propósitos.

Champion lanzó un alarido.

Las siniestras estelas se dibujaron en el agua.

Zwa dio una orden seca.

Mientras los negros se esforzaban aturulladamente por rectificar el rumbo de la almadía para volver al punto donde se hallaba la muchacha, el zulú se echó a la cara su carabina. Disparó tres veces, pero las estelas no experimentaron la menor variación.

Champion seguía gritando, fuera de sí.

De Alicia no se veían más que las manos y el cabello.

Un momento después llegó a su lado el vértice de la primera V. Una enorme boca se abrió. Zwa disparó dos veces más, y emitió un gruñido al ver que el cocodrilo se revolvía furiosamente y que, por unos centímetros, la muchacha escapaba a la presa de sus mandíbulas.

En el brevísimo instante que siguió a aquello, uno de los negros alcanzó con su pala a Alicia y la atrajo hacia la balsa. Las estelas estaban cerrándose. Con riesgo de caer ellos mismos al agua, dos *wabashes* se inclinaron y consiguieron asir de las manos a la muchacha. Tiraron de ella furiosamente. Tres bocas gigantescas se abrieron a un tiempo. Los disparos de la carabina de Zwa restallaron en el aire como latigazos. Las tremendas mandíbulas se cerraron y sus dientes chocaron entre sí al morder el vacío.

Luego, Alicia quedó tendida en la balsa, con los ojos cerrados, respirando débilmente, la ropa y los cabellos empapados en agua. Champion gemía, mordiéndose los puños, todavía no repuesto de su terror. Zwa, mirando a la muchacha de reojo, soplaba en la recámara de su carabina. Los negros remaban ansiosamente. Más atrás, en la superficie del río apareció un cocodrilo muerto, flotando panza arriba.

Cuando tomaron tierra, Champion reaccionó.

—¡Lo hizo adrede! —exclamó, asiendo a Alicia de los hombros—. ¡Ha querido que esos cocodrilos la arrastraran! ¿Lo viste, Zwa? ¡Lo ha hecho adrede! ¡Y le estaría bien empleado...!

El zulú tiró de él.

—Tú dejar *miss* —dijo—. Ahora comer. Dejar *miss*. Ella enferma.

Champion, desquiciado, permitió que el viejo guía le condujese a la sombra de los primeros árboles y allí se tendió y encendió un cigarrillo con manos que temblaban. Los *wabashes* cuidaron de Alicia, que permanecía semiinconsciente, acostándola sobre la hierba. Después prepararon el almuerzo. Terminado este, y bajo las órdenes de Zwa, construyeron unas parihuelas y en ellas transportaron a la muchacha cuando el «safari» reemprendió su camino.

De este modo, Alicia, sumida casi constantemente en un indiferente sopor, viajó en las parihuelas durante los dos días que siguieron, y no hubo ligaduras en sus muñecas y tobillos por la noche, puesto que su estado de extrema debilidad las hacía innecesarias. En el curso de aquellos dos días, la configuración del terreno fue variando paulatinamente, haciéndose por momentos más elevada y menos selvática. La espesura del bosque disminuyó.

La atmósfera se hizo más salubre.

Al tercer día, la selva había quedado prácticamente atrás y el «safari» se hallaba al borde de un profundo tajo por cuyo fondo corría un riachuelo de orillas arenosas. Y allí ocurrió un incidente que, como un milagro, devolvió a Alicia sus perdidas esperanzas, su vigor y su anhelo de vivir. Fue por la tarde, cuando llevaban bordeando el cañón varias horas. Zwa, que marchaba en cabeza de la hilera, lanzó de pronto un ahogado grito de aviso, se volvió a los *wabashes* y a empujones les obligó a arrojar los fardos, soltar las parihuelas y a agazaparse entre los matorrales.

—¿Qué ocurre? —inquirió Champion, imitándoles instintivamente.

El zulú corrió a colocarse en cuclillas junto a él y señaló hacia un punto situado al fondo del tajo, al otro lado del río y más allá de la franja de arena. Imprecisas por la distancia, se distinguían unas cuantas figuras. Cuando llegaron a la zona arenosa fue posible verlas mejor. Se aproximaban progresivamente. Eran un par de docenas de guerreros negros que se tocaban casi todos con cascos de plumas, teñidos unos de azul y de rojo otros. Pero entre ellos caminaba alguien que no era un guerrero negro, sino un hombre blanco.

—Ser *walis* —dijo Zwa—. Vivir en bosque. Ellos cazar ahora.

—¿Y ese hombre?

Hubo una pausa.

—¿Tú no conocer? —preguntó Zwa burlonamente, cuando el grupo estuvo más cerca.

—No, no lo creo. No puedo creerlo —susurró Champion. Y añadió—: Es Markham.

Alicia levantó entonces la cabeza y se incorporó en las parihuelas.

—¿Qué? —exclamó.

Zwa saltó hacia ella y le tapó la boca con su sarmentosa mano. Alicia se debatió vanamente. Al fin optó por no ofrecer resistencia. Así vio desfilar por el fondo del barranco, muy lejos, a los guerreros de cascos rojos y azules y a un hombre corpulento que llevaba un rifle al hombro y *que era su padre*.

También vio, con ojos horrorizados, que Champion se encaraba la carabina.

—¡No, no! —jadeó Zwa, ansiosamente—. ¡No tirar! Ellos ser muchos, y subir y matarnos. No tirar.

Champion gruñó, disgustado.

Transcurrieron unos minutos de violenta tensión.

—*Wabashes* ir con ellos —añadió el zulú, de pronto—. *Wabashes* que escapar «safari» encontrar *walis* y *massa* Markham. ¿Tú no ver?

—Sí, les veo —dijo Champion—. Allá van los dos. Zwa, sospecho que esa gente nos está buscando a nosotros...

—Yo suponer también.

Aquellas palabras llenaron de gozo el corazón de Alicia. Su padre la buscaba, su padre andaba en pos de ella con una hueste de magníficos guerreros de ébano. No había quedado en el *veldt*, al otro lado de los grandes bosques, sino que consiguió trasponer la terrible barrera y estaba allí, a unos pocos centenares de metros, al alcance de su voz. No todo estaba perdido. Su padre la encontraría. Parecía imposible, pero era verdad.

Cuando la espesura engulló a Mister Markham y a su cortejo, el «safari» prosiguió la marcha. Zwa, a partir de entonces, dio mucha prisa a los negros, se esforzó por borrar toda señal de su paso y prolongó aquella jornada hasta bien entrada la noche.

Al establecerse el campamento, y por primera vez en muchos días, Alicia no se negó a comer. Champion lo observó, adivinando lo que la nueva actitud de la muchacha significaba.

—No se forje vanas ilusiones —dijo. Era también la primera vez que le dirigía la palabra desde lo ocurrido en el Umpopo—. Su padre no nos alcanzará. Y aun en caso de que nos alcance, sabremos dar cuenta de él y de sus malditos negros. Usted y yo tenemos un destino común. Nuestra suerte está echada.

Pero Champion decía aquello sin convicción, y a Alicia no le importó que lo dijera. Como tampoco le importó que, tras cuatro días de avanzar a marchas forzadas, siempre cuesta arriba y bordeando la selva, el «safari» ganara un paso abierto entre picachos rocosos y desde allí, abarcando en un gesto triunfante la comarca de angostos valles y colinas desérticas extendidas a sus pies, Zwa gritase:

—¡Kwan!

CAPÍTULO IX

Cuando Mister Markham recobró el conocimiento en el solitario campamento del *veldt*, su primera sensación fue de desconcierto absoluto. Poco a poco, mirando en torno, recordó lo sucedido, y así su desconcierto no hizo más que aumentar. No comprendía nada: ni la actitud de Champion ni la traición de Zwa, ni el secuestro de su hija, ni la partida de los *wabashes* camino de la selva. Pero todo aquello se había producido, era evidente. Y más aún, porque luego descubrió los tres cadáveres que le acompañaban en el interior de la *boma*. El «Garand» caído junto al *boy* y el cuchillo en la mano de uno de los conductores hindúes le dieron una idea aproximada de cómo y por qué habían muerto los tres. Lo demás seguía siendo inexplicable.

A juzgar por la posición del sol, varias horas habían transcurrido desde que Champion le derribó de un culatazo. Pensativo, Mister Markham miró hacia la selva. Se estremeció. La selva era un laberinto, y si Champion había huido por ella con su hija y los negros, no tenía de encontrarla ni la más mínima probabilidad.

Pero sí podía pedir ayuda. Habría alguien en el *veldt*, más cerca o más lejos, a quién pedirla.

Fue esta idea lo que le llevó a descubrir que el «jeep» y los camiones habían sido totalmente inutilizados. El descubrimiento le dejó aturdido y confuso, titubeante, atónito. Perdió mucho tiempo sin decidir de un modo absoluto lo que debía hacer.

Finalmente, moviéndose como un autómatas, acercóse al cadáver del muchacho y recogió el «Garand».

Entró en su tienda y se ciñó la canana. Permaneció allí unos minutos, inmóvil, tratando de dilucidar qué otras cosas le serían útiles en la selva, pero no se le ocurrió nada. Su cerebro funcionaba torpemente. Al cabo, encogiéndose de hombros, salió nuevamente y echó a andar en dirección al bosque.

Con el mismo automatismo, del mismo modo mecánico y artificial, anduvo el resto de la tarde. Cuando las tinieblas le envolvieron hizo alto. Se hallaba cerca de un manantial, cuyo murmullo oía en la espesara. Se aproximó a él y, arrodillándose, hundió la cabeza en el agua.

Aquello le despejó por completo. Por primera vez se dio cuenta de que todo el cráneo y las vértebras cervicales le dolían a

consecuencia del golpe que Champion le había propinado. Apenas podía mover el cuello.

Pero esto no tenía importancia comparado con lo demás. *Lo demás* era su situación. Estaba en la selva, rodeado de oscuridad, de ruidos imprecisos y misteriosos, de voces guturales que inesperadamente sonaban junto a él y por encima de su cabeza, de amenazas terribles ocultas en cualquier matorral. Allí había gorilas y leones.

Comprendió que había cometido una insensatez y que era demasiado tarde para remediarla. No sabía en qué dirección había llegado ni en cuál debía seguir. Ignoraba si el campamento quedaba a su izquierda o a su derecha, delante o detrás. No tenía modo de orientarse.

Y, además, estaba hambriento.

Apretar la culata del «Garand» le procuró una mezquina sensación de alivio. Luego, no sin grandes dificultades, trepó a un árbol y se instaló en la cruz de sus ramas. Pensó que si algún animal se le ponía a tiro podía matarlo, asarlo y comerlo. No iba a ser muy difícil.

Durante los cuarenta minutos siguientes averiguó que no era tan buen tirador como creyera hasta entonces. Hizo seis disparos inútiles contra otras tantas formas vagas que se movieron en la oscuridad, y al fin se cansó. Le consoló la idea de que cazaría y comería al día siguiente, a plena luz. Por muy larga que fuese, la noche no podía ser eterna.

Casi creyó que sí lo era, no obstante. No consiguió dormir mientras duro, en parte por la incomodidad de la postura que su pequeño asiento en el árbol le imponía, y en parte por el horror que le infundía la extraña vitalidad de que todo parecía dotado en torno: sombras movibles, objetos sonoros, luces fantasmales.

Encogido entre las ramas, Míster Markham adivinó la presencia al pie del árbol de bestias monstruosas que rozaban el tronco con sus cuerpos o afilaban en él sus garras y colmillos. Vislumbro ojos fosforescentes, cuernos agudos y enormes cabezas. Durante mucho rato le tuvo en vilo el terrible estrépito de una pelea que en las inmediaciones sostenían dos de aquellas fieras apocalípticas.

Luego, al fin, despacio, se hizo la luz y la selva recobró su apariencia de normalidad. Abrumado por el miedo y la fatiga, Míster Markham dudó largamente antes de decidirse a bajar del árbol, y si concluyó haciéndolo fue porque el hambre le impulsó.

Anduvo toda la mañana de caza, sin rumbo fijo, y no cobró una sola pieza. Los animales que de tal modo llenaron con su vida las

tinieblas habían desaparecido totalmente al amanecer. Míster Markham no podía comprenderlo, y no se le ocurrió que aquellos animales tenían una vista, un oído y un olfato infinitamente más agudos que los suyos, lo que les permitía descubrirle y eludirle a gran distancia.

Solo a mediodía pudo tirar contra una especie de ardilla que se había quedado inmóvil en una rama, observándole. Y cuando la tuvo en su poder descubrió que no llevaba consigo nada con que encender fuego para asarla. Había olvidado su encendedor en el campamento y no tenía cerillas. Consecuencia de ello fue que desde que estaba en la selva le acometieran unos deseos feroces de fumar.

Desesperado, rendido de cansancio, bañado en sudor y acosado por una legión de mosquitos sanguinarios, Míster Markham dejóse caer al suelo y, con dos trozos de madera que restregó sin entusiasmo uno contra otro, hizo un débil intento para suplir con métodos prehistóricos los sistemas de la civilización. El más estruendoso fracaso coronó sus esfuerzos.

Después vio dos musculosas piernas negras entre la maleza.

Lanzó un grito de espanto. Alzó la cabeza y siguió viendo un cuerpo sobre las piernas y, encima, una cara feroz rematada por un casco de plumas azules. Junto a aquella cara había otra. Y otra, y otra, hasta una veintena.

—¡Caníbales! —aulló Míster Markham.

Trató de ponerse en pie y empuñar la carabina, pero sus fuerzas fallaron. Se quedó quieto, con la boca abierta y los ojos desorbitados de horror fijos en el semicírculo de guerreros negros que tan sigilosamente habían brotado de la espesura.

Transcurrido un instante, uno de los guerreros, armado de un venablo, se adelantó. Míster Markham murmuró una oración apresuradamente. El guerrero extendió una mano abierta hacia él.

Era un gesto tan claro de amistad que incluso un hombre lleno de horror como Míster Markham podía comprenderlo. Se levantó de un salto, invadido por la embriagadora sensación de haberse librado por milagro de la muerte, y estrechó entusiásticamente la mano callosa que se le ofrecía. Rompió a reír.

—¡Menudo susto me han dado, amigos! —exclamó entre carcajadas—. ¡Menudo susto! Me he visto ya convertido en almuerzo de la tribu. Me... me llamo Markham, Lucius T. Markham, de Galveston, Texas. Encantado de conocerles.

El guerrero movió la cabeza y de su garganta brotó un raudal de sonidos guturales.

—No, no entiendo ni media palabra —dijo Míster Markham,

compungido.

El guerrero hizo un nuevo intento, al parecer empleando distinto idioma.

—No, es inútil. Lo siento mucho.

Otro de los guerreros se aproximó y habló a su vez.

—Tampoco, muchacho —replicó Míster Markham—. Eso me suena a ladridos, pero nada más.

El primer guerrero, de quien entonces observo Míster Markham que se diferenciaba de los demás por llevar en torno al cuello un collar de cráneos de pájaros ensartados como cuentas, le asió repentinamente del brazo y, señalando en una dirección determinada, enarcó las cejas y preguntó:

—¿Gran Bwana?

Aquello sí lo entendió el americano, aunque no pudo explicarse su significación. El negro repitió su pregunta.

—¿Gran Bwana? —dijo Míster Markham—. ¿Qué es lo que quieres saber, muchacho? ¿Si el Gran Bwana me envía? Bueno... pues no sé quién es. Pero supongamos que sí, si eso ha de satisfacerte. Sí —asintió, con expresivos ademanes—, sí, Gran Bwana.

El rostro del negro se iluminó.

—¡Kipsha! —anunció, golpeándose el pecho con la palma de la mano. Y repitió la palabra varias veces—: ¡Kipsha! ¡Kipsha!

Luego apoyó la mano en el pecho de Markham e hizo un gesto interrogativo.

—De modo que te llamas Kipsha, ¿eh? —dijo el americano. Imitó la mímica del salvaje y proclamó—: ¡Markham! ¡Markham!

—Markham —pronunció trabajosamente el negro.

—Eso es. De Galveston, Texas.

Durante los minutos siguientes, Markham se esforzó por explicar al guerrero su situación, tratando de averiguar si la partida tenía alguna noticia del «safari» de Champion; pero, por más que hizo verdaderos alardes de expresividad con sus gestos e incluso recurrió a dibujar en la tierra las figuras y las escenas que le interesaban, Kipsha no pudo darle información ninguna ni pareció comprender lo que se exigía de él. Al fin, desalentado, el americano renunció a su intento. Y se sumó tranquilamente a la veintena de guerreros cuando estos reemprendieron la marcha a través del bosque. Ninguno rechazó su compañía.

Aquella tarde, los negros cazaron un gran antílope.

Fue, para Míster Markham, un espectáculo curioso. El antílope formaba parte de un rebaño que pastaba junto a un arroyo, y los

guerreros lo eligieron como presa prescindiendo de los demás. Cinco de ellos se apostaron cubriendo una larga zona de terreno relativamente despejado. El resto, caminando con el viento de cara, se aproximó desplegado en abanico a los rumiantes. Estos no descubrieron a los cazadores hasta tenerles muy cerca, y cuando emprendieron la desbandada el que había sido elegido se vio acosado y obligado a huir en una dirección fija. Así pasó muy cerca del primer guerrero escondido, quien se lanzó en su persecución. Fue relevado en ella por el segundo, este por el tercero, y así sucesivamente. Al llegar el turno al quinto, ya el antílope había perdido buena parte del empuje y velocidad con que inició su carrera, de modo que el negro pudo, por unos segundos, mantenerse a corta distancia de él. Tenía dispuesta una flecha en su arco. La disparó mientras corría y marró el blanco. Sacó otra de la aljaba que llevaba al hombro y la disparó también, incrustándola en el costado del animal, pero necesitó dos más para derribarle definitivamente.

Al oscurecer, Míster Markham dióse un banquete de carne de antílope asada. Y durmió en paz, al amparo de una *boma* de espinos, al amor de un gran fuego y rodeado de veteranos cazadores que durante toda la noche se turnaron en la vigilancia.

A partir de entonces, el tiempo pasó aprisa. Fueron días primero, semanas después. Markham perdió su noción exacta. La partida de guerreros parecía tener un objetivo determinado, aunque lejano todavía, y su avance se producía siempre en la misma dirección. El americano, con ellos, aprendió mucho de la selva y de sus habitantes. Las largas jornadas de marcha endurecieron sus músculos, resucitaron su agilidad juvenil, le llenaron de aplomo, de seguridad y de confianza en sus propias fuerzas. Se despertó su intuición y se agudizaron todos sus sentidos. Cada hora, incluso cada minuto, encerró para él una lección.

Y una de las lecciones que más hondo se grabaron en su conciencia fue que aquellos indígenas solo cazaban para comer, solo mataban por hambre. Nunca destruían una, vida innecesariamente y nunca atacaban a una pieza más de un cazador por separado. Poseían de la caza un sentido noble y generoso, casi caballeresco. En más de una ocasión, Markham les vio apresurarse por rematar a una víctima que se desangraba, perder mucho tiempo buscándola entre la maleza para cortar sus sufrimientos con un certero golpe final. La primera vez que tuvo una noción concreta de aquella inflexible norma de conducta fue a los pocos días de haberse unido a los guerreros, cuando, mientras cruzaban un claro, había visto

una pareja de cebras de brillante pelaje y no pudo resistir la tentación de prevenir el «Garand» y hacer fuego contra ellas. Kipsha se lo impidió, inquiriendo luego por señas si de veras tenía hambre y haciéndole observar que todavía quedaba una porción del venado que comieron la víspera.

Concluyó señalando hacia adelante y diciendo en tono solemne:
—Gran Bwana.

El hombre de Gran Bwana fue invocado reiteradamente en varias ocasiones, de modo que Markham se sintió intrigado por él y por el sumo respeto que ante él demostraban los indígenas, y ello influyó en el propósito que se había asignado de adquirir algún conocimiento de su idioma o conseguir por cualquier método hacerse entender de sus compañeros y explicarles lo ocurrido con su hija, con Champion, con Zwa y con los *wabashes* para que le ayudasen en su búsqueda.

Casi había logrado esto por sí solo cuando un incidente inesperado le prestó su colaboración. Cierta noche, dos visitantes se presentaron en el campamento atraídos por el resplandor de la fogata, que habían percibido desde el interior de la selva. Eran dos negros cansados, flacos, temerosos y sucios, pero la alegría de Markham no tuvo límites al reconocer en ellos a dos de los *wabashes* que habían figurado en su «safari». Los negros, al verle, se postraron a sus pies y estallaron en lamentaciones quejumbrosas e incomprensibles.

Los guerreros les rodearon. Hablaron con ellos. Markham observó, emocionado, que, aunque dificultosamente, se entendían entre sí. Luego interpeló a los *wabashes*. Los conocimientos de inglés que estos poseían eran mínimos, pero bastaron. Markham supo que Alicia se hallaba sin novedad, que el *safari* se dirigía a Kwan atravesando los bosques y que hacía ya bastante tiempo que los dos *wabashes* desertaron y andaban extraviados por la selva; supo también que sus compañeros eran *walis*, que se proponían visitar al Gran Bwana y que este era, al parecer, el comisario británico del distrito, cuyo puesto se hallaba todavía a gran distancia de allí, en dirección a los montes. Por intermedio de los *wabashes* pudo Markham contarle a Kipsha sus cuitas. Y al día siguiente, cuando la partida reanudó su camino, lo hizo describiendo un pronunciado ángulo con respecto al que hasta entonces fue su eje de marcha.

Mucho tiempo dedicaron los *walis* a buscar las huellas de Champion y su cortejo, pero fue en vano. Avanzaron a gran velocidad, reduciendo al mínimo las horas de reposo, día tras día.

Las huellas no aparecieron. Markham se resignó, pensando en lo que habían dicho los *wabashes* y recordando que también Champion mencionó el país de Kwan en su campamento del *veldt*. No sabía qué pudiera haber en Kwan que mereciese cruzar los grandes bosques, pero si Kwan era el destino de Champion sería también el suyo.

Así, la pequeña hueste de guerreros salió de la selva y trepó a las montañas, vadeó grandes ríos y se internó por cañones fragosos. Hasta que, en el umbral de una profunda hendidura, Kipsha hizo alto y mostró con un gesto la sucesión de colinas desérticas que tenía delante.

—Kwan —anunció.

CAPÍTULO X

Durante una jornada y media, el «safari» fue avanzando de valle en valle por el árido país de Kwan, sin encontrar rastro de presencia humana. Las colinas desudas se sucedían unas a otras, produciendo una sensación de monotonía exasperante. El sol calcinaba durante el día y el frío era intenso de noche.

Al fin, en la confluencia de dos valles, apareció un oasis de espesa vegetación y altas palmeras, entre las que se veía la empalizada de un poblado. Zwa azuzó a los negros, medida innecesaria porque ellos aceleraron voluntariamente el paso ante la perspectiva de una sombra fresca, de un poco de agua y de un contacto con sus semejantes tras tantas semanas de soledad.

Pero cuando se hallaban a unos centenares de metros de la aldea, una nube de flechas pasó por encima de la empalizada y fue a caer a sus pies, arrancándoles una exclamación colectiva de pánico y terror.

Alicia, que caminaba nuevamente por su propio pie, observó entonces la anómala tranquilidad que reinaba en el oasis, el silencio que se cernía sobre el poblado y la absoluta falta de vida en la zona fértil que rodeaba a este.

—¡Bonito panorama! —gruñó Champion, desalentado—. ¿Qué le ocurre a esa gente, Zwa? ¿Reciben siempre así a los forasteros?

Zwa sacudió la cabeza.

—*Boambas* ser pacíficos —repuso—. Ahora tener miedo. Algo pasar. Ellos nunca encerrarse en aldea si algo no pasar.

—¿Y qué?

—Yo hablar *boambas*. Esperar aquí.

El zulú echó a andar solo hacia el oasis, y por un momento casi deseó Alicia que las flechas brotasen de nuevo de la empalizada y se hincasen en su cuerpo negro y enteco. Pero no brotaron. Zwa avanzó sin impedimento y abrió los brazos en un gesto conciliador al llegar a las primeras palmeras. Siguió unos metros más y se detuvo.

Estuvo hablando unos quince minutos con unos interlocutores invisibles para el resto del «safari». Luego regresó lentamente.

—¡Vamos, suelta ya lo que sea! —le conminó ansiosamente Champion.

—Ellos temer *shiftas* —anunció el viejo, ceñudo—. Haber *shiftas*

en valles. No ser buenos.

—¿Qué mil diablos son los *shiftas*?

A su modo confuso y forzado, Zwa explicó que los *shiftas* eran un pueblo de feroces tribus nómadas oriundas de la Somalia y que, en sus continuas emigraciones, vivían del robo, del saqueo y de la venta de esclavos a los árabes del norte. Los *boambas* temían su ataque y desconfiaban de los extraños. Se negaban a admitir a nadie en su aldea.

—¿Y los diamantes?

—Preguntar también —dijo el negro—. Ellos saber hombre blanco en pueblo de gran valle. No saber más.

—¿Dónde está ese valle?

Zwa señaló una dirección.

—Vamos allá. Aprisa.

—No, no aprisa, *massa* —protestó Zwa—. *Shiftas* no buenos para nosotros. Haber peligro. Tener cuidado.

—Está bien, tendremos cuidado, ¡pero larguémonos de aquí de una vez!

—Gran valle lejos aún —le advirtió el negro, cuando el *safari* reemprendía la marcha—. Llegar mañana.

Aquella noche acamparon en la falda de una colina y por orden de Zwa no encendieron fuego. Los *wabashes* se agazaparon en las tinieblas, apretándose unos contra otros, tiritando de frío. La baja temperatura mantuvo a Alicia despierta. Tampoco durmió Champion: ella le vio pasearse en círculo hora tras hora, incansable, impaciente, ansioso, hablando consigo mismo.

Próximo el mediodía siguiente, el «safari» penetró en un valle amplísimo alfombrado de corta y amarillenta hierba. Esta hierba se volvía verde en su centro, donde había juncos, grandes matas de flores rojas y palmeras y por dónde se deslizaba un lento curso de agua que, de trecho en trecho, era absorbido por la tierra, para reaparecer más allá o formar lagunas pantanosas que hormigueaban de reptiles, aves zancudas e insectos.

En este valle, ocupando un espacio circular de medianas dimensiones, había lo que hasta poco tiempo antes fue un poblado *boamba* y ahora era solo un montón de ruinas humeantes. Los *shiftas* habían pasado por allí. No quedaba una choza en pie y la empalizada había ardido por completo. Entre las cenizas se veían numerosos cadáveres chamuscados.

—Si el belga y sus diamantes estaban aquí —dijo Champion, pasándose una mano temblorosa por la frente—, nunca más sabremos de ellos.

—No estar aquí —aseguró Zwa—. Estar en aldea grande. *Boambas* decir esto. En aldea grande.

—Ojalá no te hayan engañado.

Alicia, a espaldas de los dos hombres, observaba, no las ruinas del poblado, sino la extraña conducta de los *wabashes* frente a ellas. Los negros se habían puesto muy nerviosos, murmuraban entre sí y dirigían a las colinas aterrorizadas miradas. Zwa, en aquel momento, lo observó también. Una expresión de disgusto asomó a su rostro.

—No ser bueno para *wabashes* ver esto —dijo—. Ellos asustarse. Saber que *shiftas* en valles. Temer *shiftas*. Quizá escapar.

—Que lo intenten —gruñó Champion, acariciando la culata de su pistola.

Cuando emprendieron la marcha valle abajo, los negros lo hicieron casi a la carrera. Los fantasmas de los *boambas* muertos en la aldea incendiada parecían perseguirles, y la velocidad de su paso aumentó cuando divisaron en las colinas, no muy distante, la siniestra sombra oscura de una columna de humo. Nadie pensó en detenerse para almorzar, y menos que nadie Rex Champion.

El valle se ensanchó todavía más al caer la tarde y su arroyo se convirtió en una gran charca. A la izquierda de esta apareció una aldea de considerables dimensiones. Sus puertas estaban abiertas, se oían voces, se veía el movimiento de hombres, camellos, bueyes y cabras.

—Ser allí —dijo Zwa.

Champion lanzó un suspiro de alivio. La cara se le había puesto azulada de emoción y sus labios vibraban como si murmurase algo. En sus ojos bailaban chispas luminosas.

—Lo conseguimos —jadeó—. Allí está. Hemos llegado. ¡Oh... hemos llegado, al fin!

Estrechó la mano del viejo, le palmeó los hombros. Reía a carcajadas, como un demente.

Los negros, excitados, se apresuraban. Champion asió de la muñeca a Alicia y con ella y con Zwa echó a correr, precediéndoles.

Su presencia entre los *boambas* causó enorme expectación. Se vieron rodeados por hombres, mujeres y chiquillos vocingleros que les asediaron a preguntas, que tocaron tímidamente sus ropas, que corrieron de un lado a otro prorrumpiendo en ruidosos comentarios. Cruzaron las puertas abiertas en la empalizada de la aldea y se adentraron por una calleja bordeada de chozas construidas con una armazón de ramas revocadas de barro. Los camellos, las cabras, los bueyes y los perros se mezclaban a los seres

humanos en una promiscuidad llena de color, de ajeteo, de vocerío y de fuertes olores, no pocos de ellos nauseabundos. La escena tenía algo de zoco y un mucho de cosa provisional que se explicó cuando Zwa dijo:

—Mucha gente de otras aldeas reunirse aquí. Escapar *shiftas*. Venir con familias y ganado.

—Pregúntales por ese belga —le instó Champion, impaciente, apartando a codazos a los indígenas más pegajosos—. Vamos, preguntales.

—Yo preguntar. Ellos no decir. Estar asustados.

Alicia miraba con curiosidad a los *boambas* y era mirada con curiosidad por ellos. Vestían sucios *shukas* —un trozo de tela arrollado a la cintura y echado por encima del hombro— y su piel era de un negro ceniciento, mate. Parecían más inteligentes y vigorosos que cuantos nativos viera hasta entonces, pese a lo duro de sus condiciones de vida en aquella comarca semidesértica y aislada. Sus rostros recordaban perfiles etíopes, no tenían la brutalidad, el prognatismo ni los rasgos abultados de los habitantes del *veldt* y de la selva.

La calleja terminó y, abriéndose paso entre personas y animales, los tres forasteros desembocaron en la plaza central de la aldea. Allí era menor la aglomeración. En el centro de la plaza había un gran árbol y al pie del árbol un anciano que vestía, además del *shuka*, un jaique amarillento y se tocaba con un turbante del mismo color. Los indígenas se apartaron, abriendo un camino ante él, pero, el anciano no se movió.

—Ser jefe —dijo Zwa—. Yo hablar.

Alicia presenció cómo el zulú y el *boamba* dialogaban ceremoniosamente, cómo el anciano pronunciaba un largo discurso y cómo, inmediatamente después, Zwa le asediaba a preguntas. La conversación duró diez o doce minutos, durante los cuales Champion dio reiteradas muestras de impaciencia. Finalmente, Zwa se volvió. Una sonrisa astuta vagó por su cara.

—Hombre blanco morir —anunció—. Hacer dos lunas que hombre blanco morir. El muy enfermo.

—¿Y qué? —gritó Champion.

—Jefe *boamba* creer que nosotros enviarnos Gran Bwana.

—¿Quién?

—*Massa Roberts*, *massa* comisario. Hombre blanco avisar Gran Bwana, enviar guerrero Nairobi y...

—Todo eso ya lo sé.

Zwa hizo una mueca.

—Jefe *boamba* conducirnos choza hombre blanco —concluyó.

—¿A qué esperamos...?! —exclamó Champion, restregándose las manos una contra otra—. ¿Por qué perder tanto tiempo, Zwa?

Zwa interpelló nuevamente al anciano y este asintió y abandonó el apoyo que le ofrecía el tronco del árbol. Echó a andar calmosamente, haciendo seña de que la siguieran.

Champion volvió a asir de la muñeca a la muchacha. Tenía las manos muy calientes, sudorosas e inseguras.

El jefe *boamba* no anduvo mucho tiempo. Se detuvo a la puerta de una choza de cuyas paredes se había desprendido en gran parte el revoque, y rompió a hablar otra vez:

—Todo estar como hombre blanco dejarlo cuando morir —tradujo Zwa—. El escribir carta y morir. Él...

Champion no esperó más. Se precipitó al interior de la choza, arrastrando a Alicia. Zwa le siguió. El *boamba* se quedó en la puerta.

La choza contenía tres grandes cajones, sobre uno de los cuales había dos libros y una arquilla de medianas dimensiones. Soltando a la muchacha, Champion se precipitó sobre la arquilla y la abrió. Sacó un sobre, lo miró un momento y lo arrojó al suelo. Hundió en la arquilla las manos. Empezó a gruñir. Su rostro se había congestionado.

—Aquí hay... —balbució—, aquí hay diamantes... Mira...

Cuando el zulú se le reunió, Alicia se inclinó y recogió del suelo el sobre. Vio que llevaba escrito con letra temblorosa:

«Pour Mme. Gastón Devereux, a Leopoldville».

Dentro del sobre había tres pliegos de papel. Uno era una carta, otro un testamento y el tercero un mapa dibujado torpemente. Alicia leyó la carta y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Estaban dirigidas por Gastón Devereux a su esposa. Aquel hombre fue un cazador profesional que partió de Leopoldville con el propósito de reunir un lote de fieras vivas para el zoo de Amberes. Una epidemia había diezmado su «safari» y él se refugió en Kwan con unos pocos supervivientes que no tardaron en morir también. Enfermó. Durante su convalecencia había tenido la fortuna de localizar en los valles un rico yacimiento diamantífero, del que se apresuró a enviar noticias y unas muestras al comisario británico de la región, rogándole que las hiciera llegar a su esposa. Por algún tiempo había seguido trabajando en la mina, a la espera de recobrar fuerzas o de que desde la civilización se le rescatase; pero recayó en

su enfermedad y, solo entre salvajes, sintiéndose morir, redactaba para su esposa una triste despedida, a la que adjuntaba su testamento y un plano del terreno donde obtuvo los diamantes que guardó en su arquilla y que confiaba a la custodia del capitán Percy Roberts, comisario del distrito, de quien había oído grandes elogios por boca de los indígenas.

Alicia empezaba a leer el testamento cuando una mano negra y huesuda le arrebató los tres folios.

—¿Qué ser? —preguntó Zwa recelosamente.

Champion, con la arquilla sujeta bajo el brazo, dio a los papeles una mirada. Centellearon sus ojos.

—Nada —dijo—. Cartas. Dámelos.

El rostro de Zwa se endureció.

—Ser camino diamantes. Yo saber. Tú engañarme.

—Pues... —titubeó Champion, enrojeciéndose—, no sé. Espera a que los vea mejor. Oh, quizá tengas ranzón. Quizá esto sea un mapa.

—Ser mapa —aseguró el zulú.

El anciano *boamba*, que permanecía inmóvil en el umbral de la choza, alzó entonces nuevamente la voz.

—Jefe preguntar si nosotros quedarnos en aldea —dijo Zwa—. *Boambas* cerrar puertas porque temer *shiftas*.

—Nos quedamos, ¡claro que nos quedamos! —exclamó Champion, impulsivo—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Necesitamos un descanso y no hay que contar con aventuras por los valles estando los *shiftas* ahí fuera y llevando con nosotros una fortuna así. Nos quedaremos hasta que pase el peligro, y luego... bueno, si ese bendito belga encontró diamantes también nosotros los encontraremos. Más diamantes. Muchos.

Champion había hablado dirigiéndose en apariencia a Zwa, pero Alicia intuyó que sus palabras la atañían de algún modo, que debieran tener para ella un sentido concreto. Pensaba en ello cuando el zulú se volvió al anciano jefe y conversó brevemente con él, y el jefe inclinó la cabeza y se retiró; pero dejó de pensar cuando uno de los *wabashes* le substituyó en el umbral de la puerta.

—¡Largo de aquí! —vociferó Champion al verle.

El negro le dijo algo a Zwa y este enarcó las cejas. Observándolo, Champion cambió inmediatamente de talante.

—¿Qué quiere? —inquirió—. ¿Qué es lo que murmura, Zwa?

—*Wabashes* no contentos —explicó el zulú—. Ellos llegar Kwan, ellos pedir más dinero. Temer *shiftas*. Si no pagar, marcharse. *Shiftas* atacar aldea esta esta noche.

—Les di todo el dinero que tenía.

Zwa hizo un gesto resignado.

—Querer más.

—Podemos pagarles con diamantes y...

—Ellos no conocer diamantes. Querer billetes.

Champion se enfureció.

—¡Billetes! —empezó a gritar—. ¡Malditos sean, ellos y sus billetes! ¡Les voy a dar la paliza más grande de su vida!

El zulú le contuvo cuando se dirigía a la puerta.

—Esperar —dijo—. Yo hablar *wabashes*.

Dio media vuelta y salió de la choza, empujando al negro ante sí. Inmediatamente, Champion se encaró con Alicia. Sonreía enseñando los dientes. En su cara congestionada podían leerse uno a uno sus pensamientos. Alicia los leyó antes de que hablase. No le gustaron.

—Ese viejo es tonto —dijo el hombre—. No sabe con quién trata. De modo que ha creído que voy a quedarme aquí recogiendo diamantes por los alrededores, como quien coge florecillas silvestres, teniendo al padre de usted y a dos docenas de salvajes sobre mi pista, ¿verdad? ¡Está bueno! No, mi querida señorita Markham, en absoluto. Con los diamantes que hay aquí y con los que Zwa le robó al mensajero *boamba* en Nairobi tengo para vivir como un millonario el resto de mis días. Y si algún día se me acaban, este mapa me llevará al lugar donde hay más. Pero no ahora. Esta misma noche escaparemos usted y yo. No hay selvas desde aquí a la costa, solo montes y grandes llanuras. Iremos solos. Que se las entienda Zwa con los malditos *wabashes*... si puede.

—¿Y los *shiftas*? —preguntó serenamente la muchacha.

—Los *shiftas* no se preocupan más que de las aldeas *boambas*. No creo que sea muy difícil escapar a su persecución.

—¿Ni a la de Zwa cuando se vea traicionado? Champion lanzó una breve carcajada.

—Zwa *nunca* se verá traicionado. Morirá antes.

CAPÍTULO XI

Había caído la noche y Alicia advirtió, intrigada, que con ella invadió el poblado *boamba* un sospechoso silencio. Estaba sola con Champion en la choza donde murió Gastón Devereux, esperando el regreso de Zwa, y por la puerta entreveía el fulgor de la gran fogata que los indígenas acababan de encender en la plaza central de su aldea. Por unos minutos no se oyó más que el mugido de un buey, los ladridos de un perro y alguna que otra voz aislada.

Luego, el zulú reapareció. Su rostro era invisible en la sombra.

—Marcharnos —dijo secamente.

Champion, con un ruido como de fuelle, soltó el aliento.

—¿Qué pasa?

—*Wabashes* no contentos. Ellos hablar jefe *boamba*. Jefe saber todo, saber que no enviarnos Gran Bwana, saber que nosotros escapar campamento en *veldt*, saber *massa* Markham seguirnos. Jefe llevarnos Gran Bwana. Nosotros escapar antes.

Alicia adivinó entonces que algo iba a ocurrir. Entre aquellos dos hombres el aire estaba cargándose de una especie de tensión eléctrica que anunciaba la tempestad.

—Eso es una trampa —dijo Champion, en tono forzado—, una cochina trampa. No te creo, Zwa. No me fío de ti. Has conseguido tu propósito de llegar a Kwan con el «safari» y ya para nada me necesitas. Puedes seguir solo hasta la costa. Indispones deliberadamente a los negros contra mí. Esto es lo que preparas: una traición.

—Yo poder llegar solo costa, ser verdad —replicó el viejo. Alicia observó que sostenía firmemente la carabina entre las manos, dispuesto para hacer fuego si era necesario—. Pero no traición. Yo llevar *miss* y tú conmigo.

—No —gruñó Champion.

En la oscuridad, su puño crispado se desplazaba hacia la funda de la pistola. Alicia lo vio.

—Cuidado, Zwa —dijo instintivamente.

Champion se volvió y le golpeó la boca con el dorso de la mano.

El zulú, prevenido, se apartó de la puerta, contra el rectángulo luminoso de la cual se dibujaba su silueta limpiamente. En la fracción de segundo que siguió sonó el chasquido de su carabina al cargarse. Champion dio un salto, buscando el amparo de los tres

cajones.

Zwa disparó, y el tiro sonó como una tremenda explosión en el reducido ámbito de la choza. Alicia quedó deslumbrada por el fogonazo. Oyó a Champion proferir una blasfemia, y luego, por tres veces, el estampido agudo de su pistola.

—Aayaaah... —hizo Zwa, en un susurro ahogado.

Champion disparó una vez más, esperó un instante y no salió de detrás de los cajones hasta que Zwa cayó en mitad de la mancha de luz que la puerta proyectaba sobre el suelo y se inmovilizó allí.

Alicia intentó huir.

—No tanta prisa, encanto —dijo Champion, obstruyéndole el camino—. Si te vas, será conmigo. Un poco de calma.

Se agachó y, mientras vigilaba atentamente a la muchacha, hurgó entre las ropas del zulú. Lanzó un gruñido de satisfacción al encontrar un sucio pañuelo anudado, que ofrecía al tacto unos pequeños objetos duros.

Abrió la arquilla y metió el pañuelo dentro. Recogió el mapa de Gastón Devereux y se lo guardó en el bolsillo. Entonces asió a Alicia del brazo.

—Vamos.

Desde que empezó el tiroteo no había transcurrido sino un instante, pero ya en la aldea se notaba gran excitación. Alicia, aturdida, incapaz de ofrecer resistencia, vislumbró contra el resplandor de la hoguera muchas figuras en movimiento, y deseó con toda la pasión de su alma que aquellos *boambas* reaccionaran a tiempo de cerrarles el paso y de impedir que Champion realizara sus propósitos.

Pero no ocurrió así. Champion la llevó en dirección opuesta a la plaza central y a las puertas de la empalizada, se adentró por una callejuela dispersando un rebaño de cabras a puntapiés y pasó ante media docena de indígenas armados de arcos y flechas que no mostraron la menor intención de detenerle. Así ganó la empalizada. Midió de una mirada su altura y gruñó algo. Se volvió a Alicia.

—Tenemos que escalarla —jadeó—. Yo te ayudaré. Si no lo haces de grado lo harás por fuerza, y será peor.

Los *boambas* empezaban a vociferar. Probablemente habían descubierto el cadáver de Zwa en la cabaña.

Alicia permaneció muy quieta.

—Está bien —dijo Champion.

Se arrojó sobre ella con la pistola dispuesta para golpear como una maza y pasó un brazo en torno a su cintura.

En aquel momento ocurrió un milagro.

—¿Por qué no suelta a esa señorita? —preguntó alguien en correcto inglés.

Champion dio un respingo. La arquilla de los diamantes, que a duras penas sostenía bajo el brazo con que había apresado a la muchacha, cayó al suelo y se abrió. Por una fracción de segundo titubeó Champion, atolondradamente, entre inclinarse a recogerla o mirar al hombre que había hablado. Al fin optó por esto último. Y Alicia le miró también.

Era un hombre alto, de anchos hombros y apariencia feroz. Vestía una camisa militar y unos *breeches*, pero ambas prendas estaban destrozadas, cubiertas de polvo y de mugre. Calzaba botas. Circundaba su cara una barba salvaje y llevaba el cabello largo y revuelto. Sus ojos tenían un brillo homicida. Empuñaba un rifle, cuyo cañón miraba al abdomen de Champion. Aquel hombre había brotado de la penumbra, como si lo hubieran encarnado las chozas *boambas*, la empalizada, el aire mismo.

Con un gruñido inarticulado, Champion se parapetó detrás de Alicia.

—¡Lárguese! —aulló.

El desconocido dio un salto de costado y luego otro agilísimo hacia adelante. Champion disparó su pistola una vez, y a continuación, por encima de la cabeza de Alicia, la culata del rifle del hombre le dio de lleno en la cara. Fue un golpe sañudo, duro como una coz. Champion abrió los brazos, cayó de espaldas y quedó espantado en el suelo.

Alicia se tambaleó. El hombre la sostuvo por un codo.

—¿Quién... quién es usted? —balbució ella.

—Me llamo Percy Roberts. Soy el comisario británico de este distrito.

—Oh... —susurró la joven.

Las fuerzas la abandonaban. Era el fin de aquella pesadilla, y un fin demasiado bueno para tenerlo por cierto sin reflexionar. La trascendencia del momento se le escapaba. Todo escapaba a su alrededor.

—Sígame, no está segura aquí —oyó decir al comisario, como si la hablara desde muy lejos—. Los *shiftas* se disponen a atacar el poblado. He venido... Eh, ¿qué le pasa?

Cerró los ojos. Los entreabrió un segundo después, viendo llegar un tropel de *boambas* que rodearon el cuerpo inerte de Champion. Percibió el súbito entusiasmo que se apoderaba de ellos al hallarse frente al hombre que estaba sosteniéndola en pie, sus grandes gestos, sus saltos, sus contorsiones.

—¡Ee-yah, Gran Bwana! —gritaban—. ¡Ee-yah... ee-yah!

El comisario les calmó con un ademán y dijo algo en su idioma. Como víctimas de un conjuro, los *boambas* callaron y se desperdigaron a todo correr. Luego, Alicia sintió que el hombre la tomaba en brazos y echaba a andar en dirección a la plaza, apartando las cabras, los bueyes, los perros, los camellos, las mujeres y los excitados chiquillos desnudos. Experimentó una dulce sensación de felicidad al apretarse contra su pecho, abandonándose como una niña, sabiendo que había despertado de un mal sueño para siempre. Una lágrima tibia se deslizó entre sus párpados.

Así, transportándola en silencio, Roberts rodeó la gran fogata y fue al encuentro del anciano caudillo sentado al pie del árbol.

—¡Ee-yah, Gran Bwana! —exclamó el viejo, al verle.

Se puso en pie e inclinó la cabeza.

Roberts le habló con su voz de barítono, solemne y reposada, durante unos minutos. Después el viejo batió palmas y unas mujeres acudieron a la carrera. Roberts les confió la muchacha.

—No —dijo ella, de pronto, asiéndose a los jirones de su camisa —, puedo quedarme. Estoy bien.

Roberts la miró a los ojos. Alicia esforzóse por aparecer muy tiesa y muy firme, en pie a su lado, desprendiéndose de las manos de las mujeres *boambas*.

—Va a haber lucha —replicó él—. Los *shiftas* venían hacia aquí cuando yo he llegado.

—No tengo miedo.

—Como guste.

Durante los minutos siguientes el jefe repartió órdenes y poco a poco una gran masa de *boambas* armados con venablos, arcos y flechas fue concentrándose en torno a la fogata. Roberts presenciaba la operación sin hablar.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó al fin Alicia.

El comisario se encogió de hombros.

—Los *shiftas* son pocos, pero tienen rifles. Cuando atacan una aldea se mantienen fuera del alcance de las flechas y destacan una patrulla para que prenda fuego a la empalizada y las chozas arrojando masas de estopa encendida. Cubren el avance de la patrulla con sus disparos. Después esperan a que se rindan los *boambas*. No escapa nadie al cerco. Los *boambas* temen a los rifles y la sola mención de los *shiftas* les hace temblar. No saben defenderse.

—¿Y ahora?

—Oh, ahora mi presencia les infunde confianza. Voy a sacarlos

de este recinto para que luchen cuerpo a cuerpo en terreno despejado. Vencerán, aunque solo sea por la fuerza abrumadora del número.

El caudillo se adelantó y dijo algo a Roberts.

—Están dispuestos —anunció este.

—¿Va usted a acompañarles?

—Naturalmente. No tema, volveré. Aun en caso de que algo me ocurra, usted se halla segura aquí. Los *boambas* la llevarán junto a los suyos.

—¿Y Rex Champion?

—¿Se refiere al hombre que estaba con usted?

—Sí. Tenía... tenía los diamantes de Devereux y...

—Ya veo —la atajó el comisario, secamente—. Los *boambas* se harán cargo de él. He avisado al jefe. Le retendrán hasta que vuelva yo.

—Capitán Roberts...

—¿Qué?

—¿No sabe usted nada de mi padre? ¿No ha recibido noticias de él? Le vi hace unos días en compañía de una partida de cazadores indígenas. Pasaban por el fondo de un barranco. Champion supuso...

Un violento estrépito de fusilería rompió, como un gran golpe sonoro, el silencio nocturno. Alicia se sobresaltó, interrumpiéndose. Un murmullo expectante se levantó de los *boambas*.

—Tendré mucho gusto en oír después cuanto quiera contarme —dijo Roberts, con frialdad—. Ahora no hay tiempo que perder.

Giró sobre sus talones, echó a andar y los negros le abrieron paso. El anciano caudillo alzó los brazos y, en actitud patética, principió a salmodiar algo que sonaba como una oración. De todas partes le hicieron coro voces de mujeres. Poco a poco, la masa de guerreros empezó a moverse. Sonó otra descarga. Y otra. La plaza fue quedando vacía. Más allá de las chozas, las puertas de la empalizada giraron sobre sus rústicos goznes. Y el capitán Roberts, al frente de su ejército de oscuros salvajes, salió al encuentro del enemigo.

CAPÍTULO XII

Cuando las puertas de la empalizada se abrieron, el tropel de *boambas* desplegó en abanico y avanzó a la carrera hacia la espesura. Los *shiftas* no esperaban aquello, pues estaban acostumbrados a la pasividad con que los pueblos de Kwan, por temor a los rifles, soportaban su ataque. Pero reaccionaron enseguida y de su refugio brotó una nutrida descarga. Roberts vio a los negros caer en su derredor. Vio que se detenían en seco. Vio que, como si fuera efecto de un golpe, el terror cundía en sus filas.

Si los *boambas* perdían el impulso instintivo que los había sacado de la aldea, la batalla se habría perdido antes de empezar. Roberts pensó esto mientras una segunda descarga sembraba en torno suyo la muerte.

—¡Adelante! —gritó. El dialecto indígena daba a su tono de voz la apariencia de un rugido salvaje—. ¡Los *shiftas* son cobardes y pocos! ¡Vamos a luchar contra cachorros de gacela! ¡Adelante!

Se lanzó hacia la linde del bosque con la cabeza baja, y fueron la decisión de su acto y el timbre de su voz lo que electrizó a los hombres que tenía más cerca. Le siguieron. Esto arrastró a los demás.

Pero llegar al bosque no era empresa fácil. La densidad y la precisión del fuego de los *shiftas* se hicieron terribles. Los *boambas* caían como moscas. La distancia hasta la primera línea de vegetación que hubiera podido prestarles amparo parecía enorme, como un camino sin fin, o a cuyo fin aguardase el infierno. Desesperado, Roberts se dijo que no lo conseguirían jamás. Suponiendo que los guerreros no desfallecieran, se salvarían tan pocos que el esfuerzo habría sido inútil. Los supervivientes morirían degollados en cuanto pisaran la meta de aquella carrera suicida.

En el ánimo del capitán, aquellos momentos duraron un siglo. Fueron en realidad apenas un minuto. De pronto, la espesura, roja de fognazos, estuvo allí, allí mismo, rodeándoles, bajo sus pies. Roberts miró en torno y atrás. Y respiró profundamente, aliviado, porque, si bien el espacio libre había quedado sembrado de muertos y heridos, los *boambas* entraban en el bosque en número incontable, como un fantástico alud.

Sonó un frenético grito de guerra. Un vocerío fabuloso le

respondió. Alguien, entre los *shiftas*, aulló una orden de retirada.

La orden llegó tarde. En la oscuridad, detrás de la maleza, los guerreros negros descubrían ya las odiadas figuras vestidas con sucios albornoces y jaiques harapientos. La lucha cuerpo a cuerpo se entabló. Los rifles servían de poco. Hubo un intervalo de espantosa confusión, de locos disparos, de alaridos. Tinieblas, árboles y matorrales y bejucos, cuerpos a derecha e izquierda, delante y detrás. Una visión borrosa, alucinante, de auténtica pesadilla.

La hueste de *boambas* se adentró como una cuña devastadora en las filas enemigas. Era la forma de ataque más primitiva, pero, en aquellas circunstancias, también la más eficaz: un ataque de frente apoyado en la fuerza del número. Los *shiftas* no tuvieron tiempo de huir y se vieron constreñidos a pelear en las angostas posiciones que habían elegido para tirotear plácidamente la aldea. Fue una orgía de sangre, entre furioso agitar de clavas y venablos, golpes y gritos de dolor.

A duras penas pudo Roberts hacerse con un grupo de secuaces y proseguir el avance para tomar a *shiftas* por la espalda e impedirles la fuga por completo. Los cazadores de esclavos, no obstante, adivinaron su propósito. Una banda que se había librado de la primera embestida y en la que figuraba el que parecía ser el jefe, se precipitó sobre él. En un instante vio el capitán a dos de los *boambas* caer a su lado con la cabeza hendida a culatazos. Tuvo que abrirse paso disparando a quemarropa. Cuando se dio cuenta de que el peligro se había hecho grave, su grupo estaba enzarzado en combates individuales y le había dejado casi solo.

Cinco *shiftas* se le echaron encima, y Roberts se puso a luchar con la furia incommensurable de un leopardo herido. Era casi un contrasentido verle emplear el rifle, porque se hubiera dicho que sus medios naturales de combate eran las garras y los dientes. Por un momento se hundió, pero volvió a levantarse. Resistió durante lo que se le antojó una eternidad, acosado por la hoja de unos cuchillos apenas visibles. Los *shiftas* habían adivinado quién era y estaban dispuestos a aniquilarle, confiando en que su muerte desmoralizaría a los *boambas*.

Al fin, alguien que había avanzado en pos de él llegó a su altura y sumó a las suyas sus fuerzas. Era un guerrero gigantesco, cubierto de sangre, que chillaba y utilizaba como una, maza su venablo. Ambos hombres parecieron zafarse por unos segundos del bárbaro acoso. Luego, el *boamba* cayó con el corazón atravesado y Roberts se encontró solo nuevamente.

Pero vencerle era una empresa sobrehumana. En cuanto el negro cayó, el capitán se apoderó de su venablo y lo hincó ferozmente en el abdomen que tenía más próximo. Paró el golpe de una culata que descendía sobre su cabeza, asió por el cuello al *shifita* que lo había descargado, lo alzó en vilo y lo arrojó contra los demás.

Esto le dio un respiro, que aprovechó para ponerse a cubierto. Llenó de municiones el vacío depósito de su rifle y disparó media docena de veces. Llamó a sus hombres. Le siguieron los que podían, y poco después se habían extendido en línea e impedían a los *shifitas* la retirada a la selva. De estos, los que quedaban con vida se corrieron en dirección a la charca. Allí terminó todo, con una matanza que tiñó de rojo las aguas y el fango.

Desde la aldea, Alicia escuchó absorta los terribles rumores de lo que más allá de la empalizada estaba ocurriendo. Ni el canturreo del anciano caudillo ni el trémulo susurro de las mujeres se interrumpieron un instante, pese a que pronto fueron ahogados por la furia apocalíptica del tiroteo y por el bronco clamor que brotaba de la noche. La muchacha ni siquiera se movió. Aquel alud de emociones sucesivas estaba acabando con su sensibilidad. Asistió a todo como un objeto, como una cosa inanimada, no como un testigo humano. Durante largo rato no fue ella misma, sino algo así como la estatua de sí misma. Y no obstante, por dentro la estremecía una extraña pasión que hasta entonces no experimentara jamás, un sentimiento increíblemente vivo, atroz, doloroso y agradable a un tiempo, que ni remotamente sospechaba que existiera.

Todavía en lo más recio de la inmediata batalla fueron regresando los primeros combatientes. Eran heridos, algunos de los cuales volvían a rastras para morir ante el cuadro bíblico que componían el caudillo y su árbol, las chozas, las mujeres y el fuego, las cabras, los perros, los bueyes, los camellos y los niños. Nadie se ocupó de ellos. Alicia les miró sin ver.

Después, paulatinamente, el fragor de la lucha amainó. Los gritos se alejaron. Las descargas perdieron su compacta virulencia y no tardaron en convertirse en disparos aislados, y llegó el momento en que el último disparo sonó. Mucho tiempo aún estuvieron oyéndose las voces ávidas de los *boambas* que perseguían por la charca y valle abajo al enemigo en fuga. Cuando se hizo el silencio y el monótono rezo del caudillo y las mujeres cesó, Alicia, estremeciéndose, volvió a la realidad. Al mirar en torno y captar las verdaderas dimensiones de aquella escena, con tantos guerreros heridos y moribundos ante la fogata, con tantos venablos bañados

en sangre, tuvo plena conciencia de lo que había sido aquella primitiva batalla librada en las tinieblas. Y sin apenas esfuerzo de su imaginación vio al capitán Roberts metido en ella, vio sus ojos febriles que parecían ansiosos de muerte y su pelambre y su barba selváticas, y comprendió por sí misma lo que ninguno de los amigos que el capitán tenía en Nairobi había comprendido jamás: que Percy Roberts pertenecía a aquel mundo por naturaleza y por esencia, y que tenía tanto en común con la civilización de los clubs militares, de los cócteles y de las normas sociales como una fiera del bosque.

Más tarde, el grueso de los guerreros regresó al poblado y se concentró en la plaza. Hubo grandes risotadas, gritos de triunfo, extraños cánticos, danzas, enorme confusión, ir y venir de gente alocada, y otra vez niños, mujeres, bueyes, cabras, camellos, perros y olores nauseabundos. Alicia buscó en vano al comisario. Tardó todavía, en verle aparecer, y cuando llegó no procedía de la puerta de la empalizada sino del extremo opuesto de la aldea. Llevaba la arquilla de los diamantes bajo el brazo y su rostro tenía una expresión ceñuda.

—¡Capitán! —exclamó ella, corriendo a su encuentro—. Temí que hubiera, usted... que también le hubieran herido...

Roberts se detuvo y contempló el salvaje espectáculo que ofrecía la plaza llena de gente. Una sonrisa aleteó en sus labios e inmediatamente se esfumó.

—Ha sido fácil —dijo—. Un solo asalto ha bastado, como yo suponía. Muchos han caído bajo las primeras descargas, pero en cuanto hemos logrado establecer contacto con los *shiftas* la suerte se ha inclinado a nuestro favor. Les hemos dado un buen escarmiento. Pasará mucho tiempo antes de que se atrevan a asomarse de nuevo por Kwan.

—¿Por qué hace usted eso? —preguntó la muchacha, sin poder contenerse—. ¿Qué lazo le une a estos indígenas? No... no comprendo que siendo, como dice, el comisario británico del distrito se exponga así mezclándose a unas disensiones entre tribus.

El capitán la miró fijamente.

—Para usted serán simples disensiones entre tribus, claro está —replicó—; para mí, estas tribus lo son todo: hogar, familia, amigos. La llanura, el bosque, la montaña, los valles y los hombres y animales que en ellos viven se hallan bajo mi responsabilidad. En mí tienen su protector, su maestro, su consejero, su guía, y si se tercia, su camarada. Son ellos quienes deben juzgarme. Son ellos, ¿entiende? No unos cazadores cualesquiera, que matan leones con

trampa.

Alicia supo muy bien a qué se refería Roberts y qué era lo que pensaba, porque ella lo había pensado igualmente.

—¿Estuvo usted allí, en el Mungoaga? —preguntó.

—Sí.

—Aquello fue cosa de Champion.

—¿Acaso era Champion quien dirigía el «safari»?

—Sí, en cierto modo.

—*En cierto modo* —repitió el capitán, significativamente—. Comprendo lo que eso significa: su padre necesitaba divertirse y no concebía otra manera de hacerlo que acribillando animales indefensos sin peligro. Por eso contrataron un guía como Zwa, burlando las disposiciones de la Oficina Indígena de Nairobi, y por eso se han llevado su merecido después. Acabo de hablar con los *wabashes* que componían su «safari» y sé todo lo que ha pasado. En verdad, no lo lamento. Puede que sirva de escarmiento a otros supuestos deportistas americanos, tan ricos, tan civilizados y tan progresivos como ustedes, que intenten penetrar en mi territorio.

—Supongo que de nada me servirá alegar que yo desaprobaba enérgicamente los métodos de caza de Champion.

—Oh —hizo Roberts, alzando los hombros—, usted es solo una mujer.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo he dicho todo.

Alicia observó al capitán con interés. Era evidente que estaba furioso y no ocultaba sus motivos, pero en sus palabras hubo una nota de profundo despecho que no tenía explicación.

—No me parece muy correcto... —empezó.

—Poco importa lo que le parezca *a usted* —la interrumpió él—. No he venido a discutir: quiero decirle únicamente que mañana saldremos usted y yo con los *wabashes* en dirección a mi puesto avanzado y que le conviene descansar. Me urge regresar al puesto, de modo que iremos a marchas forzadas. Desde allí telegrafiaré a Nairobi lo que proceda. He ordenado que algunos exploradores *boambas* traten de localizar a su padre. Su padre se halla en compañía de una partida de guerreros *walis* y ellos mismos cuidarán de que llegue al puesto sin novedad.

—¿Y Champion?

El capitán apretó las mandíbulas.

—Champion morirá —replicó entre dientes.

Alicia se llevó las manos a la boca en un instintivo gesto de espanto.

—No, se equivoca —agregó el hombre, adivinando sus pensamientos—. No se trata de eso. Champion ha escapado.

—¿Cómo? —susurró la muchacha.

—Aprovechando la confusión de la lucha, ha, burlado a los ancianos *boambas* que le custodiaban. Ha saltado la empalizada y huido. Vea esto.

Alicia vio en la morena mano del capitán unas gafas «truman» hechas pedazos.

—Pero...

—Se necesitan todos los sentidos para sobrevivir en esta tierra, señorita. A Champion le fallará la vista. No sobrevivirá. Así es la ley. Mi golpe le rompió las gafas y le ha condenado. No lo hice adrede: fue la ley.

Alicia guardó silencio. Luego señaló la arquilla que sostenía el capitán.

—Los diamantes...

—Los diamantes estaban mejor guardados que él. He leído el testamento y la carta que dejó Devereux y cuidaré de que sean enviados a Leopoldville.

—¿Y el mapa?

—¿Qué mapa?

—Había un mapa del yacimiento. Lo tenía Champion.

Roberts rio secamente.

—Tanto mejor —dijo—. Nunca se sabrá dónde se encontraron estos diamantes. Será el mismo Champion quien preserve a los *boambas* de la codicia ajena, porque el secreto morirá con él. Quizá esto le sirva de consuelo mientras agoniza.



Hundió en la arquilla las manos...

CAPÍTULO XIII

Rex Champion recobró el conocimiento en el interior de una choza maloliente y desde el primer instante se halló acosado por un torbellino de sensaciones cuya naturaleza no pudo determinar: oscuridad en torno, un terrible dolor en la cara, el lejano crepitar de unos rifles, agudos gritos y, más cerca, un canturreo sostenido y monótono de voces guturales.

Gimiendo, se palpó el rostro y sintió en los dedos el tacto húmedo de la sangre. Tenía una desgarradura en un pómulo rodeada de enorme inflamación, y el labio superior partido. El menor movimiento de la boca le producía el efecto de una puñalada.

Estaba completamente desconcertado. Guardaba memoria de la súbita aparición de un hombre blanco junto a la empalizada y del ataque de que el hombre le hizo objeto, pero ni él ni su ataque tenían explicación. El hombre no era Míster Markham, de ello estaba seguro; y no podía ser Gastón Devereux porque el belga murió dos meses antes. Exceptuándoles a ambos, ¿quién más iba a hallarse en la aldea *boamba*?

Las sensaciones se hicieron más concretas, y Champion no tardó en advertir que el canturreo que brotaba de todas partes sonaba también, como un susurro apenas perceptible, junto a la puerta de la choza. Empezó a moverse, impulsado por la curiosidad. Al hacerlo echó de menos sus gafas. Palpó el suelo y no las encontró. Durante un buen rato anduvo a gatas tanteando las tinieblas, pero al fin se dio por vencido.

En la puerta de la choza había dos viejos negros en cuclillas, armados de venablos. Eran ellos quienes susurraban.

Lejos tenía lugar una batalla. ¿Contra los *shiftas*, quizá?

Aturdido, Champion se refugió en el fondo de la choza y allí fue penetrando en su cerebro la idea de que necesitaba escapar. Su situación se le reveló de pronto, en un rapto de lucidez. Y se sintió infinitamente cansado, enfermo y dolorido.

Luego, al tentar el revoque de la pared en que se apoyaba, una gran lámina de barro seco se le quedó en la mano. Su cansancio desapareció automáticamente. Empujó la armazón de ramas y la armazón de ramas cedió. Abrió un amplio boquete. Se puso a trabajar en él.

Los dos negros susurraban.

Champion operó en silencio, dominando con esfuerzo sus manos nerviosas; pero tardó solo unos minutos en arrastrarse por el boquete abierto al exterior.

Toda la aldea se hallaba pendiente de alguna ceremonia que tenía la plaza central por escenario, y Champion consiguió deslizarse entre los perros, los camellos, los bueyes y las cabras hasta alcanzar la empalizada. Allí hizo alto, agazapado en la sombra, y reflexionó. No llevaba armas. Había perdido los diamantes. Más allá, la noche hervía de disparos y gritos. Pero no tenía otra opción que escapar, porque le faltaba valor para internarse de nuevo en el poblado y recobrar su rifle y la arquilla de Devereux, cuyo paradero desconocía en absoluto.

Así, resignado, trepó a lo alto de la empalizada y saltó al lado opuesto. Esperó un instante. Los fogonazos, los disparos y los salvajes alaridos de los combatientes rasgaban el aire en dirección a la charca. Sin vacilar, Champion se alejó en sentido contrario.

Anduvo con infinitas precauciones, porque sus débiles ojos no le permitían reconocer los objetos hasta tenerlos muy cerca, pero la suerte le acompañó. A los pocos pasos tropezó con el cadáver de un hombre que vestía un albornoz color de tierra. Un *shifta*, pensó. Debajo del cadáver había un rifle. Era un arma vieja, sucia y descuidada, pero un arma de todos modos. Champion se la apropió con profundo alivio y registró las ropas del muerto hasta hacerse con todas las municiones que el *shifta* llevaba consigo.

Cuando reemprendió la marcha, la empresa de atravesar las grandes llanuras semidesérticas que le separaban de la costa se le antojó relativamente fácil. Se hurgó los bolsillos e incluso sonrió al encontrar el mapa que Gastón Devereux había dibujado antes de morir, pensando que algún día volvería a Kwan para convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo.

Fue este pensamiento lo que le sostuvo toda la noche contra la fatiga, el frío y el dolor que atenazaban su cara. Ni siquiera se dio cuenta de que había olvidado a Alicia Markham y que, probablemente, nunca la volvería a ver. Muchas cosas que le parecían importantes unas horas antes habían dejado de serlo.

Al amanecer se había alejado bastante del poblado *boamba*, pero estaba perdido entre las colinas. Se orientó con ayuda del sol y siguió adelante sin descansar.

Algo, no obstante, que ocurrió durante el día enfrió su entusiasmo. El hambre tuvo la culpa de ella. Mediada la mañana había sentido vacío el estómago, y poco después divisó la forma

grisácea de un animal y disparó contra ella. Tuvo que errar el tiro para descubrir lo que la pérdida de sus gafas significaba realmente. No era una casualidad que el tiro hubiera fallado: a partir de entonces, por culpa de su visión imperfecta, sería una regla que fallasen todos.

No tuvo más remedio, para consolarse, que mordisquear unas bayas amargas que arrancó de un matorral. Pero siguió andando.

Por la tarde entró en una comarca de bosques claros extendidos a lo largo del riachuelo y era casi noche cerrada cuando alcanzó la confluencia del riachuelo y un gran río de aguas tumultuosas. Ya entonces estaba rendido de cansancio y de hambre, al borde de la desesperación. Sus fuerzas fallaron y se dejó caer sobre una alfombra de hierba. Allí, de bruces, permaneció mucho tiempo.

Después, al levantar la cabeza en cierta ocasión, vio algo, lejos, entre los árboles, que le obligó a ponerse en pie de un salto. Era el resplandor rojizo de una fogata. Hombres. Podían engañarle los ojos, empero. O podía la fogata señalar la situación de un campamento de *shiftas* sanguinarios; o de *boambas* lanzados sobre su pista; o de las huestes de aquel descocado barbudo y feroz que le derribó de un culatazo en la cara. Los valles de Kwan estaban para él llenos de enemigos. Y aunque lo sabía, aunque no tenía derecho a albergar esperanzas, echó a andar, dando traspiés, hacia el rojizo resplandor que brillaba en el bosque.

Se rodeó de sigilo cuando estuvo cerca. Avanzó un metro, luego otro, sin prisa, de árbol en árbol, al abrigo de los matorrales. Así llegó a distinguir una rudimentaria *boma* y, en su interior, a un grupo de negros que comían alrededor de la hoguera. ¡Comían! Champion tragó saliva. Olfateó el aroma de la carne asada. Para él, sin sus gafas, aquellos hombres eran solamente unos negros, sin detalle, sin forma apenas. No podía saber nada: si eran amigos, si eran enemigos, si eran *boambas*, *shiftas*, *walis* o *mokeeles*.

Se aproximó un poco más, hasta casi tocar la *boma* con las manos.

Con ruido semejante al de una pequeña detonación, una rama se quebró bajo sus plantas.

Los negros se levantaron como si hubieran tenido muelles bajo el cuerpo. Hubo movimiento de venablos y un juego de cascos de plumas azules y rojos. Solo entonces vislumbró. Champion los cascos. Y solo entonces vio entre los negros a un hombre blanco que empuñaba una carabina.

Dio media vuelta y echó a correr, maldiciendo su miopía y maldiciéndose a sí mismo por estúpido y por torpe.

El resplandor de la fogata le alcanzó de lleno un instante.

—¡Champion!

No había distinguido los rasgos del hombre, pero reconoció su voz: era Míster Markham. Míster Markham con su hueste de guerreros de ébano. Y aquella voz tenía un timbre de odio implacable, un velo de emoción homicida que puso alas en sus pies y le lanzó locamente a través del bosque en dirección al río.

Los negros saltaron por encima de la *boma* en pos de él y se extendieron en abanico entre los árboles, gritando como energúmenos. Champion tropezó aquí y allá, cayó entre espinos, se dio de bruces con una rama baja, se torció un tobillo, chocó contra un nudoso tronco. Intentó cambiar la dirección de su fuga cuando era ya demasiado tarde y los guerreros bloqueaban sus flancos. Siguió adelante. Jadeante, llegó al río. Los *walis* aullaban muy cerca. Miró atrás y no les vio.

Entonces se arrojó de cabeza al agua.

—Cocodrilos —pensó, cuando le arrastraba la corriente. Recordó la terrible escena del paso del Umpopo y repitió en voz alta —: ¡Cocodrilos!

Los negros dieron grandes saltos en la orilla, pero Champion pudo, por unos metros, nadar en paz. Casi se convenció de que llegaría al lado opuesto sano y salvo antes de comprender que el río era demasiado ancho y excesiva, la fuerza de las aguas para permitírselo. A poco, braceaba inútilmente. La corriente le zarandeaba como a un objeto inanimado.

Alimentó una breve ilusión cuando pudo asirse a un enorme tronco retenido por unas peñas. Muy breve. Su peso desprendió el tronco y, cogido a él primero y a caballo de él después, Champion prosiguió su camino. Todavía oyó a Míster Markham disparar su carabina, a lo lejos; luego, el río entró en una garganta, saltó de rápido en rápido, describió un brusco recodo y continuó su marcha con furia hirviente en dirección a la lejana selva.

Champion, aferrado al tronco, se fue con él.

CAPÍTULO XIV

Los *boambas*, con su caudillo al frente, salieron del poblado y dieron escolta a la pequeña caravana durante una jornada entera. Fue una especie de rito lleno de color y, para Alicia, de significado. No podía menos que admirar la devoción que aquella gente mostraba por el capitán Roberts. Confiaban en él, le querían de verdad; sin adulaciones, sin intenciones ocultas, sin las falsedades y las reservas que en la vida civilizada enturbiaban las relaciones entre los hombres. A la confianza y el afecto, Percy Roberts respondía como ella había ya tenido ocasión de ver. La muchacha pensaba de él que podía ser un oficial británico, pero que, en el fondo, estaba hecho de la misma madera que aquellos seres primitivos con los cuales tan bien se compenetraba y entendía. Y constituía una gran sorpresa descubrir que se trataba de una madera humana de excelente calidad.

Alicia sonrió. Ninguna de sus amigas de Galveston hubiera comprendido esto. Para ellas, la palabra «salvajes» no tenía como si dijéramos vuelta de hoja, y que los *boambas* eran salvajes nadie se atrevería a discutirlo. Lo difícil hubiera sido clasificar a Percy Roberts.

Había otras cosas que sus amigas no hubieran comprendido tampoco. Una era el auténtico placer que Alicia experimentaba en gozar de la escolta de aquel grupo de guerreros negros encabezado por un anciano casi repulsivo al que dos colosos transportaban en unas parihuelas. Otra, la satisfacción con que ella iniciaba aquel viaje, la poca importancia que, de pronto, parecían tener las incomodidades y los peligros. En apariencia, las circunstancias no eran muy distintas que cuando Rex Champion la llevó consigo en su loca aventura a través de la selva: estaba sola con un hombre blanco y un puñado de estúpidos negros, expuesta a todo lo que con un hombre blanco y un puñado de negros podía ocurrir. Esto era en apariencia. A diferencia de Champion, aquel hombre blanco era un salvaje más: Alicia hubiera dicho esto como un elogio. En realidad, las circunstancias eran muy otras. Alicia no hubiera podido explicarlo, no intentaba ni explicárselo a sí misma, pero ahora se sentía íntimamente feliz.

La caravana formaba una doble hilera serpenteante. En primer término, caminaba Roberts, con Alicia y con el caudillo, a quién dos

hombres llevaban en andas. Detrás seguían los *wabashes*. A ambos lados, uno tras otro, en dos largas líneas, iban los guerreros *boambas*. Estaban todos los que la batalla dejó ilesos, todos sin excepción. Durante el día entero resonaron sus extraños cánticos, que Alicia escuchaba sintiendo que se le humedecían los ojos. Era un espectáculo formidable, allí, bajo el cielo de un azul luminoso, entre los valles, con las manchas grotescas de árboles y matorrales extraordinarios, con las formas fugitivas de hermosos animales saltando o corriendo en todas direcciones. Alicia pensó que todo aquello desbordaba su alma. Jamás había vivido con tanta intensidad.

Antes de la puesta de sol, la caravana se detuvo para que tuviera lugar la despedida. Fue un acto lleno de solemnidad. El caudillo negro abandonó las parihuelas para pronunciar un discurso. El capitán Roberts contestó con otro. Los dos hombres se abrazaron.

—¡Ee-yah, Gran Bwana! —gritaron los guerreros. Las dos largas hileras blandieron en el aire sus venablos—. ¡Ee-yah! ¡Ee-yah!

Después, el pequeño grupo formado por Roberts, la muchacha y los *wabashes* prosiguió su camino. Los *boambas* permanecieron inmóviles.

—¡Ee-yah! —exclamaban—. ¡Ee-yah, Gran Bwana!

El jefe, en pie, agitaba la mano.

—¡Ee-yah!

Cuando al fin, una loma los ocultó, Alicia dijo:

—Puede usted estar satisfecho, capitán. Esos guerreros no fingen, y habrá pocos hombres en el mundo capaces de provocar una adhesión tan sincera como la que le demuestran a usted.

Roberts la miró un momento y se encogió de hombros.

—Tengo la conciencia tranquila —respondió.

La respuesta, aparentemente, no venía a cuento, pero Alicia le entendió. Percy Roberts daba a aquellos salvajes una sola cosa: lealtad. Producía aquel efecto porque entre los hombres, la lealtad era una cosa que nadie daba nunca...

Aquella noche acamparon en una llanura donde brotaba un manantial y había árboles, pero a conveniente distancia del agua para no ser molestados por las bestias que acudían a beber. Roberts cazó un antílope, que fue la cena de todos. Los *wabashes* encendieron una fogata. Hacía frío y se necesitaba el calor del fuego. Alicia, que estaba agotada, se durmió pronto. El frío la despertó una vez. Vio al capitán, pensativo, sentado junto a la hoguera. Al verle se ruborizó. Había estado soñando que Percy Roberts la defendía del frío estrechándola entre sus brazos y

apretándola suavemente contra su hercúleo pecho.

Durante los días que siguieron, el reducido grupo de caminantes fue saliendo de los valles de Kwan e internándose entre los frondosos montes en dirección al puesto avanzado del distrito. La marcha era lenta, pues se acomodaba a las fuerzas de Alicia. No obstante, la muchacha ganaba en vigor tan rápidamente como si en ella se obrara un milagro. Era ya una mujer completamente distinta de la flaca y maltrecha criatura que un día se arrojó a las aguas del Umpopo, hirvientes de cocodrilos, para librarse del Siniestro destino a que la condenaba Rex Champion.

De nuevo en plena posesión de sus sentidos, Alicia fue capaz de percibir cuanto ocurría en su derredor, incluso aquello que no era visible ni audible. Así se dio cuenta de la especial actitud que hacia ella había adoptado Roberts. También él había cambiado. Cuando le conoció en la aldea *boamba*, era un gigante furioso, estremecido de cólera, pero terriblemente humano. La pasión que había demostrado infundía respeto, pero era verdadera pasión. La muchacha difícilmente podría olvidar su aspecto en el momento en que golpeó a Champion: el brillo homicida de sus ojos, sobre la curtida cara enmarcada por la barba salvaje y el cabello largo y revuelto. O la firmeza viril con que la tomó en brazos para llevarla a la plaza. O su pavorosa estampa al regresar de la batalla contra los *shiftas*. Ahora, todo aquello parecía pertenecer a otro hombre. Percy Roberts se había convertido en un ser distante, flemático, frío, correcto. No hablaba. Alicia le oía pronunciar al día media docena escasa de palabras, y apenas una o dos estaban destinadas a ella. El resto eran órdenes a los *wabashes*. De tal modo se había rodeado de una capa de hielo, que la muchacha se sentía incluso incapaz de abordarle. Dos o tres conversaciones que inició, terminaron sin éxito, entre monosílabos. Roberts estaba increíblemente lejos, aunque caminara, se sentara, comiera o durmiera a su lado. Estaba en un mundo que solo le pertenecía a él y en el que no podía penetrar nadie. El aislamiento y el silencio le dolían a Alicia como un castigo: el castigo de no saber qué. Era espantoso pasarse el día en compañía de una persona de la que parecía separarla una barrera, y más en aquel mundo tan nuevo, tan exótico, tan vivo y tan bonito, donde constantemente ocurrían pequeñas cosas gratas de celebrar y comentar.

Roberts era como una máquina. Su asombrosa eficiencia, su aplomo, la seguridad con que en cada momento sabía lo que se había de hacer y cómo hacerlo, convencieron a Alicia de que era un predestinado, un hombre nacido para la selva, aunque Londres

hubiera sido su cuna. Jamás le dominaba la naturaleza, allí donde la naturaleza era tan poderosa. Percy Roberts siempre estaba por encima de los acontecimientos, tan compenetrado con el ambiente que se hubiera dicho que era él mismo quien los desencadenaba como si tuviera el poder de decisión de un dios.

Pero luego, una noche, cuando acampaban en el límite del *veldt*, Alicia observó algo que la sumió en el mayor desconcierto. Fue una vez nada más. Estaba acostada junto a la hoguera desde hacía tiempo y tenía los ojos cerrados, pero no dormía porque a lo lejos, se oía rugir a un león. Abrió los ojos. Vio a Roberts, como en tantas ocasiones, sentado reflexivamente cerca del fuego. Tenía el rostro vuelto hacia ella y la miraba. Su expresión era de tanta bondad, de tan cálida ternura, tan cordial y tan próxima, que la muchacha creyó soñar.

En esto, el capitán notó que ella le observaba. No lo demostró. Solo volvió la cara un segundo. Cuando recobró su posición anterior, sin embargo, era de nuevo el hombre pétreo, helado y remoto que hasta entonces había sido. Alicia se repitió: «Estoy soñando». Tenía que ser así, tenía que soñar. Pero en su fuero interno se hallaba convencida de que jamás estuvo tan despierta.

La actitud del capitán no varió en los dos días siguientes. Y el tercer día se produjo un suceso que le causó a Alicia profundo dolor.

Fue cuando hicieron alto para almorzar, a una hora en que el calor era tórrido. Se hallaban en los umbrales de una cuenca pletórica de vida animal, de vegetación espesa y verde, y acababan de dejar atrás una región de mesetas áridas donde la caza había escaseado. Como de costumbre, mientras los *wabashes* realizaban perezosamente los preparativos del almuerzo, Roberts tomó su rifle y se alejó en busca de alguna pieza Alicia, movida por el calor, partió un momento después con el propósito de remontar el curso del inmediato riachuelo y bañarse.

Abriéndose paso por la espesura, mientras los pájaros y los micos chillaban emocionados sobre su cabeza, el capitán llegó a un remanso del mismo riachuelo donde el césped se veía pisoteado por las garras y pezuñas de muchos animales. Guiado por su experiencia, localizó un punto apropiado para ocultarse, y esperó. Su espera, fue corta. Dos antílopes aparecieron entre la alta hierba y con las orejas tiesas, cruzaron a saltos el césped y se aproximaron al agua. Roberts disparó dos veces. Luego abandonó su refugio, bordeó la corriente y recogió los cuerpos sin vida de los rumiantes.

Entonces oyó un agudo y angustioso grito de mujer. Y algo más: los ronquidos y ladridos de una terrible bestia.

Soltó los antílopes y echándose el rifle a la espalda, corrió arroyo abajo a enorme velocidad. Saltó por encima de los espinos, se valió de las ramas bajas de los árboles y cruzó los pocos espacios libres con el salvaje ímpetu de un huracán. Cuando llegó al lugar donde se desarrollaba la escena, no se detuvo. Apreció la situación automáticamente y prosiguió su avance.

Alicia yacía en el suelo, con un largo y sangriento arañazo en la espalda que, a la vez, había destrozado su gastada ropa. A su lado, un gigantesco mandril, repugnante, de nalgas desnudas y hocico de perro color violeta, que descubría los enormes colmillos desnudos, se volvía a mirar al intruso que acudía a disputarle su presa.

Roberts saltó hacia adelante como si estuviera loco. Ni siquiera disparó. Con un único movimiento se descolgó el rifle y, asiéndolo por el cañón como una maza, lo abatió sobre la cabeza del animal. Falló el golpe, porque el mono consiguió esquivarlo, y el mandril ladró y se oyó un rabioso entrechocar de dientes. Roberts, llevado por su impulso, chocó contra él. Haciendo alarde de una agilidad pasmosa, se aferró a su dorso y quedó fuera del radio de acción de las tremendas mandíbulas. Las manos del enorme macho trataron de rechazarle. Roberts le atenazó el vientre entre las piernas y, desde la espalda, le echó los brazos al cuello. La bestia se debatió con furia inconcebible. Por un momento temió el capitán que no podría mantener su presa en aquel cuerpo lanudo, maloliente y musculoso. Pero apretó. Rodó por la hierba abrazado al mandril. Apretó. Los ladridos y gruñidos del mono alcanzaron un paroxismo de rabia, y luego empezaron a apagarse. Roberts rectificó su presa y sintió que la peluda garganta del animal cedía bajo sus manos. Todos sus músculos, en una tensión espantosa, contribuían al esfuerzo. El mandril emitió un estertor. Cesó su resistencia. Su cuerpo semejó ablandarse.

Por fin, jadeando, el capitán le soltó. El feroz animal quedó inmóvil junto a un matorral aplastado en la lucha.

Roberts se puso en pie. Sudaba. Se aproximó a la joven, quien, tendida aún en el suelo, gemía débilmente.

—Levántese —dijo—. Lo he matado. Usted no está herida de consideración.

Ella no se movió, solo enderezó la cabeza para mirarle. Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

El capitán dio un paso más, se inclinó y la tomó en brazos. La muchacha se estremeció. De pronto, se apretó desesperadamente contra él.

—Roberts —murmuró.

No pronunció más que una palabra, pero fue bastante. Roberts vio sus labios temblorosos, sus húmedos ojos suplicantes y sintió como suya la tibia vibración de su cuerpo. Entonces besó aquellos labios.

A Alicia le pareció que le sacaban la vida, que la vaciaban, que todo era como luz en su interior. Le pareció que despertaba de un sueño del que antes no había despertado nunca, un sueño que duraba desde que nació, y que en torno a ella se materializaba un mundo maravilloso. Jamás había imaginado que tales cosas fueran posibles.

Por un instante, con los brazos en torno al cuello de Roberts, perdió la noción de la realidad. Después notó que el capitán se ponía súbitamente rígido, que la depositaba en tierra y se apartaba de su lado.

Todavía aturdida, le miró. Roberts le daba la espalda. Le oyó decir, roncamente:

—Perdóneme.

Ella replicó:

—No tengo nada que perdonarle.

Hubo una larga pausa. «Vuélvete —pensó Alicia—. ¡Vuélvete y sonríeme!». Pero él no se volvió.

—¡No diga tonterías! —exclamó de pronto—. ¡Oh, Dios! ¿Por qué seré tan estúpido?

—Pero Roberts... usted no comprende...

—¡Cállese!

La muchacha corrió hacia él y le rodeó para verle la cara. Lo que leyó en esta la asustó.

—Roberts, ¿qué le pasa? ¿Está sufriendo? ¿Tengo yo la culpa?

Por el rostro del hombre semejó correrse un velo. Cuando se descorrió nuevamente, era otro: el Percy Roberts como una máquina, frío, correcto y distante. Sonrió sin esfuerzo, pero Alicia sintió odio, un odio salvaje, contra aquella sonrisa.

—El mandril está muerto —dijo él, con voz helada—. Venga usted al arroyo, señorita Markham, y lavaremos ese arañazo. Un buen susto, ¿verdad?

La muchacha ocultó la cara y rompió a llorar. Seguía llorando cuando Roberts la condujo al riachuelo y lavó los surcos rojos dejados en su espalda por las garras del mandril.

No quiso comer. El capitán y los *wabashes* asaron y devoraron los antílopes. Él no hizo el menor caso de la muchacha.

Dos días después, llegaban a su puesto avanzado.

CAPÍTULO XV

Un somalí alto y joven, de expresión inteligente, que llevaba por único atuendo unos immaculados pantalones blancos y se tocaba con un *fez* rojo dio a Roberts el abrazo de bienvenida.

—Es el sargento Ibrahim —lo presentó el capitán a Alicia—. Su esposa cuidará de usted. Confíe en ella y pídale lo que necesite.

Alicia pensaba que aquel lugar era sorprendentemente bello. En un valle corto, que se abría por su extremo inferior a un soberbio anfiteatro natural de montañas, se alzaba una docena de construcciones dispuestas con excelente gusto. Junto a la principal, en un airoso mástil, ondeaba la bandera británica. Todo tenía aire de limpieza, orden y paz que descansaba el espíritu. Las casas eran grandes *bungalows* abrigados por la típica hiedra filiforme de Kenya, con frescas verandas, parasoles en el césped y mesa y sillas multicolores. Por ninguna parte se advertía que aquello fuera un puesto militar.

La esposa de Ibrahim era una muchacha muy sonriente, vestida con un *shuka* tan cuidadosamente blanco como los pantalones de su marido. Hablaba con soltura el inglés y automáticamente despertó la simpatía de Alicia.

Cuando las dos mujeres se alejaron juntas, Ibrahim hizo a Roberts el saludo militar.

—Novedades importantes en el puesto, señor. Nuestra población ha aumentado en tres niños, veinte cabras y doce camellos durante su ausencia. Todos gozamos de buena salud, pero se le ha echado mucho de menos.

Roberts miraba en torno respirando lenta y acompasadamente.

—Yo sí que os he echado de menos, Ibrahim. Muchísimo. Gracias a Dios, por fin estoy de vuelta.

—Y muy bien acompañado, si me permite la observación.

El capitán asintió sonriendo, mientras echaba a andar hacia el principal de los edificios.

—¿Has oído hablar de un «safari» de americanos que cazaba en las riberas del Mungoaga?

—No, señor.

—Llevaban a Zwa por guía, ¿sabes quién es?

Ibrahim hizo una mueca.

—De sobra. ¿Esa joven es la única superviviente?

—Por el momento, ella y los *wabashes*. Parece que su padre se encuentra en compañía de una partida *wali* y probablemente se dirige hacia aquí. ¿No tienes tampoco noticias de esto?

—No, señor.

—¿Qué ocurre con la radio?

—Oh —Ibrahim se mostró confuso—, se ha estropeado. Es otra de las novedades. Señor, esperábamos para mucho antes su regreso...

—He tenido dificultades por el camino.

—¿A causa del «safari» de Zwa?

—Sí. ¿Vino al puesto, hace tiempo, un guerrero *boamba* con un mensaje para mí?

Ibrahim enderezó vivamente la cabeza.

—En efecto. Yo estaba entonces de patrulla. Ese guerrero quería hablar con usted, solamente con usted. Como no le encontró, se fue. La radio no funcionaba ya...

—Se fue a Nairobi en mi busca.

—¿El *boamba* llegó a Nairobi?

Roberts asintió.

—Nunca debí marcharme, Ibrahim —dijo—. Elegí el momento menos oportuno. Muchas personas han muerto y otras son desdichadas por causa de mi ausencia —habían llegado al edificio y un grupo de gallardos indígenas formaba militarmente ante la veranda para recibirles—. Es una fea historia, que luego te contaré. Hay que despachar aviso a todo el distrito de que se busque a un hombre extraviado en los valles de Kwan.

—Le encontrarán los *boambas*, señor.

—Ese hombre huye de los *boambas* —los indígenas se colocaron en posición de firmes y Roberts sonrió—. También hay que reparar la radio, Ibrahim. Esto es lo más urgente.

—¿Por qué lo más urgente, señor?

—Para que desde Nairobi envíen un avión en busca de esa muchacha.

Roberts estrechó la mano de sus hombres, uno a uno.

Durante los días que siguieron, Alicia apenas vio más que de lejos al capitán. Roberts la había abandonado por completo al cuidado de la mujer de Ibrahim, y era en la confortable vivienda de este donde se alojaba. La muchacha estaba sorprendida del número de comodidades y aun de lujos de que allí podía disfrutar, desde agua corriente y luz eléctrica a bebidas heladas. Le parecía imposible encontrarse a tanta distancia de la civilización, en el corazón de un país salvaje donde ocurrían cosas como la batalla

contra los *shiftas* o el ataque del mandril. Por la noche, el puesto se iluminaba como un pueblecito tejano en fiestas, los receptores de radio transmitían música de todo el mundo y era pura delicia sentarse al fresco y ver a las estrellas titilar.

Pero Alicia comprendía que el capitán la evitaba deliberadamente.

—¿Qué tiene contra mí? —le preguntó a la joven esposa del sargento.

La somalí se encogió ambiguamente de hombros.

—Cada hombre guarda sus secretos en el fondo del corazón —dijo.

Y se negó en redondo a hablar más de Roberts.

La joven supo que en lo alto del valle existía una gran aldea, y fue a visitarla y obtuvo una prueba más de la labor que el capitán realizaba en el distrito. La aldea no carecía de tipismo, de color ni del indefinible encanto de África, pero era limpia y en ella reinaba la justicia y la paz. Una vez por semana se celebraba un gran mercado, al que acudían ganaderos y comerciantes de las más apartadas regiones, y con ellos la pintoresca e inevitable cohorte de hechiceros, encantadores, juglares y músicos. Alicia vio a Roberts pasear entre todos como entre amigos, recibir su bienvenida y, más de una vez, un efusivo abrazo.

—Es sabio, noble, valeroso y leal —le dijo aquella noche la esposa de Ibrahim—. Por eso le aman.

—Pero, ¿qué tiene contra mí? —insistió la muchacha.

La somalí la miraba fijamente.

—¿Por qué la preocupa eso?

—Es natural que me preocupe, ¿no?

—Usted se marchará muy pronto, regresará a su tierra, no volverá a verle nunca más. Bien, ¿por qué la preocupa?

Alicia no contestó.

A fines de aquella semana llegó al puesto una partida de guerreros *walis* tocados de magníficos cascos rojos y azules. Con ellos viajaba un hombre blanco. Era un hombre maduro, gallardo, atlético, curtido por el sol, de maltrechas ropas, barba espesa y cabello largo.

Cuando le vio, Alicia se resistió a dar crédito al testimonio de sus ojos.

—¡Papá! —exclamó, atónita.

Míster Markham la estrechó entre sus brazos y la cubrió de besos.

—Bendito sea Dios que me permite encontrarte sana y salva —

dijo con voz velada por la emoción—. ¿Qué maldita idea nos traería a este país, Alicia? ¿Cómo he podido exponerte a lo que te he expuesto?

—No importa —repuso la joven, apoyando la cabeza en su pecho—. Todo ha terminado bien. El capitán Roberts me rescató de *Champion* y me trajo aquí hace unos días.

—Vi a *Champion* en el bosque, huyendo como una alimaña. ¿Qué ha sido de él?

—No hay noticias. Papá... tengo que contarte... quiero que me cuentes...

—Después, hija mía. Queda tiempo.

Quedaba tiempo, aunque no tanto como ellos suponían. Luego que Míster Markham se hubo bañado y afeitado, y hubo comido y se hubo vestido las ropas nuevas que Ibrahim le procuró, padre e hija se relataron mutuamente sus aventuras. Alicia estaba admirada de lo que aquellas semanas habían hecho de su padre, del increíble cambio operado en él. Se había convertido en un hombre duro, moreno, rebosante de salud y vitalidad, resuelto y muy capaz de valerse por sí solo. Hablaba de la selva, del *veldt*, de los *walis* y sus métodos de caza con entusiasmo. En cierto modo, pensó la muchacha, también su padre era ahora un poco un salvaje. Esto le había renovado, mejorado física y moralmente y rejuvenecido.

Charlaron en la veranda hasta que anocheció. La radio emitía junto a ellos una música suave. Míster Markham fumaba cigarrillos ingleses y bebía *whisky* escocés con soda y hielo.

—Esto es pasmoso —dijo, sintiendo lo mismo que había sentido su hija—. Ayer nada más estaba en el bosque, rodeado de fieras, con un puñado de negros semidesnudos. Hoy me encuentro más cómodo que en mi casa de Galveston. ¿Echas de menos Galveston, Alicia?

La muchacha miró sin querer hacia el edificio principal.

—No lo sé —replicó.

Míster Markham siguió la dirección de su mirada.

—Me pregunto cuándo va a recibirme ese capitán Roberts. Le debo una explicación.

—¿Por qué?

—Por lo que hicimos con los animales a orillas del Mungoaga. Fue vergonzoso.

—Ve y díselo.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Me acompañas?

Alicia movió lentamente la cabeza.

—No.

Al día siguiente, un rumor extraño rompió el silencio del valle. La forma plateada de un avión apareció en el cielo. El aparato se aproximó, describió un círculo y, con toda la población del puesto pendiente de su maniobra, tomó tierra en la gran pradera que parecía habilitada a propósito. El piloto saltó de la carlinga y fue a estrechar la mano del capitán Roberts. Ambos se encaminaron al edificio principal.

—Bien —dijo Míster Markham a su hija—. Llegó la hora. Anoche me anunció Roberts que había reparado su emisora de radio y que había pedido para nosotros un avión a Nairobi. No creí que esto ocurriera tan pronto.

Alicia preguntó, suavemente:

—¿Lo lamentas?

Míster Markham suspiró.

—Pues sospecho que sí.

Ibrahim y su esposa les comunicaron que iban a emprender inmediatamente el viaje. No había preparativos que hacer. Todo estaba a punto.

Míster Markham se despidió de los *walis* solemnemente. Sus ojos brillaban de emoción.

Luego, el matrimonio somalí acompañó a padre e hija al aparato. Había sido todo tan súbito que Alicia no podía hacerse a la idea de que su estancia en el puesto había terminado. Era imposible. No se sentía capaz de mirar en torno y pensar que aquellas cosas no volvería a verlas nunca. Para no pensarlo, caminaba con la vista fija en el suelo.

El piloto y Roberts esperaban junto al avión. Alicia estuvo como ausente de la escena que siguió, no oyó el nombre con que el capitán presentaba al muchacho que les conduciría a Nairobi, no oyó las palabras de este, no se enteró de la despedida de Ibrahim y su esposa. Todos sus sentidos se habían vuelto hacia Percy Roberts. Afeitada la barba, corto el cabello, alto, tostado y apuesto como un dios, el capitán vestía un impecable uniforme de color crudo.

—Buen viaje, señorita —dijo.

Ni siquiera sonrió, Alicia se estremeció al convencional contacto de su mano. «Buen viaje, señorita». Esto era todo. Para siempre.

El avión despegó, y ya en el aire, Alicia miró por última vez a tierra. Ibrahim, su mujer y las demás personas reunidas en la pradera, saludaban aún agitando las manos. Solo Roberts se había vuelto y se alejaba indiferente con las manos en los bolsillos.

CAPÍTULO XVI

Amanecía, y Ukwe, el cacique de la pequeña y remota tribu de *walis* antropófagos, se sentía profundamente disgustado. Su hechicero acababa de caer derregado ante él, tras toda una noche de danzas mágicas destinadas a conseguir los favores del dios del fuego. El dios del fuego se había comportado la víspera muy arbitrariamente con la tribu. Sus llamas devastaron la aldea, no dejaron una choza en pie, y el propio hijo del caudillo había perecido en el incendio. Tanto poder demostró, que Ukwe empezaba a dudar incluso de que la magia del hechicero surtiese los efectos deseados.

Por ello, cuando oyó los gritos de su gente y vio los muchos brazos tendidos hacia las aguas del río, su sorpresa fue mayúscula. También lo fue la del hechicero, aunque este supo disimularla.

—¡Mírale! —exclamó el segundo, señalando la desdichada figura del hombre blanco que descendía por la corriente a caballo de un tronco—. ¡Ya está aquí! ¡El dios de las aguas en persona! ¡La magia se ha cumplido, Ukwe! ¡Ve y cázalo y tenlo preso! ¡Si algún día el dios del fuego vuelve, el dios de las aguas lo vencerá!

Durante unos segundos, Ukwe sintió que aumentaban sus dudas. Titubeó. Era astuto y sospechaba que su hechicero no hacía sino aprovecharse de las circunstancias para recobrar el prestigio perdido.

—Es un hombre blanco —dijo.

El hechicero se apresuró a asentir.

—Sí, el dios de las aguas es un hombre blanco. Adopta formas extrañas. Vamos, Ukwe. ¡Hay que cazarlo antes de que desaparezca!

El cacique se encogió de hombros.

—Cázalo tú —repuso—. Tú sabes cómo tratar a los dioses.

El hechicero corrió tambaleándose hacia la orilla, vociferó unas órdenes y momentos después, un tropel de *walis* antropófagos se aventuraba en sus frágiles canoas y aullaba en pos del hombre blanco y su tronco flotante.

La caza fue sencilla.

—Ahora, guárdalo bien —dijo el hechicero, cuando el mísero dios, tembloroso y empapado, se halló tendido a los pies del jefe—. El dios del fuego no se atreverá a hacerte daño mientras lo tengas. Y si se atreve... con solo arrojar el dios de las aguas a las llamas... ¡se

apagarán!

Ukwe contemplaba al hombre blanco con el entrecejo fruncido.

—No parece muy poderoso —comentó.

—Su aspecto engaña.

—¿Hay que darle de comer?

El hechicero vaciló un instante.

—No —dijo, al fin—. Los dioses no comen.

Y de este modo, Rex Champion, con el mapa de los diamantes de Kwan en el bolsillo, fue conducido al pestilente hogar de un reyezuelo *wali* y sólidamente amarrado, en espera de que el dios del fuego desatara nuevamente sus iras.

* * *

Desde la terraza del «Cocoanut», en Nairobi, se divisaban los lejanos perfiles de las montañas iluminadas por la luna. Soplaban una brisa fresca y la orquesta interpretaba una música muy agradable.

Frank Bennet pensó que a la muchacha con quien bailaba todo aquello debía de parecerle un sueño feliz.

—Es un hombre extraño —dijo ella—. Viajamos juntos hasta su puesto avanzado y estuve allí con él varios días, pero apenas me dirigió la palabra. No comprendo en qué pude ofenderle. Si fue por lo de nuestra cacería en el Mungoaga, ya le expliqué...

—No creo que fuese por la cacería —replicó Frank.

—¿Por qué, entonces? A fin de cuentas, no le causamos tantas molestias. Tenía averiado su aparato de radio, pero lo reparó enseguida, pidió un avión y se libró de nosotros. Admitiría como razonable que hubiera adoptado aquella actitud frente a mi padre, teniendo en cuenta que es un hombre cerril e incapaz de comprender la realidad de las cosas, obstinado en su soberbia de dictador de su territorio, pero no admito que la adoptase frente a mí. Yo me esforcé por ser amable, yo apoyaba de corazón sus puntos de vista y nada tuve que ver con los métodos de caza de Champion y Zwa. Por culpa de ambos, en cambio, acababa de pasar lo que han pasado pocas mujeres. Creo que merecía algo más de consideración.

—¿Quiere decir que el capitán Roberts la ofendió? —preguntó el pelirrojo, con mal disimulada ironía.

—No se trata de eso. Ya sabe lo que quiero decir. Es un caballero, de acuerdo. Pero no es humano, o por lo menos no es lo que yo entiendo por humano —Alicia cerró los ojos—. Se mostró

muy correcto, muy frío, muy distante... y muy indiferente —¡Oh, aquel beso que la había transportado a un mundo nuevo, después de la lucha bestial contra el mandril!—. En cuanto llegó al puesto y se afeitó la barba y se mudó de ropas, se convirtió en un témpano. No parecía el mismo que golpeó a Champion como una fiera salvaje y peleó contra los *shiftas*. Lo lamenté, en cierto modo. Con un poco más de calor, podría ser un hambre irresistiblemente atractivo.

Bailaron unos minutos en silencio. A Frank Bennet le hubiera gustado saber con exactitud qué era lo que pensaba y sentía la muchacha. Creía adivinar la verdad. No era una verdad agradable para ella. No, por lo menos si se había enamorado de Percy Roberts.

—Roberts es demasiado orgulloso para habérselo confesado a usted —dijo él, al fin—, pero las molestias que le causó su «safari» son infinitamente mayores de lo que supone. Habló por radio conmigo y me lo contó. Había localizado su campamento en el *veldt*, dedujo por las huellas lo ocurrido e iniciaba su persecución cuando le atacó una pantera que le hirió de gravedad. Pasó muchos días bloqueado en la copa de un árbol, sin comer ni beber porque no podía moverse, consumido por la fiebre, hasta que sanaron sus heridas. Cualquier otro hombre hubiera muerto. Y no tiene usted idea de lo que significa, dado el estado en que quedó, atravesar solo los grandes bosques para llegar a la aldea *boamba* con tanta oportunidad y librarla a usted de todo peligro. Se cuentan con los dedos de una mano los seres que hay en el mundo capaces de una cosa así por pura generosidad, desinteresadamente. Es más, capaces de un esfuerzo tan enorme en favor de gentes a quienes Roberts consideraba como enemigos porque habían vulnerado cobardemente las más elementales leyes de caza. Usted ignoraba esto. Y puede que ignore también lo que para Percy Roberts representa el respeto a los hombres y animales que pueblan su territorio. No, no es su dictador, señorita Markham. Es su hermano, su juez, su providencia, ¡su todo! Los ama como... como ni usted ni yo podríamos amar nunca. Aquellas tierras perdidas e indómitas han sido el refugio de sus grandes pasiones frustradas, a ellas ha dedicado su vitalidad, su juventud, su vigor, su inteligencia. Usted, según creo, le vio combatir a los *shiftas*. Pues bien, a los ojos de Roberts, ni su padre ni Champion, pese al color de su piel, valían más que aquellos bandidos somalís, y no obstante, hizo por ellos lo que nadie hubiera hecho en su lugar...

—Ignoraba parte de eso, efectivamente —dijo la joven—. Pero de todos modos, no le justifica. No con respecto a mí. A no ser... a no ser que sea un egoísta monstruoso...

—Creo haberle demostrado ya que no lo es. Con respecto a usted, existe otra razón.

—¿Cuál?

—Que es usted una mujer.

La muchacha se estremeció.

—Algo... algo semejante me dijo él mismo, solo que no lo entendí.

Frank Bennet rio sin alegría.

—Es una fea historia y me figuro que tiene usted derecho a conocerla. Percy Roberts amó a una mujer como únicamente él sería capaz de amar. Se casaron y se la llevó a vivir al puesto. Ella sabía lo que la esperaba y estaba conforme. Parecía feliz. Sin embargo... Bien, supongo que aquella vida no es apta para una muchacha civilizada. En cierta ocasión, mientras Roberts se hallaba ausente, visitó el puesto un comerciante italiano: el primer hombre blanco desde que Percy tenía a su esposa allí. Ella y el italiano se fugaron juntos.

—¡Oh! —susurró Alicia.

—Roberts salió desesperado en su busca —prosiguió Frank—, pero hasta medio año después no averiguó lo que había sido de ellos. Habían intentado atravesar el desierto para ganar la costa. Una caravana encontró sus esqueletos descarnados.

—Entiendo.

—Roberts se casó aquí, en Nairobi. Tenía una hermosa casa y de vez en cuando pasaba alegres temporadas entre nosotros. No ha vuelto más. ¿Comprende ahora?

Alicia musitó:

—Sí.

Terminó el baile. Mientras cruzaban lentamente la terraza en dirección al bar, la muchacha tembló. Sus ojos se posaron un momento en el terrible mundo que empezaba un poco más allá, a dos pasos de la civilización, bajo la luna.

—He oído hablar mucho del encanto de África —dijo, suavemente— y de que no hay quien no vuelva a ella cuando ha sido su víctima una vez. Pero yo no volveré. Nunca. África es demasiado densa para mí. Y demasiado oscura. Mañana regreso a Galveston con mi padre.

Alguien, ante el bar, les cerró el paso.

—Buenas noches —dijo.

Era un hombre alto, hercúleo, de cabello corto, tostado y apuesto como un dios, que vestía un impecable uniforme.

—¡Roberts!

Roberts miraba a Alicia.

—He venido a por usted —articuló.

—Roberts, yo...

—La señorita Markham regresa mañana a Galveston con su padre —anunció Frank, burlonamente.

Pero ni la muchacha ni el capitán le oyeron. Estaban besándose. Docenas de personas les contemplaban, pero aquellas personas pertenecían a un mundo falso. En el suyo, el verdadero, existían solamente ellos dos.

F I N

Un inexplicable sentimiento de terror, iba envolviendo gradualmente a cuantos componían la reducida expedición. Ojos invisibles parecían escudriñar sus movimientos desde las profundidades insondables de la selva virgen... Y de pronto, un grito espantoso les envolvió, al tiempo que difusas figuras brotaban de cada matorral...



Trepidante, con una acción fuera de lo corriente, es la extraordinaria novela

BULANE

Uno de los mayores éxitos del notable y famosísimo autor

M. L. ESTEFANIA

la cual leerá usted entusiasmado, descubriendo en cada página nuevas aventuras y nuevas emociones

Adquiera sin falta la próxima semana

BULANE

un título que recordará mucho tiempo, unido siempre en ese recuerdo a la extraordinaria

Colección CONGO

Precio: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2.

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

413 — Keith Luger
UN HOMBRE LLAMADO MUERTE

COLECCION "RUFALO"

110 — Raf Sagratm
JUGADA DECISIVA

COLECCION "PANTERA"

47 — R. C. Lindsmall
LA REBELION DE LA SANGRE

COLECCION "CONGO"

4 — Mark Halloran
LOS DIAMANTES DE KWAN

COL. "SERVICIO SECRETO"

277 — Mark Halloran
EL HOMBRE AZUL

COLECCION "LAUREL"

48. — LAS MEJORES POESIAS DE
AMOR COLOMBIANAS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
49. — EL ARTE DE ENAMORAR

A 5'60 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

472 — Bárbara Sanromán
EL HOMBRE DEL TREN

COLEC. "MADREPERLA"

368 — María Esperanza Neyra
VEN, AMADA

COLECCION "ROSAURA"

812 — May Carré
UNA PUERTA ENTRE LOS DOS

COLECCION "AMAPOLA"

198 — Armando Sandoval
COMO UNA BENDICION

COLECCION "ALONDRA"

161 — María Pilar de Molina
¡POR TU AMOR!

COLECCION "CAMELIA"

82 — Sergio Duval
CORAZON DE PIEDRA

COLECCION "ORQUIDEA"

62 — Corín Tellado
ALMA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



*¡El más apasionante y
sugestivo relato de las
primeras persecuciones
cristianas y de los mar-
tirios sufridos por los
seguidores de la verda-
dera fe, llevado jamás
a las páginas de un li-
bro!*

FABIOLA

Tal es el volumen que le ofrece la maravillosa y ex-
cepcional

COLECCION HISTORIAS

Con 250 ilustraciones fuera de texto que permiten se-
guir la acción de la novela independientemente del
relato escrito. ¡Una auténtica innovación editorial a
su alcance con la que podrá deleitarse adqui-
riendo el número 5 de la sensacional COLECCIÓN
HISTORIAS:

FABIOLA

del cardenal Wiseman

Precio de venta: 25 ptas.

De venta en quioscos y librerías

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

*¿Le gusta a usted una
determinada señor i t a ,
pero no sabe qué hacer
para demostrárselo sin
pecar de poca delicadeza?*



¡NO SE PREOCUPE MAS POR ELLO!

La famosísima

COLECCION POPULAR

le brinda la solución a este problema y a otros muchos, esta misma semana,

Resuelva sus dudas sobre enamoramientos, flechazos y declaraciones leyendo

El arte de enamorar

Un volumen utilísimo que le ayudará a resolver todas esas dudas íntimas que le atormentan por no hallar para ellas solución adecuada

El arte de enamorar

es el título que podrá adquirir esta semana en quioscos y librerías, ofrecido a usted por la prestigiosa

COLECCION POPULAR

Precio: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡La más cruda, dramática e impresionante revelación acerca del turbulento mundo de la esclavitud!

¡Una novela excepcional, cuya profunda emoción y apasionante argumento llegó a crear el clima que desencadenó la Guerra de Secesión norteamericana!



LA CABAÑA DEL TIO TOM

Tal es el título que esta misma semana le ofrezco a usted la soberbia y sensacional:

COLECCION HISTORIAS

en un alarde gráfico jamás igualado: ¡250 ilustraciones fuera de texto!

• Adquiera, antes de que se agote:

LA CABAÑA DEL TIO TOM

que hallará en quioscos y librerías

Precio: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



LLUVIA DE ESTRELLAS



Charlton Heston

N.º 168 Debutó en el cine con "Ciudad en sombras", junto a la actriz sueca Viveca Lindfors. Alcanzó un éxito definitivo en "Cuando ruga la Marabunta". Heston nació el año 1924 en Evanston (Illinois).

Foto PARAMOUNT



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 — ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50